

Un joven poeta, decide viajar hasta la ciudad de X para encontrarse con Theuda, el amor de su vida. Sin embargo, a las pocas páginas nos preguntamos quién es esta enigmática mujer, felizmente casada con el director Wyss que no parece conocer de nada al perplejo Víctor. Tras el grave desengaño, irán apareciendo por las páginas de esta bellísima novela personajes tan singulares como la Rigurosa Señora, capaz de regir las acciones de nuestro protagonista hasta la locura; Pseuda, la falsa Theuda, que jura y perjura no haber visto a este hombre en toda su vida y, por último, Imago «culpable» de todos los males que acontecen a Víctor y extrañamente emparentada con la Rigurosa Señora.

La mezcla de fantasía y realidad, así como el tema de la mujer, a la vez inspiradora y destructora, fascinó a otro eminente suizo, Carl Gustav Jung, que elaboró su noción de Imago a partir de la lectura de esta novela.

Carl Spitteler

Imago

ePub r1.0JeSsE 27.10.14 Título original: *Imago*

Carl Spitteler, 1906

Traducción: Miguel Chamorro

Retoque de cubierta: JeSsE

Editor digital: JeSsE

ePub base r1.2

EL REGRESO DEL JUEZ —¡Desciendan con cuidado! ¡Esperen a que se detenga el tren! ¿Necesita un mozo? ¿Hay que llevar algo?

¿Y aquello era la patria por la que su corazón había suspirado tanto dentro del pecho? Tampoco debería considerar como patria al guardia que holgazaneaba en el andén. Creo que hasta bostezaba en aquel momento. ¡Patria y bostezos!

— ¿Trae usted baúles también?

La plaza de la estación era como cualquier otra; casas hoscas, recias y grises, como en todas partes; nada de destellos de oro ni resplandores de púrpura. «¿Eran entonces las calles tan frías y estaban tan desiertas como ahora? ¡Puf; qué polvareda! ¡Vaya un viento más frío para estar a primeros de septiembre! En todo caso, Víctor, en esta pétrea soledad estarás seguro de todas las asechanzas del amor. ¡Oh, aquí no hay peligro!».

El pesado mozo, con su charla impertinente, no permitía ninguna reflexión.

— ¿Quiere usted hacerme un gran favor? —le rogó Víctor—. Pues, entonces, vaya usted despacio, se lo ruego, muy despacio, hasta aquella columna y cuente exactamente los pasos. ¿Cuántos hay? ¿Seis? Muchas gracias; y ahora, si estamos de acuerdo podemos seguir adelante.

Lleno de confusión, el hombrecito cerró la boca y no volvió a pronunciar una palabra en todo el camino.

Apenas llegó a la fonda, pidió Víctor el libro de direcciones.

«¿Cómo se llama ahora esta infiel? ¿Cuál es su nombre de casada? Me parece que se llama Wyss, señora del director Wyss. Pero, director ¿de qué? Hay directores de ferrocarriles, de banco, del gas, del cemento, de la goma y de todo lo posible e imposible. Ya veremos a ver si lo pone aquí. Justamente, aquí está; claro que escondida previsoramente tras el marido: Doctor Treugott Wyss, profesor, director del Museo Nacional y de la Escuela de Artes, jefe de la Biblioteca Cantonal, miembro de la Junta del Orfanato, calle de la Catedral, 6.

»¡Oh, cuánta sabiduría! ¡Vaya un cúmulo de dignidades! En verdad que me hubiera agradado más encontrarme con un director de banco. Así que es todo un señor. Sin embargo, no sé por qué, pero me parece que este bravo marido debe ser

pequeño, insignificante y un poco torpe, sin atreverme a decir que sea cómico. Así pues, mañana por la mañana, al seis de la calle de la Catedral. ¡Hermosa dama!: ¿No te dice tu dedo meñique que tu juez se acercará mañana a ti?».

Y a la mañana siguiente, a la hora de visitas, se puso en camino de la calle de la Catedral.

«¿Cómo me recibirá? Pueden ocurrir dos cosas: puede ser que palidezca y vacile y quiera recogerse en su cuarto o que enrojezca, recobre la serenidad y me mire insolentemente a la cara. En este caso, cargaré mi mirada de recuerdos y la obligaré a bajar la suya ante mí. Después me volveré hacia él, hacia Federico, y le diré: “La misteriosa pantomima que acabamos de representar ante sus ojos asombrados su esposa y yo, está pidiendo una aclaración. Naturalmente que estoy dispuesto a dársela a usted, pero me parece más caballeroso ceder la palabra a su señora. Pues, aunque soy su acreedor, no quiero ser su denunciante. Ella podrá referirle cómo y por qué soy yo el legítimo dueño de su esposa y usted, señor mío, mi sustituto simplemente y mi fiel lugarteniente, con mi consentimiento. Deseche, mientras tanto, toda preocupación; después de haberle reconocido tácitamente como mi sustituto en el matrimonio, me he impuesto el decoroso deber de no perturbar su vida conyugal, su paz y su ventura. Su hogar es sagrado para mí, y mi obligación, inclinarme y desaparecer; en mí puede usted aprender, señor director, a estimar la virtud de la invisibilidad. Como es la primera y última vez que atravieso el umbral de su puerta y como no volveré a presentarme nunca más ante usted, permítame que, por una vez en la vida, exprese a su dignísima esposa mi falta de estima. Allí está esa encarnación de la culpabilidad. Con esto me doy por satisfecho. Si usted no accede a ello me instalaré aquí y no le dejaré ni a sol ni a sombra”. Así me expresaré, aproximadamente, cuando esté frente a ellos. ¡Éste es el catorce! ¡Me he pasado, distraídamente! ¡Hay que dar la vuelta! ¡El doce! ¡El diez! Y a estoy llegando; el ocho y el que viene, el seis. No está mal la casita; qué limpia y qué acogedora con sus blancos visillos de encaje y su mirador corrido; ¿quién podría sospechar que oculta tanta falsedad? Se oye cantar a un canario y reír a un niño. ¿Un niño? ¿Cómo puede haber un niño? Debo haberme equivocado de número. ¡Pues, no; éste es el número seis! Vivirá otra familia con ellos».

Cuando leyó el apellido Wyss en la placa de la puerta, comenzó a latirle el corazón a galope. «¡Calma! —ordenó—, ¡la angustia debe experimentarla ella y no el juez!». Tiró de la campanilla y corrió escaleras arriba.

Lo sentía mucho, dijo la criada con dulce gesto; el señor director y su señora habían salido.

Rechinó los dientes, enojado. Tenía previstas todas las acogidas posibles, pero no ninguna. Generalmente, le molestaba no encontrar en casa a la persona a quien iba a visitar. «¡Han salido! ¿De modo que también sale con él, en pleno día? ¡Ciertamente que tiene derecho a hacerlo, pero no se trata solamente de un derecho, sino de tener vergüenza!».

—Ésta es mi tarjeta; volveré a visitarla esta tarde a las tres.

—Es posible que esta tarde no esté aquí la señora.

—¡Tendrá que estar! —ordenó y, dando media vuelta, se marchó.

¡Qué mala persona es esta criada! ¡Qué manera más venenosa de acentuar la palabra señora, casi la pronunció burlescamente! En la escalera se encontró con el cartero.

—Una tarjeta postal para la señora del director —informó cuando llegó arriba.

«¡Éste también! ¡Gente cobarde! ¡Servilismo! Si yo me hubiera casado con ella, hoy la llamarían con mi nombre».

Cuando estuvo en la calle sacó el reloj.

Las once y media; todavía quedaba tiempo hasta que almorzaran en casa de la señora Steinbach. Un poco lejos estaba de la calle de la Catedral, pero podía ir allí un rato... Y recordó el jardincito familiar, resplandeciendo bajo el sol de otoño. Se puso vivamente en camino, sonriendo feliz ante la idea de volver a ver a su amiga. Y cuanto más tardaba en llegar, más le espoleaba el deseo. Sin embargo, se detuvo ante la puerta del jardín.

«Posiblemente tampoco esté en casa, pues, cuando empieza uno a fallar, se extiende el mal como una epidemia».

¡Qué milagro! Sí que estaba. Un grito de alegría resonó allí arriba, en la ventana y, llena de contento, le salió al encuentro escaleras abajo. Poco faltó para que se abrazaran. Se cogieron de las manos.

—¿Pero es usted, de verdad? ¡Siéntese y cuénteme! Ante todo ¿cómo va? ¿Cómo iba yo a suponer...?

Sonrió ella de gusto.

—En la voz le reconozco, sobre todo; así, pues, hable, diga lo que quiera, cualquier cosa. ¡Sólo quiero oír su voz para estar completamente segura de que está usted vivo y que todo esto no es un hermoso cuento de hadas. Pues, junto a usted, señor mío, la fantasía y la realidad se entremezclan y no me extrañaría nada verle desaparecer de repente ante mis ojos!

—Es favor que usted me hace —bromeó él—. Si usted quiere, puedo darme vuelta para que se convenza de que estoy vivo.

—¡No! Prefiero que me dé otra vez la mano. ¡Así! ¡Ya no le suelto! ¡No! ¡Qué sorpresa! ¿Cuándo ha llegado?

—Ayer noche. Pero ¿sabe usted que cada día está más guapa? Y, naturalmente, cada vez tiene mejor gusto para vestir.

—¡Oh! ¡Calle usted, por favor! ¡Una viuda de treinta y tres años, muy vieja! ¡Usted sí que está más fuerte y apuesto, me parece a mí, que hace cuatro años! ¿Cómo lo diría yo?, más seguro, más animoso.

—Más osado, más atrevido, más ofensivo también.

—Dejemos eso. ¿Podemos esperar algo grande y hermoso de usted? Ya sabe cómo lo pago después.

—¡Ay, Dios! En cuanto a eso... —suspiró y quedó pensativo mirando ante sí.

—Y si pone usted esa cara tan preocupada —rió ella—, no tendré compasión de usted. No tendré la menor compasión. ¡Dolor por el final! ¡Preocupación por la victoria!

En lo alto de la torre de la catedral sonó la campana tocando a mediodía.

—¿Sabe lo que le digo? —dijo, halagadora, mientras se levantaba—, que podía venir esta tarde a tomar una taza de té; estaremos completamente solos.

Ya iba a acceder, regocijado, cuando se acordó de que no podía disponer esta tarde de su tiempo y se lamentó, malhumorado:

—Desgraciadamente, tengo que hacer en otra parte.

—¡Hombre! ¿Llegó usted anoche y ya está comprometido hoy? A pesar de todo, no quiero entrometerme en sus asuntos.

De mala gana confesó él, pues no quería cometer ninguna cobardía:

—No es ningún secreto; menos para usted. He anunciado mi visita esta tarde a las tres al director Wyss.

Ella le miró extrañada.

—¿Qué es lo que se le ha perdido a usted en el templo democrático de la virtud? ¿Conoce usted al señor director?

—A él, no; pero a ella, sí.

Entonces ella cambió de rostro y dijo fríamente:

—¡Ya sé; ya sé! —exclamó, mientras se apartaba—, la conoció usted fugazmente hace cuatro años en un balneario. Creo que estuvieron juntos uno o dos días, ¿no?

—¿Fugazmente? —gritó, indignado—. ¿Fugazmente? ¿Está segura? ¿Uno o dos días? ¿Qué significa eso de «días»? ¿Es que se mide el valor de una vida con el calendario? ¡Pienso que hay horas que pesan más que treinta años de vulgaridad; horas que viven eternamente, como algunas obras de arte, pues el artista que las creó es el santo espíritu de la belleza!

—Lo que, desgraciadamente, no las libra de pasar y ser olvidadas.

—Yo no conozco el olvido, no consiento que pasen.

—Usted, con su fantasía, no; pero los demás sí, sobre todo cuando el presente satisface todos sus deseos. ¿Cree usted que la señora del director Wyss espera su visita o que la echará de menos si no se realiza?

—Ciertamente que no; tampoco me propongo causarle un placer con ella.

La señora Steinbach enmudeció un momento, luego dijo, como para sí misma, pero en voz alta y expresiva:

—La hermosa Theuda Neukomm es ahora un trozo de pan; vive contenta de

su feliz matrimonio. Su marido es un hombre educado, agradable y digno de aprecio, que la ama y digno de ser amado por ella; tiene un hijo encantador; un ángel. Le digo que es un sol, con su cabecita de rizos negros como los de su madre; ahora empieza a hablar. Sí; no se encoja de hombros. El niño le tiene sin cuidado, ¿verdad? ¡Pero la madre no! Una bendición de crío para parientes y amigos, que le miman a porfía, sobre todo, su hermano Kurt, el hombre prodigioso, el gran genio, su ídolo.

Se detuvo un momento y sonrió.

—Además, ahora pienso que esta tarde no estará en casa, pues va de excursión al campo con la sociedad coral.

—¡Perdón; estará en casa!

—¡Ah! Si está usted seguro, me callo, como es natural.

De pronto, dijo, mirándole seriamente:

—Amigo mío, ¿qué es lo que quiere de la señora del director Wyss?

—¡Nada! —respondió, enojado.

—Tanto mejor, pues, en caso contrario, iba usted a recibir un sensible desengaño. ¡Bueno! Pues, le repito que puede usted venir por aquí siempre que quiera y que será bien recibido cualquier día y a cualquier hora.

Y mientras le acompañaba hasta la puerta volvió a repetir expresivamente:

—La hermosa Theuda es ahora un pedazo de pan.

Era extraño que hubiera vuelto a repetir aquello del pedazo de pan. «¿Es que cree, quizá...? ¡Oh, no, querida mía!, el prometido de la sublime Imago está inmunizado contra los atractivos de la señora del director Wyss. ¿De modo que tu nuevo deporte es traer críos al mundo? Por favor, señora, no se moleste. Por mí puede usted traer mellizos, trillizos o por docenas, hágalo como si yo no estuviera. Mas espere; antes dije que no quería nada de ella y no es verdad, tengo que rectificar». Y mandó por el botones del ascensor una nota a la señora Steinbach: «No quiero “nada” de ella, solamente que baje los ojos ante mí; eso es lo que quiero de ella. Su fiel amigo, Víctor».

Los huéspedes se aburrían en el comedor, yendo de aquí para allá, a lo largo de las paredes, mirando, unas veces, por las ventanas, otras, observando distraídos los cuadros, hasta que al fin llegó la hora del almuerzo.

Víctor se había detenido ante el retrato de un estadista, cuyo nombre era, naturalmente, ilegible, encerrado en un cuadro negro. Un rostro vigoroso de recios y acusados rasgos como labrado por un tallista, reflejando en el semblante desinterés y energía, convicciones vigorosas, con ojos no acostumbrados a mirar tercamente, hombre contra hombre, sino a deslizarse sobre las multitudes. Al cabo pudo descifrar la leyenda que figuraba en el marco: «¡Todo por la escuela popular!». Después volvió a contemplar al hombre del cuadro. Debió concebir el mundo como un establecimiento de enseñanza; aprender el fin de la vida, después enseñar. ¡Era una pena que el destino no le hubiera colocado en el timón de la historia del mundo en vez de tras una urna electoral!

Mientras observaba tan atentamente al estadista, se le acercó por la espalda, sin que él lo notara, otro huésped, que se puso a contemplar también el cuadro por encima de su hombro.

—¡Hermosa cabeza!, ¿verdad? —opinó el desconocido con admiración.

Otros huéspedes se acercaron al retrato como las moscas a un terrón de azúcar, y otra vez se oyó decir en medio del grupo, con respeto:

—Hermosa cabeza; revela todo un carácter.

El señor del cuadro debió de ser en vida un personaje muy importante y muy estimado, pues la conversación siguió en torno a él, mucho después de haberse sentado la gente a la mesa. Alguien pronunció su nombre incidentalmente: Neukomm.

«¡Eh! ¿Has oído? ¿Neukomm? Ella también se llama así. ¿Será quizás un pariente lejano?».

—¿Ha dejado hijos? —preguntó una voz.

—Dos —respondieron—: un hijo y una hija. El hijo ha dado en hacer versos; la hija se ha casado con el conocido director Wyss. Una mujer preciosa; todo el mundo se vuelve a mirarla cuando va por la calle. Alta, soberbia, morena como una mujer del Sur (su abuela era italiana) y ardiente. ¡Qué hembra! Pero, eso sí, discreta y honesta como pocas; nadie puede decir nada de ella. Además es una patriota

convencida, como su difunto padre.

«¡El retrato de su padre! Despierta, pues, razón mía, y muévete porque has de hacer un montón de observaciones importantísimas». Su razón se movió, indolente, levantó un poco la cabeza, luego volvió a tenderse, indiferente, como un mastín cuando ve pasar por la calle al lechero. «Aquel asunto le parecía muy estúpido» aclaró ella.

Después de comer, Víctor preguntó a un camarero:

— ¿Dónde puedo leer periódicos?

— Vaya usted al Café Scherz, junto a la estación; allí los tienen de todas clases.

Aunque la sala estaba llena, encontró una mesita junto al ventanal, con dos sitios vacíos. Las gentes entraron y salieron y miraron en torno, mas nadie se sentó frente a él.

«¡Aquí, como en todas partes! Decididamente, Víctor, no tienes ningún atractivo. ¡Se me ocurre una cosa graciosa! ¿Y si estuviera entre la gente que llena el café mi fiel lugarteniente? ¿Por qué no? Seguramente le gustará venir a leer su periódico. Quizá sea aquel que está allí con su pelambreira de estopa y sus lentes dobles sobre el rostro de carnero. No es un Adonis precisamente; se necesitaría mucha buena voluntad para sostener lo contrario; y no parece tener más espíritu que el que es imprescindible a un señor profesor. Lugarteniente, lugarteniente, si pudiera aconsejarte, te diría que no te confíes demasiado a tu erudición, pues puede ocurrirte que tu hermosa Juno, de la que tanto te vanaglorias, te bautice una mañana nubosa con el título de “Doctor Fastidio”. Verdaderamente, según las leyes de la decencia, debería ir a él y embromarle un poco. ¡Si yo estuviera seguro de que es él! Pronto saldremos de dudas. Las dos y diez; todavía faltan más de tres cuartos de hora. ¡Qué largo se hace el tiempo! ¡Eh! ¿Quién es ese hombre tan gallardo que viene hacia mí? ¡Brrr! ¡El galán con que sueñan casi todas las muchachas. Algo “para apoyarse”, un “arrimo para toda la vida”! Si yo supiera cantar, lo haría así: “¡El más hermoso de todos!”. ¡Y tiene también cabellos rizados como Júpiter! ¿A quién me recuerda este Hércules trovador? ¡Ah! ¡Ya sé! Al rey de corazones de una baraja francesa. ¡Ay de vosotras, hermosas doncellas! ¡Llorad! ¡Trae un anillo matrimonial al dedo! ¡Y hasta es ya papá, pues, sólo quien lo es, puede caminar tan satisfecho del mundo! ¡Qué cuidadosamente dobla el gabán! ¡Qué limpieza en su ropa blanca! ¡Y aún hay más! ¡Creo firmemente que se dirige hacia mí! ¡Salve, tú el

más hermoso de todos!».

El rey de corazones se inclinó, haciendo una reverencia cortesana; luego sacó una petaca de cigarros:

—¿Puedo permitirme ofrecerle uno?

—Yo no fumo; muchas gracias —respondió Víctor. «Pero ¿te has fijado en la petaca? Está muy bien repujada. Seguramente un regalo de su mujer».

—¿Usted me permite? —dijo el rey de corazones cogiendo una revista, y se puso a hojearla distraídamente, mientras tamborileaba con los dedos en la mesa. ¡Vaya unas uñas más bien cuidadas!

El rey de corazones prefirió charlar a seguir leyendo; se veía que le había satisfecho la comida.

—Como forastero —empezó a decir con voz vacilante para iniciar el diálogo, pero lo suficientemente fuerte para que le oyeran los vecinos—, quizá le cueste algún trabajo comprender nuestro dialecto un poco áspero.

—No soy forastero —aclaró Víctor, desabrido—; aquí nací y viví mi niñez; después he estado muchos años en el extranjero.

—Tanto mejor; así tengo el placer de saludarle como un compatriota.

Después se ocultó nuevamente tras la revista, con gesto sonriente.

«Saborea su felicidad conyugal como una barra de regaliz», pensó Víctor.

Cuando la barra de regaliz tocaba a su fin, el rey de corazones señaló una estampa de Werther que figuraba en su periódico y dijo después de una pequeña vacilación:

—¿Cree usted que se puede dar en nuestros días un amor tan apasionado y tan exaltado?

—Naturalmente que sí; a mí me parece que puede darse en cualquier tiempo.

El rey de corazones sonrió.

—No lo tome usted a mal. Dígame formalmente si cree usted que en estos tiempos tan positivistas...

—Nada de tiempos positivistas.

—Si usted lo prefiere, no lo son. De todos modos, debe reconocer que los tiempos se diferencian unos de otros; por ejemplo, ahora son sencillamente inconcebibles ciertos estados anímicos que antes se observaban en las gentes. ¿Puede usted imaginarse, por ejemplo, a un Juan el Bautista, a un Francisco de Asís, o para no salirnos del tema, a Werther con cuello alto y almidonado? Usted me perdona, he dicho esto sin mordacidad alguna. Créame usted, lo he dicho inocentemente.

Víctor le tranquilizó, sonriendo:

—No tengo nada que oponer a esa referencia que usted hace al Bautista o al santo de Asís, pero me parece muy difícil que, comiendo saltamontes, venga el Espíritu Santo o que el éxtasis dependa del cuello de la camisa. Por lo demás, tengo entendido que el autor de Werther era un hombre que procuraba vestir delicadamente, casi amanerado.

Y como se siguiera una larga pausa. Víctor la aprovechó para formular una pregunta que hacía tiempo que deseaba hacer:

—¿Conoce usted, quizá —se atrevió al fin a inquirir bruscamente, con voz medrosa—; conoce usted, quizás, en esta ciudad, a un cierto señor director Wyss?

Apenas terminó de pronunciar la frase cuando sintió que enrojecía ardientemente.

El rey de corazones le miró sorprendido y dijo:

—Sí; ¿por qué?

—¿Qué clase de hombre es? Quiero decir: ¿qué aspecto tiene? ¿Alto o bajo? ¿Joven o viejo? ¿Repugnante o agradable? En todo caso, será un hombre muy educado a juzgar por sus títulos y empleos.

El rey de corazones sonrió socarronamente y como divertido:

—Tiene, como todo el mundo, sus faltas; también tiene sus virtudes y,

dispense usted que haga mi propio panegírico, pues yo soy el director Wyss.

Resultó todo tan simpático, tan lleno de amable ironía, que Víctor, desechando toda prevención, se levantó y le ofreció la mano con absoluta sinceridad. El otro la estrechó cordialmente y en aquel momento surgió entre ambos como un pacto de amistad.

Cuando Víctor dijo cómo se llamaba, el director exclamó, con alegría:

—¿Entonces, es usted el señor que quiso honrarnos con su visita esta mañana? Lo hemos sentido mucho, sobre todo mi mujer, a la que, tengo entendido, conoció usted hace tiempo en unos baños de mar.

—No fue en el mar, sino en un balneario de montaña.

—Esta tarde, desgraciadamente, tampoco podrá saludarle a usted, pues ha ido de excursión con las señoras de la Coral; acabo de venir de la estación de despedirla. Pero creo que esto no será obstáculo para que pasemos una tarde juntos, proponiéndole, si no es una indiscreción, que nos veamos en la Idealia; puede usted entrar yendo conmigo, sin que sea necesaria ninguna formalidad. Además, mi mujer es presidenta de honor.

—¿Idealia?

—No me daba cuenta de que usted no puede conocerlo; perdone mi distracción.

Después empezó a hablar de la Idealia con mucho entusiasmo. Era una fundación de su suegro, una sociedad modesta, familiar, sin solemnidad alguna, sin ostentación ni francachelas, con el solo objetivo de fomentar una sociabilidad llena de contenido, en la que la instrucción corre parejas con las diversiones (lo uno no excluye a lo otro), siendo la música la que principalmente se encarga de eso, y otros festejos que se celebran, generalmente, los miércoles, viernes y domingos.

Víctor escuchaba atento la charla con los oídos, pero su espíritu estaba pendiente de lo que percibían sus ojos: «¡Aquél era, el lugarteniente! ¡El rey de corazones! ¡El más hermoso de todos! ¡Y él que había confundido a su lugarteniente con aquel Adonis del rincón! ¿Por qué se había figurado que el lugarteniente había de ser un hombre ridículo y, sobre todo, torpe? ¡El rey de corazones no tenía nada de ridículo! ¡Absolutamente nada! Y le miraba deslumbrado, casi asustado. ¡Alégrate, Víctor, pues debe satisfacer a tu orgullo el ver que tu lugarteniente es

apuesto y gentil! Ahora me explico que ella le quiera. ¿O era mi deseo que ocurriera lo contrario? ¡Dios me libre! ¡Lamentaría mucho que no fuera así! Este hombre se lo merece. Pero ¿y ella? ¡Aquello era una provocación! ¡Irse de campo habiéndola anunciado mi visita! Sin discusión, la señora tenía muy poquita vergüenza».

—Usted también será aficionado a la música —oyó decir al lugarteniente—. ¿O no le gusta?

—Creo que sí; es decir, no estoy muy seguro, eso depende...

—¡Las tres! —dijo el lugarteniente, horrorizado, cuando oyó las campanadas del reloj de la torre de la iglesia—, charlando se me ha ido el tiempo y debo estar cuanto antes en el Museo. Así pues, yo le ruego que me disculpe y espero que tendré el gusto de saludarle en la Idealia.

Le dio presurosamente la mano y salió de allí con precipitación.

Pero Víctor recorrió las calles, azorado. Aunque procuraba repetirse constantemente: «¡Víctor, ánimo!», no servía de nada; estaba abatido, derrotado, desanimado.

¿Qué le había ocurrido de malo? Nada en absoluto; y a pesar de todo se sentía vencido. Y llegó hasta las afueras de la ciudad y se sintió cansado. Después, cuando se halló en casa, tendido sobre el diván, se encontró más aliviado.

«¡Salud!», le deseó su cuerpo.

«¡Gracias, Conrad!», replicó él, alegremente. Hacía tan buenas migas con su cuerpo, que solía llamarle amistosamente Conrad.

Después de haberse tirado un buen rato, descubrió sobre la mesa una cartita que debía llevar allí mucho tiempo, a juzgar por el rectángulo que el polvo había dibujado debajo de ella. Era de la señora Steinbach.

«¡Es usted un malvado! La señora del director Wyss no necesita bajar los ojos ante nadie. Venga usted en seguida a mi casa, pues tengo que reprenderle».

Tranquilo, testarudo, obedeció la orden.

—No sabía yo que fuera usted una persona tan ingrata —le dijo bruscamente al recibirle—. ¡Siéntese usted en el banquillo de los acusados y déjese interrogar!

¿Qué tiene usted que echar en cara a la señora del director Wyss?

—Adulterio.

—Que traducido al lenguaje sensato quiere decir...

—No necesita traducción, quiere decir que ha roto un compromiso matrimonial.

—Hablemos seriamente, señor mío, pues se trata de la honra de una mujer intachable. Hago un llamamiento a su lealtad, en la que tanto confío, y me dirijo a su conciencia, preguntándole: ¿Hubo entre usted y Theuda Neukomm un verdadero noviazgo?

—¿Dónde va usted a parar? —defendióse él enérgicamente.

—O algo parecido que le autorizara a suponer que ella le aceptaba. ¿Hubo declaración amorosa? ¿Hubo alguna palabra o signo de compromiso? ¿Un beso o qué sé yo?

Él se defendió otra vez fríamente:

—No, no, no; va usted por mal camino; las palabras que cambiamos fueron pocas e insignificantes. Yo estaba sentado en la mesa junto a ella, dimos juntos un par de vueltas por el jardín y, después, cantó para mí una canción en el salón. No ocurrió nada más.

—¿Hubo cartitas?

—¡En absoluto! Era yo demasiado respetuoso y ella muy precavida. Las mujeres no se comprometen por escrito; eso lo sabe usted bien.

—Entonces, ¿qué alega usted? ¡Ayude a mi pobre razón!

En aquel momento, el rostro de Víctor se transformó repentinamente, tomando una expresión extraña, profundamente seria, como si hubiera visto un fantasma.

—Una cita personal en la ciudad lejana —balbució su boca.

—Perdone usted que le contradiga rotundamente. He oído decir a la señora

Wyss todo lo contrario, y la señora del director Wyss no miente nunca.

—¡Yo tampoco! Cuando digo una cita personal, no quiero decir, naturalmente, nada corporal.

Se echó ella involuntariamente hacia atrás, arrastrando la silla y mirándole fijamente:

—¿Cómo se entiende eso? ¿Es que llegaron a verse?

—No; fue una entrevista de alma a alma. Tranquilícese usted, estoy en mi sano juicio y veo las cosas exteriores tan agudamente como cualquier otro. ¿Por qué pone usted un gesto tan incrédulo? ¿Cree usted, quizá, que se ve menos en una casa amueblada que en una vacía? Cuando yo hablo, por lo tanto, de una aparición...

—¿Cree usted en apariciones? —inquirió ella.

—Como todo el mundo, como usted misma. ¿No tienen algo de apariciones los sueños, los recuerdos, el reflejo de un rostro amado, el resplandor de una visión en el alma del artista?

—¡Por favor! ¡Nada de trucos sofisticados! Hablemos seriamente. Todos sabemos que los recuerdos, que las manifestaciones artísticas, son sencillamente productos de la fantasía.

—Así lo creo yo también.

—¡Bendito sea Dios! No sabe usted lo que me alegro de que así sea. Se expresó usted hace un momento de tal manera que me hizo pensar que usted creía que dichas apariciones habían ejercido gran influencia en su vida real y en sus acciones.

—Y así lo creo, en realidad.

—¡No; eso no puede ser! —gritó—. ¡Usted no puede hacer eso!

—Perdóneme usted si me atrevo a seguir creyéndolo.

—¡Pero, eso es un desvarío! —exclamó ella.

—¿Por qué ha de ser un desvarío? —preguntó, sonriendo—. ¿Porque estimo

tan altamente los sucesos interiores como los exteriores? ¿O porque, quizá, los estimo infinitamente más? ¿O porque me dejo llevar de ellos? ¿Es también desvarío dejarse llevar de la conciencia o de Dios, en nuestros actos?

Permaneció ella un instante perpleja y desconcertada por aquella respuesta. Él prosiguió:

—La única diferencia estriba en que los demás se satisfacen con apariciones imprecisas, mientras las mías son luminosas y claras, como para el pintor la Asunción de la Virgen María. *El dedo de Dios, Los ojos del Eterno, La voz de la Naturaleza, La marca del destino*, ¿de qué me sirven todas estas piezas de museo anatómico? Me gusta ver toda la figura de una vez.

—Su pensamiento —dijo ella, suspirando desalentada— es superior a mi débil cerebro de mujer, cuando se trata de estas sutilezas; en este terreno no puedo defenderme. Lo siento y me apena.

—Mi buena amiga —dijo poniendo una mano en su hombro—, ¿no es verdad que se está preguntando por qué no procuré sujetar a Theuda con una promesa de matrimonio? Confiese que siempre ha pensado y piensa que he desperdiciado neciamente mi felicidad por cobardía frente al matrimonio. ¿Ve usted cómo está asintiendo a mis palabras con los ojos?

—Digamos mejor, por indecisión —suavizó ella.

—No; llamémoslo cobardía, pues la indecisión es también cobardía; cobardía de la voluntad. Mas no puedo soportar por más tiempo esta postura desfavorable ante su opinión. Quiero darle a conocer mis motivos. ¿Está dispuesta a escuchar?

—Estoy dispuesta a todo —murmuró e inclinó la cabeza—, aunque no quiero ocultarle que este tema me molesta mucho, y no comprendo la necesidad de revolver historias pasadas. Ahora, si es su deseo...

—¡No porque sea mi deseo —corrigió él—, sino porque es mi deber!

Y con voz alterada, empezó a decir:

—No; no fue por cobarde indecisión ni por necio desatino por lo que no sujeté a la felicidad cuando se acercó a mí con paso ligero, mirándome con sus ojos claros y susurrando: «tómame»; la dejé pasar sabiendo lo que hacía, conociendo el valor de lo que arrojaba de mí; me decidí, con varonil resolución, después de una

elección madura y difícil. Y ahora quiero referirle a usted aquel momento decisivo.

Tras aquellas palabras, hizo una pausa como si quisiera recobrar el aliento, pero como aquella pausa parecía no tener fin, ella le miró. Víctor se levantó, vacilante, ante ella, zarandeado por una tormenta interior, apretando fuertemente los labios.

—Y, sin embargo, no puedo decirle nada —dijo penosamente—, está muy hondo —y se apoyó en el piano.

Saltó ella rápidamente hacia él para sostenerle en caso necesario.

Pero ya se había rehecho.

—¡Y decidí bien! —gritó—. ¡Estoy seguro de que decidí bien! ¡Si volviera a encontrarme en aquel trance no lo resolvería de otra manera!

Recogió su sombrero, se inclinó y besó su mano.

—Se lo diré por escrito —dijo, mientras ella le acompañaba profundamente conmovida hasta la puerta de la casa.

—¡Bien! —dijo ella por decir algo, pretendiendo dar a su voz un tono ingenuo—, escríbame. Ya sabe que todo lo que le concierne a usted me toca a mí de cerca; y créame, aunque no le he entendido otras veces y ésta tampoco le entiendo, nunca he dudado de la pureza y nobleza de sus sentimientos.

—¡Gracias, mi noble y fiel amiga! —exclamó apasionadamente, cogiéndola ambas manos—; me da usted la vida; ¡me hace tanto daño, un daño tan insoportable, ver que alguien duda de la nobleza de mi carácter!

—¿Quién se ha atrevido a hacerlo? —dijo ella, enérgica, casi colérica.

Él se asombró.

—Todos —respondió, titubeando—, bueno, es decir, en realidad, nadie determinado.

Mientras tanto, ella deshizo aquel apretón de manos y subió de espaldas algunos escalones.

—¡Dígame! ¿No es usted injusto? ¿No la perjudica?

—Yo no hago daño a nadie más que a mí mismo —dijo, sonriendo. Después partió.

«Es usted un ser peligroso, un hombre fuera de la ley», suspiró después y se arrojó, completamente agotada, en un sillón, para reponerse de la fatiga.

Se fue precipitadamente a su cuarto para hacer por escrito aquella confesión que había prometido. Y ved, mientras que en otras ocasiones le repugnaba el escribir tanto como ver supurar a un sapo, ahora sentía, después de haberse removido los recuerdos con aquel interrogatorio, un inmenso deseo de escribir aquel momento crucial de su vida, para que sus sublimes secretos tomaran forma fuera de él, sin dependencia alguna de su memoria, como verdades incommovibles.

Así, comenzó a escribir, aunque rechinándole los dientes y echando espumas contra la violencia de los fueros del pensamiento, pero de un tirón y con prisa febril.

«A la Sra. Martha Steinbach.

»¡Eterna maldición y oprobio, ante todo, para la prosa desnuda que la profana! Así pues, inicio la profanación:

»Mi hora.

»Su carta de usted, con el retrato de Theuda, llegó por la mañana, aquella carta en la que me daba a entender que esperaba de mí una palabra terminante, que a dicha palabra me estaba asegurada una respuesta favorable, que, por el contrario, aquel largo vacilar sería interpretado como una renuncia. Comprendí. Aquello era una amonestación, reforzada por una advertencia y me dije: “Ha llegado el momento de decidirse”. Observé el retrato; mil deliciosos encantos me contemplaban desde allí; la pureza de una mujer exquisita, eminente por su belleza, su virtud y su educación, el recuerdo de las horas vividas en común, vacías de todo acontecimiento importante, ciertamente, pero llenas de eterna poesía (Parusia llamo yo a aquellas horas), el íntimo mirar de aquellos ojos llenos de alma que me decían: “En ti tengo mi esperanza”, la promesa de un cúmulo de venturas para aquel que la supiera conquistar. Bajo el retrato, podía leerse en caracteres invisibles: “Éste es el premio más alto”, y las frases de su carta susurraban: “Tuyo es el premio”.

»Mientras el ajetreo del día tuvo ocupados mis sentidos, conservé oculto el retrato, mirándole golosamente algunas veces, sólo para sumergirme en el

maravilloso misterio de sus ojos profundos o para saborear su belleza de mujer. Así estuve alimentando a escondidas mi corazón con la imagen adorada.

»Ya muy de noche, sin embargo, estando solo en mi cuarto en penumbra, puse el retrato sobre la mesa y estuve mirándole embelesado, hasta que la oscuridad me privó de aquel placer. A través del silencio que llenaba la amplia casa, en la que todas las puertas estaban abiertas, se escuchaban melodiosas voces: el suave arrullo de un par de tórtolas llegaba desde el comedor a oscuras y, desde arriba, desde la sala iluminada profusamente por la gran araña, el trinar ensoñador de un canario, de esos que cantan a la luz artificial.

»Allí estaba yo sopesando mi destino. Dos soplos ardientes parecían llegar hasta mí, desde dos opuestos rincones del mundo; en medio, se alzaba, amenazadora, la pregunta: “¿Te atreves? ¿Puede compararse la gloria con la felicidad?”. Escuché tristemente la pregunta, temiendo que la respuesta fuera negativa. Pero mi corazón, presintiendo el peligro, empezó a enfurecerse: “¿Dónde está esa gloria que quieres sacrificarme? ¡Muéstramela; señala tus obras! ¿Grandezas futuras? ¡Ay!, ¿quién te asegura que vivirás ese futuro? Hay enfermedades, hay la muerte. ¿O es que piensas violentar las leyes de la naturaleza? Por favor, dime, ¿de dónde? ¿De tu orgullo? ¡Oh, qué pena! ¡Oh, qué carnavalada! No me lo tomes a mal, pero déjame reír. Son millares los jóvenes que sueñan con realizar hechos famosos, con un orgullo tan desmedido, que les hincha como al sapo. ¿Y qué es de ellos después? Mira: seres inútiles, nulos, llenos de amargura y descontentos de sí mismos. ¿O es que piensas que tu orgullo es de otra clase? ¿En qué? ¿Por qué? ¿Porque es grande? Tanto peor cuanto más cierto que eres un necio. ¡Delirio de grandezas, queridísimo! ¡Megalomanía de chico germano de escuela! Todo porque los demás, más modestos que tú, menos envanecidos, sólo se preocupan de pasar el examen de Estado. Te digo, Víctor, que lo que tú llamas tu vocación y toda la grandeza ensoñada, es puro anhelo y viento; el regalo máspreciado que hoy te ofrece el destino favorable es esta sólida felicidad terrenal. Sería ridículo y te destrozaría el arrepentimiento, un infierno en vida, si dejaras escapar tu felicidad por un sentimiento vanidoso de tu amor. Nadie te tendrá compasión si terminas miserablemente, sino que en lugar de la gloria póstuma pretendida, grabarán sobre tu tumba esta sentencia: ‘Aquí reventó una burbuja.’”.

»Entonces dudé por primera vez en mi vida. Yo respondí, inseguro: “Ya sabes, corazón, que mi vocación, mi fe, mi orgullo no se refieren a mí mismo sino...”. “Sino ¿a quién? —burlóse el corazón—. ¿Ves cómo callas? ¿Ves cómo te avergüenzas de tu espíritu, de expresar claramente tu sandez con palabras? Pues, aunque no lo confieses, sientes en lo más íntimo que estás profesando una idolatría

infantil a un fantasma incorpóreo creado por ti, en vez de a un Dios razonable, definido, creador de un mundo, a un fantasma que es como un vaporoso reflejo de tu propia alma, que pones fuera de ti mediante trucos fantásticos, con la necia esperanza de encaramarte sobre ti mismo, como Münchhausen sobre su peluca. Ni una sola vez te atreves ya a confesar el nombre de tu ídolo sin enrojecer. ¿Quién es, pues, esa misteriosa ‘señora de mi vida’, ‘rigurosa mujer’ a la que sirves con fanática devoción, como un profeta a Jehová? ¡Yo te lo diré, yo te diré quién es esa ‘rigurosa mujer’! Todo estudiante la conoce, todos los charlatanes, todos los poetas de vísperas de bodas, todos los pasteleros. Es la musa de recuerdo caduco, tía de las viejas alegrías insulsas, madrina de todo lo inanimado, patrona protectora de los impotentes. ¿Y he de dejarme vender como una polvorienta doctrina que se recoge en un camino por un loco como tú? ¿Quieres trocar mi gloria por tu destartalado cuarto de estudiante? ¿Qué es lo que te enoja? ¿Que llame comúnmente musa a tu ‘rigurosa mujer’? ¡Y si fuera siquiera una musa! ¡Pero ni eso! Una musa enseña, al menos, a juntar a un bachiller dos versos más bien o más mal. ¿Eres tú capaz de hacer esto? ¿Y de qué eres tú capaz, entonces, mocito de treinta años? ¡De nada, en absoluto, ni siquiera de escribir una frase correcta en un trozo de papel! Eres una nulidad; eres una nulidad y seguirás siendo una nulidad; poco más o menos como los demás. Pero éstos se deciden y pueden llegar a ser felices en recompensa a su decisión. ¡Decídetes y te sucederá igual!”.

»En aquel apuro recurrí a ella, a la señora de mi vida, a la rigurosa mujer: “Mira, mi corazón quiere seducirme, a mí que soy una débil criatura; me amenaza con el arrepentimiento, negando tu sagrado origen, llamándote musa vulgar. Por tanto, escucha: Yo que te he entregado todos los cachorros de mi corazón para que los degollaras, te exijo hoy, antes de ofrecerte la última y más preciada víctima, que me des una señal de que no eres un espejismo engañoso, una prenda de que tienes fuerza y poder para llevarme directamente a la meta. Dame esa prenda, muéstrame esa señal y te obedezco. Si no, no esperes que esta débil criatura cambie su dulce y venturosa dicha por una promesa sin garantía alguna”.

»La rigurosa respuesta llegó en seguida: “Yo no doy prendas ni señales. ¡Si quieres servirme, habrás de hacerlo ciegamente, hasta el fin!”.

»“Al menos dame órdenes precisas y terminantes. Mándame renunciar y yo renunciaré. Pero ordéname claramente y sácame de esta duda en que me hallo”.

»La rigurosa respuesta fue: “No quiero ordenar nada. Allá tú con tus dudas, elige por ti mismo, pues en las encrucijadas del destino, el saber elegir es lo que acredita a los grandes; piénsalo bien, pues si te equivocas, te maldeciré”.

»¡De un lado, el arrepentimiento, del otro, la maldición! Mi duda miraba, preocupada, el fiel de la terrible balanza. Entonces surgió en lo profundo de mi alma medrosa y creció, enroscándose a la indigencia del presente, el recuerdo de la hora bendita en que por vez primera escuché el dulce acento y contemplé la imagen llena de significado de tu mito sobrenatural: La exigencia de la enferma criatura, como león que sube por la ladera pedregosa de este valle terrenal, aterrando al pueblo celeste y ahuyentando al Creador del suntuoso vestíbulo de su soberbio palacio, y todo lo que se encamina, con el león hacia el reino celestial. Volví a vivir esta hora y la añoranza fortaleció mi fe: “¡Bien! ¡Sea! Aceptaré este último sacrificio. Seré un mendigo sobre la tierra y no poseeré nada, excepto a ti y la promesa susurrante de tu aliento”, grité y, lleno de aflicción, invité a la voluntad a renunciar.

»El corazón hizo entonces una última observación desesperada: “¿Y ella que en ti confía y espera? ¿Quieres sacrificarla también? ¿Te lo permite tu hombría? ¿Te lo consiente tu conciencia?”. Desalentado, empecé a ceder y el corazón prosiguió celosamente: “¿Qué sentimientos serán los suyos? ¿Qué pensará de ti? ¿En qué opinión te tendrá, al ver que la desprecias? Pensará que eres un muñeco sin voluntad, un necio que no es capaz de reconocer todo lo que ella vale. Todo esto pensará de ti y, pensando así, te despreciará”.

»¡Qué idea tan insoportable! Yo puedo sacrificar la víctima, pero no puedo soportar la errónea interpretación que la víctima dé a mis actos, ni apechar con su desprecio. Llegó un momento en que no supe ya lo que hacer, pues mi espíritu fatigado agotó todos los pensamientos conciliadores.

»En aquel momento ocurrió la aparición. Ella misma se me apareció, Theuda, su alma. Muy semejante a como la había visto antes, corporalmente, en Parusia, pero ahora más madura, más seria, con ojos escrutadores que me miraban como en el retrato. Llegó desde el fondo oscuro del comedor, desde el lugar donde las tórtolas se arrullaban, se detuvo en el umbral y me miró tristemente, mientras me hacía este reproche: “¿Por qué me desprecias?”.

»“¡Despreciarte yo! —grité—, ¡oh, si tú supieras!...”.

»“A pesar de todo, tú me desprecias —dijo—. Me desprecias cuando me supones capaz de querer atravesarme entre tú y tu excelsa vocación. Sí; ¿crees que sólo tú tienes alteza de miras? ¿Crees que sólo tú eres lo bastante noble para ofrecer en sacrificio el corazón? ¿Crees que no siento yo como tú el aliento de tu ‘rigurosa mujer’? ¿Es que no podría yo merecer la honra de seralzada sobre el pavés, por el capitán que ella eligió? ¿Es que no comprendo y siento que es infinitamente más

honroso y fascinador ser tu compañera en el audaz sendero de la fama, que tu atareada esposa y niñera? ¡Corramos a ofrecer juntos los deseos de nuestros corazones a los pies de la rigurosa mujer y a concertar una alianza ante su rostro, como hacen los hombres cuando se unen ante el altar, pero una alianza excelsa, la de la hermosura con la grandeza! Yo quiero ser tu fe, tu amor y tu consuelo y tú deberás ser mi orgullo y mi fama, que transfigurarán a esta miserable y percedera criatura, haciendo de ella un símbolo que la lleve a la inmortalidad”. Así habló y yo alabé con gritos jubilosos su grandeza de alma.

»Luego hicimos lo que habíamos convenido. Pusimos a nuestros pies los deseos de nuestros corazones; le quité la corona de desposada de la cabeza, ella me sacó el anillo del dedo y lo pusimos con lo otro. Y cuando estuvimos despojados de todo adorno y vestido, como dos árboles que se hubieran deshojado mutuamente, sin otro atavío que la grandeza de alma, exclamé: “¡Señora de mi vida, mi rigurosa mujer; todo se ha consumado! ¡Contempla aquí sacrificada la víctima que exigías!”.

»Mi amada cayó de rodillas, ocultando el rostro entre mis manos, horrorizada al percibir el aliento y distinguir la terrible sombra de la “rigurosa mujer”. “¡Bien por ti —comenzó a decir ésta—, oh, mi caudillo fiel, pues supiste elegir bien; en recompensa recibe mi bendición! Ésta es: Desde ahora quedas marcado con el Pathos y sellado con la grandeza, distinguido ante todos los que pierden sus días sin haber visto el negro signo de mi llamamiento. Te ordeno que te revistas del sentimiento de tu propio valer, el cual no te dejará caer en el error, en la ignominia y en el desprecio; y te prohíbo considerarte desgraciado en toda tu vida. Pues, de ahora en adelante, no eres tú el que sientes vivir dentro de ti, sino que me sientes a mí; de modo que cuando no te sientas arrogante y altanero me ofenderás a mí. Mas ¿quién es esa que está arrodillada a tu lado?”.

»Yo respondí: “Es mi noble amiga, tu fiel servidora, que te viene a ofrecer como yo, en sacrificio, los deseos de su corazón. Recíbela en tu gracia como a mí me has recibido”.

»“Levántate —ordenó la ‘rigurosa mujer’ a mi amiga—, y muéstrame tu rostro. Tu faz es hermosa y sincera; bien, te acepto, no como sirvienta mía, sino como mi hija. ¡Inclina tu cabeza, oh hija mía, para que yo te bautice!”.

»Mi amiga inclinó la cabeza y mi señora la bautizó poniéndola por nombre Imago.

»“Y ahora —concluyó la ‘rigurosa señora’— daos las manos para que yo

bendiga vuestra alianza". Cuando tuvimos las manos unidas, pronunció su bendición: "En nombre del Espíritu que está por encima de todo orden natural, en nombre de la Eternidad, que es más santa que las leyes fugaces de los hombres, os declaro unidos como novio y novia para toda la vida, indisolublemente, tanto en la dicha como en la desgracia, viviendo juntos en alma, en continuas bodas. Tú deberás ser para ella su fama y su esplendor, y ella será para ti tu delicia y tu dulzura". Después de pronunciadas estas palabras, la "rigurosa señora" desapareció y quedamos solos otra vez.

»"¿Te ha sido difícil el sacrificio?", preguntó Imago, sonriendo.

»Yo sollocé: "¡Oh, coronación de mi vida, oh, profusión de la gracia!".

»Luego Imago se despidió: "Estás cansado y yo tengo que recorrer mucho camino; pero mañana volveré, pues ya siempre estaremos juntos, a diario, en eternas bodas".

»Con estas palabras nos separamos beatíficamente, llenos de dignidad. Yo permanecí allí todavía bastante tiempo, escuchando el sordo eco del acontecimiento, hechizado sobre el pupitre, sintiendo el rumor de todo un océano atravesando mi espíritu y rodeado por un canto solemne, como el de un servicio divino.

»Y a la mañana siguiente empezó a realizarse nuestro eterno destino de permanecer siempre juntos, como se nos había anunciado. Una boda alada, un jubiloso dueto cantado por bocas victoriosas muy unidas. Mas su voz sonaba más fuerte que la mía, por lo que, más de una vez, dejé de cantar por escucharla a ella. Cuando a su lado salté desde la esfera terrestre hasta el reino de mi "rigurosa señora", que es más puro que el reino de la realidad, pero más real que el reino de los sueños, de forma que la realidad es a él lo que los animales al hombre, el sueño es a él lo que el perfume a la flor, reino que se extiende hasta los campos de los recuerdos y de los anhelos, cuando saltamos sobre él, Imago dijo, gozosa: "¡Oh, amado mío!, ¿a qué amplio y nuevo país me encaminas?; mis ojos asombrados le califican de extranjero, pero mi corazón afortunado le saluda como a su patria". Y un pueblo bondadoso, más amable que el pueblo humano, nos recibe, fraterno, a la entrada del valle.

»Cuando me hallaba trabajando con toda atención, ella procuraba ocultar modestamente su presencia, y cuando me tomaba algún descanso y miraba en derredor, suspirando, encontraba siempre la piadosa mirada de Imago que me decía: "¡Cómo me enorgullece saberme amada por ti!". Cuando, después, como un

merecido descanso, descendía con ella a la vida exterior, bromeando con ella como si fuera una esposa humana, llamándola los nombres más cariñosos, poniéndola un plato y un cubierto para que se sentara a comer a mi lado, Imago sonreía complacida y decía: “¡Qué niños somos! ¿Cómo has conseguido realizar el milagro de que ría tan alegremente, como nunca he podido reír?”.

»Con esto yo me había vuelto más amable, hasta el punto de que las gentes solían decirme admiradas: “¡Has cambiado mucho; te has vuelto más agradable!”. Como un árbol que crece al aire libre, en un prado soleado, pudiendo extender su copa en todas direcciones y cuyos frutos maduran todos a la vez.

»Y aquello duró una infinidad de días, fuera del tiempo y del espacio, hasta que la traición metió su hocico en nuestra ventura, como un jabalí a través de una pared de papel. Una participación impresa de su compromiso matrimonial con un extraño, sin una palabra de amistad, sin un recuerdo; solamente la cruda noticia. ¡Todo ello, una estúpida insolencia!

»Arrojé el papelucho a un rincón, despreciándolo. No sentí el menor dolor, sólo indignación y tristeza por aquella revelación de su insospechada traición. Algo así como cuando se está ejecutando al piano una pieza hermosa, poniendo en ello todo el corazón y, de pronto, aparece ante nosotros, en el atril, en vez de las notas, un sapo. Así pues, ¿es humanamente posible que una criatura femenina, a la que el destino ofreció la oportunidad de respirar el aire de la eternidad, como compañera de amor de un predestinado, prefiera meterse en el cenagal del matrimonio con el primer barbilindo que se la ofrece? Consideré, asombrado, los efectos de aquel fenómeno, los efectos tan sorprendentes de la bajeza, con la misma curiosidad que de pequeño mostré al ver, por primera vez, un cangrejo. “¡Cómo se podrá ser cangrejo!”, exclamé en aquella ocasión. En ésta, grité: “¡Cómo habrá gentes tan bajas!”.

»¿Y por su defección y debilidad se ha de pudrir miserablemente mi hermosa bienaventuranza? De repente, empecé a reír a carcajadas. ¡Todo era una carnavalada y una fábula! Todo lo que habías poetizado sobre ella, el momento crucial del destino en que os prometisteis, su alteza, su esplendor, su nobleza de alma, su amor, su amistad. Todo era falso. Imago no vivía más que en ti; la humana Theuda, la Theuda corporal es otra distinta, una extraña, llamémosla Equis; un pajarito, ciertamente, de los muchos que revolotean en las calles de la ciudad. Volví a recoger la tarjeta y la olí. No había duda, olía a vulgaridad. Exactamente como todas, se había decidido, después de todo, a casarse (posiblemente sin amor —el camino hacia el altar es, para casi todas las mujeres, el que lleva a la tumba de su

corazón—) acuciada por los requerimientos de un enjambre de pretendientes —al menos así me lo imaginé yo—, olvidándose de aquel novato forastero al que encontró aceptable —creo yo—, como un salvador, pero al que dejó por otro, con el que se unió en nombre de Dios. ¡Fuera con ella! ¡Señorita Equis, tu nombre significa: no existente! Para demostrarte que es así, ¡mira lo que hago contigo! ¡Mira! Destrozo la tarjeta y arrojo los pedazos en el cesto de los papeles. Así quisiera hacer con tu hermosa carita mentirosa. Saqué el retrato para despedazarlo también. Pero, como despedida, quise contemplarle una vez más. ¿De modo que estos ojos profundos y melancólicos me habían mentido? ¡Toda la nobleza de esta belleza primaveral era sólo vulgar adiposidad de juventud! Entonces, el retrato empezó a llorar amargamente: “No, yo no miento, pues cuando ese retrato me representaba, mi alma estaba realmente sedienta de grandeza; estos ojos que ahora te miran, te miraban entonces también; a ti se encaminaban mis deseos, por ti añoraba mi esperanza. Otra, con cuyos actos no tengo nada que ver, te ha traicionado después. Pero no lo ha hecho con mala intención, sino simplemente por debilidad y pequeñez. ¡Y quién sabe, quizá llegue la hora en que reflexione, en que recuerde, en que se avergüence de su defección y vuelva a ti, expiando su pecado en mi rostro, para que esta belleza, marcada a fuego, no aparezca ante el mundo ignominiosa, como un ángel caído!”.

»Me apiadé del retrato y le conservé, como la imagen de un muerto, devotamente. Pero a la otra, a la nueva, a la infiel, la desposeí del preciado nombre de Theuda y desde entonces la llamé Pseuda, es decir: la Falsa.

»Aquella tarde, cuando salí a pasear a caballo, como de costumbre (se entiende que en un caballo de carne y hueso) oí que alguien venía cabalgando tras de mí. Yo supe quién era, por haber esperado a que me alcanzara. “Imago —le dije—, ¿por qué vienes tras de mí y no a mi lado?”.

»Ella respondió: “Porque soy indigna de ello, por llevar en mi rostro las facciones de una infiel”.

»Dije yo: “Imago, amada mía, tú no traes las facciones de ella, sino que es ella la que falsamente lleva las tuyas. ¡Por tanto, ven a mi lado para que yo bendiga tu rostro!”.

»Emparejó entonces conmigo, pero ocultando la cara entre las manos. Yo se las separé suavemente: “¡Mira qué hermosa estás! Y que yo te vea despreocupada y libre del recuerdo de tu indigno original, como yo lo estoy”.

»Luego me miró noblemente, dándome gracias con la mirada y empezamos a cantar como antes solíamos hacer. Y su voz sonaba más armoniosa que nunca; su tono era un poco triste, como el de un inocente que sufre, lo que hacía llenar los ojos de lágrimas. Pero, de repente, en medio de la canción lanzó un grito gutural, apretó los labios uno contra otro, como un ángel moribundo, y vaciló en la silla. “¡Ay de mí —se lamentó—, alguien me ha asestado una horrible puñalada, me siento muy mala y la voz me falla. Por tanto, renuncia a mí, Víctor, y busca otra Imago nueva; una que sea fuerte y sana, que tenga un rostro incorrupto, que grite, jubilosa, al verte y cante para ti, llena de dulzura, como merecida recompensa”.

»Yo exclamé: “Imago, mi novia querida, no se deja a la amiga porque esté enferma. Yo tengo concertada una alianza contigo, en la presencia de mi Rigurosa Señora, así que tu rostro es para mí el símbolo de toda nobleza y excelsitud. Escucha, pues, lo que quiero decirte: porque te encuentras triste y enferma, mi amor hacia ti es mucho mayor que cuando, alegre y dichosa, retozabas y reías a mi lado”.

»Dijo ella: “¡Oh!, ¡ay de ti, Víctor, si no te apartas de mí! De ahora en adelante, no te daré más que dolores en el corazón”.

»Yo respondí: “Aunque así sea, Imago, mi noble prometida, no puedo dejarte”.

»Con esto renové el pacto con la enferma Imago; y todo siguió como antes, sólo su voz era más apagada y sus ojos miraban dolorosamente.

»Y así hemos seguido hasta el día de hoy. Ella es mi prometida y yo no la abandono; yo la aprecio más que todos los tesoros de la tierra, aunque está enferma y como muda. ¡Aleluya! ¡Valor, porfía e independencia! Mía es la Rigurosa Señora, Imago también es mía; aquélla para mi obra, para mi fama, para mi grandeza, ésta para mi dulce amor; todo lo demás es porquería. Yo me río de las mujeres del mundo; un trago en el camino, gozarlas, agradecerlas y olvidarlas. Veo infinidad de ellas, rubias y morenas. ¡Oh, qué apetitosas las rubias, oh, qué placenteras las morenas! Pero nunca llego a distinguir sus nombres. Sólo uno se me ha quedado grabado: ése es Pseuda, por otro nombre Equis, la ruin, la renegada, que me afligió a Theuda y me enfermó a Imago. ¡No pretendo vengarme! Sólo deseo una cosa en recompensa: volver a verla una sola vez, para ver a una infiel en pleno día y para comprobar que baja la vista ante mí. Éste es mi derecho, éste es su castigo merecido. Con esto me conformo. ¡Que sea bienvenida al cenagal, que Dios bendiga su matrimonio!

»Con esto termino.

»Su fiel amigo

»VÍCTOR».

Él mismo llevó al correo esta confesión, aquella misma noche y, a la mañana siguiente, en el correo de las once, recibió la contestación de su amiga:

«Estimado amigo: He recibido su asombrosa confesión y le agradezco mucho la prueba de confianza que me da al hacérmela. La he leído con todo recogimiento. Antes de pasar a tratar de su contenido, permítame descartar algo perturbador que me quemara la lengua y quiero echar fuera cuanto antes: ¿Verdad que no habla usted en serio cuando cree que una mujer puede estar obligada, por un suceso del que nada supo y del que nada puede saber; un suceso que sólo ocurrió en su fantasía: en una palabra, por una promesa de matrimonio que usted soñó? Eso no lo hace usted, eso no puede usted hacerlo, pues sería tan irrazonable como inicuo. La señora del director Wyss, querido amigo, no merece el horrible nombre de Pseuda, pues si en la tierra hay una mujer noble y sincera, es ella. ¿Quería usted obligarla a la grandeza? Después de todo, no sé si las mujeres somos capaces de la grandeza —tenemos otras cualidades— pero, suponiendo que fueran capaces de ello, ¿quién está obligado a ser grande? ¡Pobre humanidad si la grandeza fuera un deber! La señora del director Wyss, como cualquier otra, como yo, como todas nosotras, está destinada a ser la fiel compañera de un hombre honrado y este deber lo cumple a satisfacción propia, para dicha de su esposo y para edificación de los demás. No conozco en toda la ciudad una mujer más virtuosa, más fiel, más altruista y madre mejor. Protesto de que alguien quiera exigirle que baje los ojos. No necesita hacerlo y, dicho sea de paso, no lo hará tampoco, téngalo usted por cierto. Supuesto que cualquier otra mujer hubiera vivido el encanto de Parusia, habría tenido que ser, evidentemente, una mujer de raras cualidades y que debiera haberle amado a usted con todas las fibras de su corazón. Ésta no ha sentido ni una sola vez la Parusia y, en modo alguno está obligada a sentirla. Sentado esto por anticipado, volvamos al principio.

»Sí; he leído su confesión con verdadero recogimiento; conmovida y desconcertada, espantada y exaltada. No tengo el suficiente don de entendimiento y

me falta la inteligencia necesaria para moverme en medio de toda esa mezcla de fantasía y realidad. ¡Está bien! ¿Qué significa todo eso de “Theuda”, “Pseuda”, “Imago” (quiero haceros merced de la señorita Equis), tres personas con un solo rostro? ¡La una no existe, la otra ha muerto, la tercera “no está disponible”, y aquella que no existe, está enferma! ¡No sólo tiene usted dañado el corazón! Me corta la respiración y no sé si es de temor o de respeto. Es usted —y perdóneme, ya sé que odia este nombre, y no puedo llamarle Rabí— es usted, aunque no deje de oponerse, un poeta. Es posible que usted prefiera llamarse vidente o profeta. He leído su poema “Imago” con gozoso asombro, como corresponde a una obra maestra de la poesía y estoy íntimamente convencida de que el demonio que le posee, llámele usted como quiera, “Imago” o “Rigurosa Señora” o de cualquier otro modo (debe ser ciertamente un pariente cercano del genio), es de origen divino. De una cosa estoy cierta: de que no es ningún fuego fatuo lo que hace a un hombre tan inteligente y juicioso como usted sacrificar su felicidad de esa manera. Es decir, que yo creo en su “Rigurosa Señora” y en usted también, querido amigo, en su obra, en su grandeza futura, que hasta ahora no había hecho más que entrever. Y creo de tal forma en ello, que su relato me ha llenado el alma de dicha pura, como el recuerdo de una obra de arte imperecedera y, aunque yo no fuera su amiga, aunque no me obligara a ello mi interés cordial, no podría dejar de pensar en su salud o desgracia corporal. Estoy aterrada, sobrecogida, por el pensamiento de que usted sufrirá cuando su hermoso mundo de fantasía (perdone esta novelesca expresión de una mujer) choque contra la dura realidad (¡ay, lo siento, pero no encuentro otra palabra!); y sólo me admira una cosa: que no se haya producido ya ese encontronazo cruel. ¡Entre qué hombres de alma tan delicada debe haber vivido usted en el extranjero, para permitirle soñar con un mundo tan ideal, tan libre e inocente, en medio del tumulto de una gran ciudad! Casi adivino que debió ser una mujer y, ciertamente, una mujer de extraordinarias cualidades, la que vigiló sus pasos con todo cuidado. Por otra parte, me hubiera parecido imposible tanta fantasía venturosa y tan duradera, en medio de los hombres, si su descripción no me lo hubiera atestiguado.

»Me admira la fuerza de voluntad, la seguridad de acertar con que, bajo la dirección de la Rigurosa Señora, supo usted encontrar el camino de su vida, en la más intrincada espesura. Perdome que le diga que sólo ha cometido un error. Está usted aquí y no debería estar aquí. (¿Verdad que usted me comprende? No pienso precisamente en mí, sino en usted). Permítame usted que no me deje engañar por los arrumacos de su corazón: Lo que usted quiere es, simplemente, volver a ver a la señora del director Wyss. ¿Y por qué quiere verla? Porque no puede olvidarla. Es lamentable; yo le hubiera deseado que pudiera hacerlo; pues el volver a ver algo que se ha cedido *definitivamente* —fíjese en que subrayo la palabra

definitivamente—, no trae más que quebraderos de cabeza. En verdad que no es propio de una mujer censurarle por esto, pues ¿quién sabe mejor que nosotras que no se puede mandar en el corazón? Sólo quiero librarle de las crueles decepciones que le acarrearán sus vanas esperanzas. ¿Quiere escuchar un consejo bien intencionado de su vieja amiga? —no servirá de nada, pero estoy en la obligación de dárselo, pues no me perdonaría nunca no haberlo hecho—: No intente volver a verla, abandone cuanto antes este peligroso terreno y prosiga cantando con Imago su magnífico dúo, pero lejos de aquí. Imago sanará con el tiempo y recobrará la voz, estoy segura de ello. En cambio, aquí no le espera más que la discordia. Mire bien lo que le digo: conozco profundamente a la señora del director Wyss —fue en cierto modo mi discípula (aunque luego me aventajó) y durante algún tiempo me honró con su confianza— y por tanto, atienda a lo que le digo: todos los compartimentos del corazón de Theuda están ocupados. Usted no busca ya amor en ella, ¿verdad? Para eso es usted demasiado escrupuloso; amistad no logrará usted tampoco, pues es demasiado tarde para iniciar un trato de conciertos y reuniones caseras y demasiado pronto para una amistad íntima de alto vuelo, como usted la hubiera deseado. Para eso es ella demasiado joven, demasiado feliz. ¡Y no confíe mucho en sus cualidades espirituales! Ella no es de ese paño. Quien no ha respirado el aliento de Parusia no puede sentir la presencia de la Rigurosa Señora y el paso del león titánico. Digo esto, sin rebajar en nada el valor de la dama, a la que creo digna de ser su esposa. Sólo que, aunque la creo merecedora de ser su esposa, no la creo capaz de ser su amiga. Ambas cosas requieren condiciones muy distintas. Así pues, una vez más le digo: abandone usted este peligroso terreno, pues usted me parece que es fuerte para querer cometer grandes tonterías, para enojo de los demás y amarga decepción propia.

»Con esto ha salvado mi alma. Ahora haga usted lo que quiera, o mejor, lo que deba hacer, pues el destino ya sabrá lo que ha de ser usted. Yo soy una pobre criatura que no puede hacer otra cosa que desearle toda clase de venturas, con todo el corazón. Que alcance la cima de su vida sin crueles desgarraduras. Espero que no nos volveremos a ver. Salude en mi nombre a su deliciosa Imago.

»Su amiga y admiradora

»MARTHA STEINBACH».

«Postdata: ¡Y advierta que las mujeres terrenales no le pondrían mala cara!».

«¿No servirá de nada?», repitióse Víctor, después de haber leído la carta. «¿Por qué no servirá de nada? En eso se diferencia precisamente el hombre de la bestia, en que acepta los consejos razonables que le dan. Querida amiga, tiene usted razón. ¿Qué hago yo aquí? ¿Qué me importa a mí, después de todo, esa señora ya casada? ¡Se acabó! Decididamente, no quiero verla; me iré. Naturalmente, no sin despedirme antes de mis viejos amigos y compañeros de estudio. Pues si procuro evitar a la dama, no es que huya de ella, no es que huya angustiosamente, como un joven cristiano ante la tentación; no tengo motivo, efectivamente, para hacer una cosa así. Y si el destino dispone que la encuentre en mi camino, peor para ella».

Y en lo más hondo de su alma hormigueaba un deseo menudo y retorcido, pidiendo al destino que así lo permitiera.

UN GRAVE DESENGAÑO Todos sus compañeros de escuela habían sabido labrarse una posición en la ciudad. Uno era profesor, otro capitán de Estado Mayor, el tercero, fabricante de tubos de gas, otro, guardabosques del cantón, y todos los demás se ocupaban en empleos y trabajos semejantes; la mayoría estaban casados, contentos y felices; todos, sin excepción, útiles y estimados por las gentes. En cambio, él, con sus treinta y cuatro años, seguía estando sin oficio ni estado, sin nombre ni hogar, sin beneficio ni obras; ¡sin nada! ¡Y las crueles dentelladas que le daban cuando le recordaban el perdido tesoro de sus dones naturales! «¿No dibujas ya tan soberbiamente como entonces?». «¿Has dejado ya la música?». ¡Ah, pobres talentos míos, desmedrados, consumidos en servicio de su Rigurosa Señora! ¿Y por qué? Por una mudanza en el futuro. ¡Siempre el futuro, nunca el presente! ¡Ya era hora —pensaba— de que llegara al fin ese futuro, pues ya tenía treinta y cuatro años!

«¿Te acuerdas, Víctor —preguntóle Vital, el teniente de policía—, de nuestro bondadoso profesor de alemán, el señor Fritzli? Ahora se habla mucho de él en los periódicos, a causa de sus libros. ¡Dios tenga piedad de él; de poco le aprovecha ya al pobre hombre, enfermo y viejo como está!». Víctor estaba muy agradecido a Fritzli porque fue el único que en el claustro de profesores se opuso a que le expulsaran del colegio por «mala conducta», es decir, por sublevación. El corazón le incitaba a ir a verle.

Lo encontró tendido en la cama, retorcido, quebrantado, gimiente.

El enfermo volvió penosamente la cabeza hacia el visitante, con mirada indiferente, dolorida. Pero, poco a poco, empezó a interesarse por Víctor, buscando en sus rasgos el pasado; sin hostilidad, asombrado, casi como un naturalista que

examina una oruga. Mientras Víctor le daba las gracias con palabras balbucientes, pues siempre había sido un mal orador, Fritzli no le escuchaba, sino que continuaba leyendo en su rostro. Al fin, empezó a decir afligido: «¡Usted también! No sé si debo felicitarle o compadecerle. ¿Cómo dice que se llama? Se debe aprender a pronunciar el nombre». Después le obsequió con un misterioso aforismo, pronunciado en voz alta y con expresivo acento: «No a los viejos que no creen; no a los contemporáneos que no sufren; ni a las mujeres que van tras el éxito, sino únicamente a los hombres elegidos de una generación posterior. ¡Váyase joven, váyase, querido amigo, su puesto no está junto al cadáver de un viejo repugnante, ya tiene bastante con sus propias miserias!, ¡ojalá pueda vencerlas! Por otra parte, gracias por haber venido; ha sido un gran consuelo para mí; vuelvo a repetirle: sólo los hombres elegidos de una joven generación. Ahora váyase, le ruego que se vaya».

Y cuando Víctor quiso repetir la visita no fue recibido.

Hasta entonces no se había encontrado en ninguna parte con Pseuda y sólo le quedaba una visita por hacer: la señora del consejero del Gobierno, Keller. Después podía partir, «bien sea el lunes o lo más tarde el martes». Ya había estado en su casa dos veces sin haber logrado encontrarla en ella; ésta era la tercera vez que lo intentaba con idéntico resultado. ¡Parecía imposible! «Bien; me iré el lunes». Después recibió una invitación por escrito para el té del miércoles por la tarde. «Recibiré a los socios de la Idealía el miércoles por la tarde y entre ellos podrá conocer a algunas personas interesantes; posiblemente haya música también». «Habrá música —repitió él—, ¡música como principal atracción! ¡Personas interesantes, Idealía!». Este programa no tenía nada de atractivo y él quería partir, lo más tarde, el martes. Por otra parte, no quería rehusar la invitación de aquella señora a la que estaba obligado hacía mucho tiempo. «¡Sea! ¿Por qué he de dejar escapar la ocasión?». Y aceptó, aunque no muy satisfecho. La consejera del Gobierno le recibió con vieja cordialidad, aunque algo distraída.

—Esperamos a Kurt —le anunció, radiante de alegría, con voz misteriosa, como si le participara el hallazgo de un huevo de Pascua.

¿Kurt? ¿Dónde había oído ya ese nombre?

—¡No es posible —exclamó ella— que no conozca a Kurt! Sobre todo, uno recién llegado del extranjero como usted, no tiene disculpa. —Y empezó a hacerle el elogio de Kurt como sólo una mujer sabe hacerlo, cuando juzga con el corazón. Tenía todas las virtudes y dones imaginables; y en medio del collar de perlas de siete hilos, fulguraba un prendedor que los recogía todos—: ¡En una palabra: un

genio! —¡Evidentemente, un genio y muchas otras cosas! «Y conmovedoramente modesto». «¡Y fino y amable!». Y no sé cuántas cosas más. Víctor sonreía. Era la misma de siempre, ensalzando exageradamente al que admiraba. Naturalmente, pensó que no sería más que uno más aquel maravilloso Kurt, lo que le molestó un poco y casi se arrepintió de haber venido.

Con otro tono, como cuando una cantante de ópera inicia un parlamento, añadió, con dejadez:

—Creo que también está ahí su hermana; me parece que ya la ha visto usted otra vez, es la señora del director Wyss.

¡Al fin! Con un profundo suspiro preparó su venganza. ¡No había equivocación posible! ¡Allí estaba, no Imago ni Theuda, sino sencillamente, Pseuda, la Traidora! «¡Y tú no me martillees en los pulsos, estáte quieto ahí dentro!». Y así preparado entró.

¡Cierto! ¡Exactamente! ¡Allí estaba sentada la falsa! Estaba inclinada sobre un cuaderno de música, en todo el esplendor de su robada hermosura, la hermosura de Theuda, rodeada de la poesía que el recuerdo le prestaba. ¡Cómo se parecía a Imago! ¿Era posible aquello? Ante aquella visión, su sangre corrió por sus venas como una ardilla por el ramaje y en sus oídos resonó un estruendo parecido al de un despertador cuando cae al suelo desde la mesilla de noche. «¡Espíritus juiciosos, venid todos en mi ayuda!», rogó angustiado. Sólo que, ¿dónde están?, ninguno acudió a la llamada.

Con los ojos cerrados sufrió las presentaciones, respondiendo con una inclinación de cabeza. ¿Cómo le saludaría ella? ¡Mirad, ahora le envuelve en su mirada! Una mirada indiferente, como si fuera un extraño. Levantó un momento el busto y volvió a inclinarse sobre su cuaderno de música.

«¿Eso es todo?», preguntóse asombrado.

No, no era todo. Tenía delante una copa de nata, la miró amorosamente, miró un par de veces a su alrededor por ver si la veían y tomó, ruborosa, media cucharadita; luego, más atrevida, dos y tres, llenas.

¡Vaya una acogida! ¡A él! ¡Era indignante y afrentoso! Le atravesó el rostro, taladrándoselo, rencoroso, con miradas reprobadoras, hasta que la razón le tiró del brazo: «¡Eh, Víctor!, si crees que va a darse cuenta de tus sublimes muecas, estás equivocado». Entonces lo dejó estar y se quedó mirándola insensiblemente,

trastornado, como si estuviera en una sala de operaciones, sin saber qué usar primero, si las tijeras o el bisturí.

Mientras estaba tan confuso, oyó sin querer el rumor de las conversaciones, llegando hasta sus oídos frases sueltas, sin ilación alguna:

—Las carreteras de los protestantes están mejor cuidadas que las de los católicos.

—En el tercer acto, el protagonista, que parecía inocente, aparece culpable.

—¿Estaba también Kurt allí?

—El genio siempre se abre camino.

—¿Tuvo Kurt su buen día?

¿Qué será lo primero que diga? ¿Sonará su voz con aquel tono lleno de vida de entonces? Esperó mucho tiempo en vano. ¡Más alto! ¡Silencio! Ahora parece que se interesa por lo que hablan. Arqueó las cejas, sus negros ojos relampaguearon, abrió los labios.

—¡Todos los cortesanos tienen algo de falsos!

Aquello resultó tan imprevisto que no pudo por menos de reírse sonoramente.

Entonces volvió ella la cabeza lentamente hacia él y le lanzó una mirada de reojo, que parecía decir: «¿Qué te importa a ti esto? ¡Contigo ha concluido todo!». Y mientras volvía al frente la cabeza, le concedió un par de frases adicionales escritas espiritualmente sobre sus rasgos, que él podía leer fácilmente, si quería. «Señor mío ¿qué quiere usted de mí? ¿Qué me quiere decir con esos gestos tan llenos de recuerdos? En caso de que algo pasado le hormiguee en el pecho, tanto peor para usted; cúlpese a sí mismo; pero déjeme en paz, por favor. Hoy lo que importa es el presente, mañana el futuro; mi marido y mi hijo son todo para mí, y usted no me importa nada».

No era ni el bisturí ni las tijeras, era una sierra temerosa. El dolor y el enojo saltaron su fortaleza, sostenida tan penosamente. «¡Que lo intente! Que intente borrar el imperecedero retrato de Parusia con la baratija vulgar de su matrimonio ruin: ¡marido, hijo y demás trastos!».

Y otra vez volvió a recoger en los oídos diversos retazos de las conversaciones. Por la izquierda, decían:

—¿Cree usted que vendrá Kurt?

—¡Ya son las cuatro! ¡Ya no viene!

—Pues yo apuesto a que viene.

Por la derecha:

—Cortesanos acicalados.

—Vida familiar sin alegría de las grandes ciudades.

—Diversiones sin espiritualidad del llamado gran mundo.

—Rígido y ridículo ceremonial en los palacios de los grandes.

Le parecía que no había oído tantas tonterías en diez años, como en estos quince minutos. Su malhumor iba creciendo más y más. «¿Es que nadie se preocupa de mí? ¿Cuánto tiempo he de estar solo en mi silla como Robinson en la roca?».

Luego, un estremecimiento de alegría recorrió a la concurrencia, acompañado de murmullos y reprimidos gritos de júbilo, como si se acercara una procesión. Mientras inquiría con espíritu indolente las causas de aquel regocijo colectivo, vio atravesar la estancia a un personaje, sin saludar ni presentarse, atropellando a todos, a Víctor también, sin disculparse, el cual se llegó hasta el piano, preparó un cuaderno de música y empezó a cantar, en medio de la reunión, sin que nadie le invitase a hacerlo, ni él pidiera permiso, como un amante del aguardiente en cualquier taberna. En un santiamén estuvo Víctor a su lado, le cerró el cuaderno y se lo arrojó sobre las rodillas. El cantor atravesó otra vez la estancia sin decir palabra. Todo había sucedido tan repentinamente como cuando un murciélago entra en una habitación para salir en seguida.

—¿Quién es ese individuo? —preguntó Víctor divertido, volviéndose hacia la consejera del Gobierno, en la creencia de que recogería las gracias por su acción.

Mas he aquí que no vio más que confusión y alboroto por todas partes, consternación en todos los rostros.

—No es ningún individuo —dijo arrebatadamente Pseuda, con la faz enrojecida de indignación, lanzando por los ojos chispeantes mortífero fuego. La consejera del Gobierno, con lágrimas en los ojos le murmuró al oído, con mil reproches:

—¡Era su hermano, el señor Kurt!

Víctor se inclinó con irónica cortesía ante Pseuda, diciendo:

—Señora mía, ¡le acompaño en el sentimiento!

—No necesito su sentimiento; estoy orgullosa de mi hermano y siempre lo estaré.

Diciendo esto salió ruidosamente del salón y todos se dispusieron a marcharse.

—¡Ay, mi hermosa reunión musical! —se lamentó la consejera del Gobierno, con gesto desconsolado.

Y cuando Víctor se acercó ocasionalmente para disculparse, alegando que nunca hubiera creído que una persona tan mal educada, que sin saludar ni presentarse, atraviesa el salón repartiendo codazos...

—¡Maestro de ceremonias! —le interrumpió ella, exasperada—, pero es un original, un genio. —Y se fue de allí toda turbada.

Pero Lehmann, el guardabosques, el camarada de Víctor, le golpeó sonriendo en el hombro:

—¡Víctor, Víctor, eso ha sido un descuido imperdonable!

—¡Perdona, amigo mío! ¡No ha sido un descuido, sino un escarmiento!

—Llámalo como quieras, pero has perdido para siempre el favor de la señora del director Wyss.

—¡Eso lo veremos! —replicó Víctor, intrépido.

Cuando estuvo en la calle, le pareció que salía de una comida extravagante. ¿Y aquél era el celebrado Kurt? «¡Fino, amable, modesto!». ¿Es que tenían aquí otro

significado esas palabras alemanas, que en el resto de la tierra? ¿Aquél era un genio? Sí, uno de los diez mil genios que se quedan en nada y de los que cada familia tiene uno en depósito; divinizado por las hermanas y rodeado de una corona de tías adulatoras. Por otra parte, ¿en dónde se había metido? ¡Qué lenguaje! Lugares comunes podridos que nadie se atrevía ya a tocar ni con un palo, opiniones monstruosas, dignas de ser conservadas en alcohol. «Rígido y ridículo ceremonial en los palacios de los grandes». Estas gentes creen que en «los palacios de los grandes» se vive en continua fiesta como en la apertura de una exposición de sementales. «Cortesianos acicalados». ¿Qué entenderían éstos por cortesano? Seguramente se imaginarían un intrigante controlado por el Estado, que desde la mañana hasta la noche andaba dando vueltas alrededor del trono como un mal actor en torno a la concha del apuntador. «Vida familiar sin alegría de las grandes ciudades». ¡Posiblemente porque no zurren a sus niños! «Diversiones sin espiritualidad del llamado gran mundo». Y, sobre todo, no hay que hablar allí del «inocente culpable». ¡Efectivamente, por lo que concierne al horizonte espiritual no encontraba nada extraordinario, por lo que no podía haber ninguna maravilla en semejante prole! ¡Un padre con una cabeza de carácter y un genio por hermano! «¡Todos los cortesianos tienen algo de falsos!». ¿En qué antro democrático había podido escuchar aquella miserable frase? Pero bien lindamente lo había dicho, segura y convencida de merecer el aplauso de todos, como si se tratara de decir una fecha en un examen. «¿Batalla de Salamina?». «¡Yo lo sé!», contestaría triunfalmente, levantando un dedo. «¿He de decirte yo lo que ella es, Víctor? Una niña madurada artificialmente por el matrimonio, que se casó con la muñeca en las manos, y se encontró, de pronto, sin saber cómo, con un crío en los brazos. Ella le consideraba como un muñeco de prácticas de puericultura. ¿Has visto cómo saboreaba su helado de nata? Poco faltó para que se acariciara el estómago, como el payaso en el circo. Pero ¡estaba tan hermosa! Estaba uno tentado a dar mejor nota a la Creación por causa de ella; más bella todavía que entonces, en Parusia, si es posible. No había perdido nada y había mejorado en mucho, en una palabra, “se había abierto como una flor”, como suelen decir los novelistas. ¡Y qué valientemente defendió al bufón de su hermano! Pseuda, me gustas. Es verdad que todavía cocea un poco como un potro salvaje; mejor, eso es una prueba de que tiene casta; no me disgusta de ningún modo verla enojada; por el contrario, le va bien a su constitución de mujer morena. Pseuda, llegaremos a ser buenos amigos». Y canturreando alegremente se fue calle abajo.

Sólo que toda aquella alegría era como un baile infantil sobre cubierta, mientras abajo, en el camarote, gemía un hombre apuñalado, y ese hombre era el capitán. Apenas regresó a la fonda, Víctor arrojó a un lado aquella alegría artificial y se concentró en sí mismo. «Víctor, la verdad ha hablado y nadie debe poner

cortapisas a lo que la verdad dice. Esa verdad anuncia: no ha sucedido a la manera de César, llegar y arrasarlo todo. Tu andar, tu mirada, tu justa indignación han fracasado y lamentablemente, en verdad: ¿Cuál fue el motivo del fracaso? ¿Y qué ocurre entre ti y Pseuda? Piensa primero y, después, responde».

Víctor recapacitó; después, respondió: «El motivo del fracaso es el siguiente: Esta damita vive feliz y contenta, no necesita nada ni desea nada tampoco, al menos de mí; estoy de más para ella. Ha enterrado el pasado y sin sepulcro. Éste es, pues, el motivo de que hayan fracasado mis planes. Lo mismo me va a suceder en mis futuras relaciones con ella: mi superioridad espiritual no me aprovecha aquí de nada, pues no es capaz de apreciarla. Creo que hasta me perjudica, pues por mi espíritu, caigo en contradicción con sus convicciones, tan tercas, como tomadas de las cabezas de las otras gentes. En una palabra: “no gusta de esa confitura”, para decirlo con palabras de la señora Steinbach. Quien venera una cabeza de carácter y admira a un Kurt, no podrá apreciar nunca a un Víctor; esto es naturalmente imposible, pues lo uno excluye a lo otro. La cabeza de carácter es su padre, el Kurt es su hermano. Según esto debería iniciar una lucha contra su propia sangre y contra su más bella virtud: la piedad. Por consiguiente...». Aquí se detuvo su pensamiento, resistiéndose ante las conclusiones finales.

Una vocecita, nacida en el fondo más oscuro de su sentimiento, completó por él la frase: «No hay esperanza». Y como si aquella hubiera sido la entrada de un coro, por todas partes se alzaron, de pronto, cientos de voces que repetían «no hay esperanza», eternamente, con agudos tonos de voz, siempre más alto y recio, como un alud que todo lo arrolla, como los espectadores en el entreacto, cuando el telón no quiere subir.

Víctor inclinó entonces la cabeza, convencido y abúlico.

La razón le dio unos golpecitos en la espalda: «Víctor, tú que oyes la opinión de las gentes, escucha la mía y, en el fondo, la tuya también. En pocas palabras: aquí no hay clima para ti».

«¿Entonces?».

«Hacer las maletas y partir».

«Si crees que va a agrandar a mi dignidad, salir de aquí a la chita callando, después de haber venido como un colérico Ulises, estás muy equivocada».

«¿Agradará más a tu dignidad, quizá, salir de aquí humillado, aporreado

afrentosamente, con heridas supurantes y el corazón lleno de la más amarga hiel?».

«El destino me debe una satisfacción, un triunfo sobre la traidora».

«El destino es un mal pagador. Ven, sé razonable y no des cabezazos contra la pared».

Víctor suspiró y calló un momento. Después, replicó: «Quizá tengas razón; nadie podrá decir que no terminaré por ceder ante ti; pero antes quisiera dejar patalear un poco más a la necedad; esto hace mucho bien a uno y yo también estoy necesitado de un poco de consuelo. Mañana temprano te daré la contestación; pero ahora déjame dormir».

Cuando estuvo tendido en el suave lecho, convencido completamente de la necesidad de irse de allí, sintiéndose ya medio ausente y meditando sobre el fracaso de sus rigurosas ínfulas de juez vengador, el corazón aprovechó aquel estado de blandura de ánimo: «Es lástima —cuchicheó—, yo te había deseado una despedida mejor. Entiéndeme bien, no pretendo influir en tu decisión, obedece ciegamente a la razón, pues de siempre ha sido la más juiciosa de todos nosotros, pero es muy lamentable que hayas de separarte de ella tan descontento, cargando el recuerdo para toda la vida, con una Pseuda enemiga. Y si, como creo, no vuelves a verla nunca más, no podrás ya cambiar su imagen en tu recuerdo y permanecerá en él como la viste últimamente: como una extraña y enojada, así la tendrás siempre ante los ojos. Yo te había deseado para despedida algo más placentero, una mirada dulce, una frase cordial. ¡Qué sé yo! En una palabra: algo hermoso que hubieras podido llevar contigo y te hubiera servido de consuelo en el extranjero. Te hubiera hecho mucho bien (no hablo de mí, pues me parece que puedo pasarme sin el mundo), y hubiera sido una medicina eficaz para la enferma Imago».

Y así continuó en un vago murmullo seductor, hasta que se quedó dormido.

Pero aquella noche, hacia el amanecer, tuvo un sueño. En una isleta de un estanque, vio sentada a Pseuda, como una princesa encantada, entre ranas y salamandras, en medio de las cuales saltaba Kurt como rey de todas ellas, haciendo ridículas piruetas. «¿No hay ningún hombre generoso en la tierra que me libre de las ranas?», se lamentaba. En la orilla, agachado bajo un mimbral, estaba el lugarteniente, moviendo rítmicamente los brazos hacia su mujer, como diciendo: «¡Sálvala!». Y suplicaba con el gesto, volviendo los ojos. Víctor, naturalmente, no intentó moverse, pues todo era un sueño.

Cuando despertó por la mañana, sano y animoso, fresco el espíritu y el cuerpo reconfortado con ánimos y con el sentimiento de su dignidad, saltó del lecho belicosamente: «¡Animo Pseuda! —dijo emocionado—, yo te libraré de las ranas»; se vistió, abrió la ventana, paseó su espíritu sobre las montañas, los ojos le relampaguearon y pateó el suelo con los pies: «¿Quién dijo que no había esperanza? No está vacía interiormente, sino que tiene un alma como cada ser, y dentro de su alma hay un joyel y en ese joyel sueña, sin que ella lo sepa quizá, un anhelo, y ese anhelo está sediento de algo más elevado, más noble, más bello que todo lo que puede ofrecerle el ambiente que de ordinario la rodea. Está sencillamente incrustado en ella. Si yo me quedo aquí, cerca de ella, tarde o temprano, la magia de mi personalidad, mejor dicho, la ardiente mirada de las figuras extrañas que me iluminan, encenderán su alma con la llama de mi alma, rompiendo la corteza, de modo que despierte, abra los ojos, reconozca mi valía y rinda homenaje a mi alta y desinteresada opinión. Espíritu contra ordinariez, alma contra desidia, personalidad contra ralea, guerra sin cuartel; mi arma es la magia, y la Rigurosa Señora es mi poderoso caudillo. ¡Ya veremos quién es más fuerte!».

Y aquella misma mañana buscó una vivienda particular en previsión de que la mágica curación exigiera más tiempo del previsto.

«¡Magnífico!», gritó la razón, cuando regresó por la tarde. Y dos pensamientos pasaron cuchicheando por delante de su espíritu.

El más próximo de los dos dijo: «Es de los que prefiere partirse una pierna antes que atender razones».

El otro pensamiento esperó previsoramente a estar fuera de alcance para decir, mirando hacia atrás y descaradamente: «Porque la quiere, sencillamente». Y huyó al ver que Víctor venía hacia él con súbita indignación.

Pero la fantasía hizo una seña, confiadamente, a Víctor: «Déjales que charlen. Ven, quiero enseñarte algo». Y entreabrió poco a poco una cortina, tres dedos solamente, lo suficiente para poder mirar por la rendija. Y ved que allí estaban en un escenario Pseuda y él mismo, Víctor, cogidos de las manos y mirándose íntimamente uno a otro. Luego ella le dijo a él: «¡Oh, tú, el más alto, el más bueno, el más desinteresado, toma todo lo que sin pecar pueda darte, todo es tuyo, ya lo llames amistad o amor!».

«Esto es sólo una muestra, para que te des una idea», sonrió la fantasía, dejando caer de nuevo la cortina, «más tarde te enseñaré algo más, mucho más

hermoso».

EN EL INFIERNO DE LA INGENUIDAD Para dar a conocer su personalidad a la arisca dama, debía ante todo verla con frecuencia, con alguna regularidad, a ser posible, pues los méritos personales no son armas arrojadas a distancia. ¿Dónde? ¡Vaya una pregunta más simple! ¡En su casa, naturalmente! ¿Para qué tenía él si no un lugarteniente? ¡Estaba invitado a ir allí!

El lugarteniente le recibió cordialmente y estuvieron tratando una hora larga de cuestiones científicas; su mujer, por el contrario, no apareció por allí, aunque la visita estaba dedicada a ella, y, cuando la vio al despedirse, le envolvió en una mirada tan fría, que comprendió que quería prohibirle sus visitas.

Por aquel camino no adelantaba nada. Había que intentar cogerla en un tercer lugar. Se informó sobre dónde y con quién solía relacionarse; todas las noticias coincidían con unanimidad en que sus relaciones sociales se reducían exclusivamente a la Idealía. Víctor suspiró profundamente: «¡Idealía!». Ya había probado la Idealía en casa de la señora Keller. «¡Bah! —dijo animándose—, después de todo, son gentes amables, sencillas, corteses, a pesar de su rigorismo dogmático, del que se muestran orgullosos. ¡Nadie me ha dado su opinión sobre el incidente con Kurt! Así que, con algo de buena voluntad...» y, despreciando toda invitación, y desatendiendo a la señora Steinbach, se agregó a la sociedad Idealía, embarcándose en la peor aventura de la ingenuidad.

Ellos también le recibieron con buena voluntad, mas pronto empezó a fastidiarle aquélla armonía artificiosa.

Y, sobre todo, estaba su congénita (¿o adquirida?), manía de soledad, que le infundía horror ante cualquier agrupación humana, llamárase como quisiera. ¡Y qué «sociedad» aquélla! ¡Además se llamaba Idealía! Suponían en todo hombre dos particularidades principales que él no tenía: una sed eterna de instrucción y un hambre insaciable de música. Aquellas gentes se sentían tan desamparadas sin la música, como el beduino al que se le escapan los camellos. «¿No quiere usted tocarnos algo?», se preguntaban mutuamente. Aquel «algo» le levantaba de la silla. También se decían: «¿quiere usted decirnos “algo”?».

Respecto de la instrucción, el contraste era aún mayor: ellos se interesaban por todo y él por nada. (No se interesaba por nada, porque su alma, rebosante de historias y poesías, se negaba a recibir nada de fuera).

Pero el motivo principal era que le faltaban las condiciones preliminares de una sociabilidad sin pretensiones: la profesión, con sus deberes y trabajos, la vida familiar, con sus preocupaciones, en una palabra, la necesidad de distraerse y relajarse. En resumen, el antiguo y venerable contraste vital entre el espíritu bohemio y el benedictino de la familia. Se daba también la circunstancia de que él esperaba, inactivo, algo (posiblemente la conversión de Pseuda), esto solo bastaba para destemplan su sensibilidad vital, pues el espíritu humano no está preparado para la holganza.

Así pues, en vez de la esperada acomodación, resultó una doble incomodidad. Era «poco afable» para ellos y ellos le ponían malo. Ciertamente que se esforzó honradamente en ocultar su malestar; «¡esfuérate en ocultar todo lo mal que te va!».

— ¿Cómo se encuentra entre nosotros? ¿Se va acostumbrando poco a poco?

— ¡Oh, sí!, ¡mucho! — aseguraba él celosamente, gimiendo como una ballena herida por el arpón.

Entonces empezaban a consolarle, a la manera campesina, cantándole aquella canción popular que dice: «Ihr eigner Fehler». En cada frase de consuelo venía oculta una admonición, como en aquellas vasijas para servir la salsa que vierten una por el pico superior y otra por el inferior. Una incesante flexión de su persona con los verbos auxiliares: «Usted debía», «usted tenía», o negativamente: «Usted no debía», «usted no tenía». ¡Vamos a ver! ¿Qué es lo que debía hacer según su opinión? ¿Qué es lo que no debía hacer? No debía «desenfrenarse», «desarrollarse» y «encerrarse en el capullo». Debía «superarse», «salirse fuera de sí», «despertar de su letargo» (¡ya lo sabes, Víctor, eres letárgico!), «hacerse con el tiempo, y poco a poco, a la idea de casarse», ¿por qué no?, con una señorita decidida y enérgica que le sacara de su letargo (decididamente, la palabra les había encantado). Entretanto podía aprovechar las múltiples ocasiones que a uno le ofrece la ciudad nativa, si es que no tenía ya algo mejor en cartera. El jueves, por ejemplo, daban una conferencia muy interesante sobre el amor en los antiguos pueblos germanos; el domingo actuaría un violinista de siete años; bien entendido que no se trataba solamente de un niño prodigio antinatural y digno de lástima, último producto de una crianza artificial de estufa, sino que, esta vez se trataba de un verdadero artista, de un artista divino. ¿Es que no sabía cantar o tocar algún instrumento? Una idea, una proposición: el cuatro de diciembre, aniversario de la fundación de la Idealía, pondrían en escena una obra de Kurt: «¿No podría encargarse usted de un papel, por ejemplo del de viejo lobo de mar o del gnomo?».

¿Y por qué no se hacía socio de la Idealía? ¿Y no sería más natural y cómodo que se tuteara con los hombres, como hacían todos?

Otras veces intentaban «alegrarle». Si había un baile o un juego de prendas, buscar el anillo, estira y afloja y otros semejantes, le cogían del brazo resueltamente: «¡Véngase con nosotros! ¡No ponga esa cara de susto y ayúdese a sí mismo! No hay que estar siempre tan serio». Pero todo aquello no servía de nada, pues él seguía encerrado en su capullo como un «egoísta», que anunciaba fa menor cuando los otros empezaban a cantar en do sostenido mayor, y sobre todo, por ser un empedernido idealista que no se interesaba por nada absolutamente, que padecía una ignorancia indignante, de esas que ponen los pelos de punta (por ejemplo, ¿no había leído a Tasso!). Elevaban ellos el grito y a los consejos y amonestaciones se unía la censura, siempre natural en toda amistad; o ¿no es la censura la muestra más inequívoca de amistad? Y así se agrupaban a su alrededor, sólo para que asimilara la Idealía; como en un consejo de familia que se reúne para decidir cómo ha de ir un frac en la maleta; uno opina que se debían doblar las mangas así; otro, que de la otra forma; un tercero, estirando el cuello hacia arriba; el cuarto, doblando los faldones; dos de ellos, apretando con los puños y las rodillas sobre la ropa y logrando cerrar la maleta, sentándose todos encima.

Luego les pareció mal que Víctor sintiera una oposición tan decidida a dejarse manejar y quisiera llevar el negocio por sí mismo. Con toda paciencia soportó todas las censuras que se le hacían, en cuanto aparecía. Y cuando se iba, todo se les volvía cortarle trajes. Nada les parecía bien en él, desde la coronilla hasta el dedo gordo del pie; no les gustaba su lenguaje, ni su pronunciación, ni su corte de pelo, ni la forma de su barba, ni su vestido, ni sus zapatos, y lo que más les llenaba de desconsuelo eran sus cuellos. Los intentos tímidos de refutar las críticas, no encontraron oídos propicios.

¡Y además las múltiples susceptibilidades provincianas!, a las que él respondía con una increíble sensibilidad, la sensibilidad de los hombres de fantasía (el reverso de la delicadeza) que de una punzada de aguja hacían una herida supurante, y de una indiscreción sin importancia, una ofensa mortal. Así contribuía, cada uno por su parte, a crear aquella fastidiosa situación que se suele enmascarar con el eufemismo de «mala inteligencia». Eso sí, nunca estaban en «mala inteligencia» con su propia manera de pensar. ¡Santo cielo!, en esta pacífica Idealía, donde todo el año está peleándose uno con otro y en los días de fiesta, todos contra todos, ¿qué querría significar entonces lo de «mala inteligencia»? Todo se lo tomaban a mal unos a otros, pero no se guardaban rencor. Él, en cambio, con su excesiva sensibilidad y manía de exagerarlo todo, con su monstruosa memoria, que

no dejaba nada, enteramente nada, en el olvido saludable, con su sentimiento metafísico de la vida, que agravaba el acontecimiento más insignificante con patética intensidad, con su imaginación que apuntaba todo lo que cada uno le hacía (así es más sencillo), llegó poco a poco a caer en un estado, como el de un oso atacado por las abejas. Evidentemente, reconocía, gustoso, que todo le empujaba a la amistad sincera; sólo que él se imaginaba que, en este país, la amistad tenía un parecido horroroso con el dolor de muelas. Y, de improviso, las abejas alimentadas suculentamente por su fantasía, se convirtieron en monstruos que le espiaban con miradas maliciosas. Por eso se había vuelto suspicaz, como un perro encadenado al anochecer; olfateando en todas partes malas intenciones, pidiendo a derecha e izquierda explicaciones, exigiendo satisfacciones, con lo que a veces caía en lo infantil. La señora del pastor Wehrenfels le había dado la mano izquierda: «¿Lo habría hecho con intención de humillarme?», y después de una noche de insomnio, allá iba a pedirle una explicación, con el gesto de un oficial ultrajado. «Con usted no se puede tratar», le dijo una vez la señora del doctor Richard, muy enojada, después de una escena ridícula semejante. El reproche le dolía en su alma escrupulosa, que quería tener siempre blanca, como si hubiera de comparecer en el Juicio Final, llenándole de penosas reflexiones: «¿Y si tuviera razón? ¿Por qué no puede tenerla? Es posible. ¿Cómo remediarlo? Puedo enmendarme, pero no cambiar de modo de ser». Y muy humilde escribió a una amiga ausente: «Sinceramente, no tenga reparo en decírmelo: ¿Se puede tratar conmigo?». La respuesta decía: «Su pregunta me hizo reír. Tan fácilmente como con un conejo. Sólo que hay que quererle intensamente, como es debido, y, de cuando en cuando, decírselo».

Lo más gracioso era que aquélla a quien buscaba en la Idealía y por quien sufría todos los inconvenientes de la amistad, sólo aparecía ante él excepcionalmente. «La señora del director Wyss es muy casera», venían a decirle, poco más o menos, «vive enteramente entregada a su marido y a su hijo». Él sospechaba que no era éste el único motivo, sino que, si vivía retirada, era por no encontrarse con él. Pero esto era lo peor que podía pasarle. Cuando llegaba y no la hallaba, se quedaba mirando fijamente la silla que, de haber venido, hubiera ocupado. Permanecía con el espíritu ausente, sin hablar una palabra y sin oír lo que le decían. A lo desagradable de la espera tenía que añadir muchas veces el bochorno de la esperanza defraudada. Y una vez, al día siguiente de una decepción de aquéllas, anduvo perturbado por toda la ciudad, como un fantasma que ha perdido el camino de vuelta al cementerio.

En cambio, en los casos excepcionales en que Pseuda estaba presente, le hacía pagar la afrenta que hizo a su hermano, irguiendo la cabeza, animosa y valiente, utilizándole como cabeza de turco, contra la que lanzaba desagradables

observaciones, fueran las que fueran, era indiferente, pues no se consideraba obligada a ser exacta. Apenas abría la boca, ya estaba ella encima. Esto le causaba a veces profundas heridas en su sensible pundonor. «No me gustan los aduladores», respondióle, altiva, una vez que se le escapó esta exclamación: «¡Qué hermosa es usted!». Otra vez en que discutía la afirmación de que la nobleza de Europa era idiota y degenerada, le increpó: «*Snob*». Todo esto, naturalmente, no era tomado en consideración por los demás, pero él lo tomaba todo al pie de la letra, muy seriamente. Tres noches creyó ahogarse en aquellas pretendidas afrentas. Probaba su alma poniendo a su lado una disciplina, un fuego, un escorpión, para expiar implacablemente su delito en caso necesario; hasta que al fin, adquirió el convencimiento consolador de que no merecía aquellos injuriosos ataques. No; quien se quita el sombrero al dar limosna al pobre, quien no tiene a deshonra estrechar la mano del ladrón conducido, como un pastor evangelista, quien se atreve a saludar en pleno día a una moza, ése no es ningún *snob*; y quien en toda su vida ha empleado el truco de ganar el favor de una mujer despreciando a sus enemigas, ése no es ningún adulador. «¡Por qué me lo llamaron, entonces!», gritó, sublevado; y de allí en adelante se sentó frente a Pseuda con un gesto como si ella le hubiera dejado tuerto de un golpe y él la hubiera perdonado.

La consejera del Gobierno no podía ver esto durante mucho tiempo; su pacífica manera de ser no le permitía soportar ninguna disensión profunda a su alrededor. Y como tenía afecto a Víctor, como a la señora del director, dejándose llevar de la falta de lógica del corazón femenino, que piensa, si yo aprecio a A y a B, A y B deben apreciarse igualmente entre sí, llegó a pensar en la existencia de un simple «mal entendido» entre ambos. En consecuencia, se instituyó en mediadora, describiendo a Víctor la virtud de la señora del director y a ésta los méritos de aquél. Grandiosamente, como correspondía a su pura y sencilla naturaleza, donde las virtudes estaban pintadas en trazos vigorosos como en un fresco, la señora del director declaró que había olvidado lo sucedido con Kurt, suponiendo que Víctor extremaría en el futuro su comportamiento social. En cambio, escuchó los elogios que de Víctor hacía, con un gesto de incredulidad. Y mientras la señora Keller se esforzaba en presentar favorablemente a su protegido, todas las impresiones que ella tenía de Víctor fueron reuniéndose hasta formar un retrato del joven, ciertamente que a disgusto, pues le repugnaba la idea de ocuparse de él.

Que aquella persona le era antipática, y en grado sumo (dejando aparte la ofensa que hizo a su hermano), no necesitaba preguntárselo a sí misma, pues lo sentía claramente. ¡Aquella vida errante, tan libertina, que él no tenía reparo en comentar! «Mas no seamos injustas; busquémosle la parte buena, la más favorable». Pero ya podían darle todas las vueltas que quisieran; no apareció por ninguna parte

ese lado favorable, y la lista de sus cualidades se semejaba mucho a un registro de defectos.

Su aspecto afeminado, suave, casi dulce, sin médula, sin fuerza, sin carácter, con su voz delicada, su extremada cortesía, su vestimenta fachendosa, su lenguaje extraño y afectado —su ser opaco, multiforme, ambiguo, reservado y acechante, sin que podamos saber nunca con quien tratamos, pues cada día tiene un rostro distinto («me gustan los hombres sencillos, abiertos, sinceros») —, su manera de pensar burlona y frívola, que todo lo toma a broma, hasta lo más sagrado, patria y hogar, moral y religión, poesía y arte, echándolo todo a barato sin seriedad y sin fondo, sin principios, sin ideales —ni un impulso, ni un ardor, ni un sentimiento (¿cómo es posible, por ejemplo, que haya alguien que no ame la música? ¡Y si lo hay, es que no tiene corazón!). «Estoy segura de que no tiene alma. ¿Con quién se ha reunido en estas tres semanas? Con nadie» —. Y luego, su presuntuosa manera de contradecir, su necia falta de tacto y su sandez, que a veces raya en la ofensa. Por ejemplo, ¿por qué no se había tomado el trabajo de acostumbrarse a llamarla señora y no señorita?

No; su antipatía no era injusta, en contra de todo lo que la señora Keller y su esposo dijeran en su favor. Su padre también habría sabido juzgarle; con una sola frase le hubiera condenado: «No es puro». Creía escuchar el tono de su voz venerable al decir esto. Y cuando la señora Keller elogiaba el talento de Víctor:

—Sí; ¿dónde están esos talentos? —gritaba—. ¡Señáleme uno sólo, por favor! ¿Qué sabe? ¿Qué conoce? Lo único que tiene de talentos es la carencia de ellos.

—A lo menos, concederá usted que tiene espíritu —insistía la señora Keller.

La señora del director perdía la paciencia:

—¿Espíritu? —exclamaba indignada—, yo también amo y aprecio el espíritu, pero hay que saber qué clase de espíritu. En mi opinión, el espíritu exige todos los días rectitud, verdad o belleza, acciones o trabajos; el espíritu honra lo que es respetable, se inclina ante el mérito, se entusiasma con lo elevado y noble, el espíritu habla seriamente cuando se trata de cosas serias. Por lo tanto, si esa manera burlona de jugar con las palabras es espíritu, confieso que no me preocupa nada, que odio esa clase de espíritu. En lugar de decir «Naturaleza» dice «Señora H. P.», «Señora Caballo de Vapor». ¿A mí qué me importa? «Los psicólogos, los peores psicólogos de todos», ¿qué quiere decir con ello? Si esto es espíritu, yo prefiero que me tengan por imbécil. Kurt tiene espíritu y ¡qué distinto! —Y como la señora Keller

asintiera con entusiasmo, el elogio que pretendiera hacer de Víctor desembocó en una apología de Kurt.

Después de haberse hartado ambas de alabarle, la señora del director se declaró, al fin, dispuesta —la sociabilidad nunca puede perjudicar— a conducirse más suavemente con aquel molesto hombrecito.

Por el contrario, Víctor se negó, terco, a aceptar la prometida reconciliación. Naturalmente, él ya había renunciado a «Pseuda», así que la real y corpórea señora del director no significaba nada en realidad. Hubiérase «convertido» antes, y él habría penetrado de nuevo en el alma de la señorita Theuda, ahora ya no tenía nada que discutir con ella.

Habiendo fracasado esto, la consejera del Gobierno buscó la paz por otro medio: reconciliar a Kurt y a Víctor. «Es enteramente imposible que dejen de apreciarse en cuanto se conozcan y traten». Esta maniobra fracasó también y no hizo más que empeorar la cosa. Y otra vez fue Víctor el más reacio a firmar la paz. Ciertamente que había consentido, a duras penas, en celebrar una entrevista; también se abstuvo de pronunciar ninguna palabra hostil —tanto era el dominio que tenía de sí mismo—; en compensación de esto, trató a Kurt de modo tan altanero, en miradas y gestos, que aquello fue peor que la peor ofensa. No dio excusa ninguna; la intención ofensiva era notoria. «¿Por qué —se preguntó después, admirado—, por qué he de humillar de este modo a ese hombre, que no me ha hecho nada? ¿No es una imprudencia, sabiendo que podría ganarme el favor de Pseuda, con una amable conducta?». Esta interrogación no tuvo respuesta; le sucedía lo que al perro cuando ve al gato, no se decide a atacarle, pero le devora con los ojos.

«¡Instintos naturales! —pensaba, desconcertado—, ¡inexplicables idiosincrasias!». Se equivocaba; era una cuestión profesional: la ira del profeta verdadero contra el falso profeta; la indignación del heredero contra el captador del testamento; en una palabra, el cálido aliento de la Rigurosa Señora le azuzaba contra aquel genio de pacotilla.

Entonces, la consejera del Gobierno renunció a su cargo de mediadora. Con Pseuda, todo había concluido radicalmente, como era natural. «Además de todo esto, es un hombre malicioso que, lleno de envidia, quiere compararse con el genio de mi hermano». Ésta fue la opinión que de él tuvo en adelante; y ella misma se preocupó de que llegara a sus oídos. ¿Para qué se tienen si no las notas marginales y las indirectas?

Esta nueva «injusticia» le sublevó con mezcla de asombro. «¿Qué le importa su hermano? Éste no pertenece ya a la acción. Su existencia es ya una falta en la obra». Y estaba fuera de todo sentido que su situación con Pseuda diera un paso atrás en lugar de un paso adelante. Ya otras veces se había preguntado, incomodado: «¿Por qué vacila? ¿Cuándo querrá despertar al fin? ¿Es que piensa, quizá, que tengo tiempo y gusto en esperar años y años su conversión?». Y ¿debía ahora retroceder?

Era una idea insoportable. ¿Cómo remediarlo, entonces? No conocía otro procedimiento que su «magia», aquella magia que tan lamentablemente había fracasado hasta ahora. ¿Por qué fracasaba? ¿Por qué su radiante señorío no había inflamado su alma? Una suposición: posiblemente, la chispa saltaba sólo en estado de éxtasis, por lo que había dejado de producir efecto; pues siempre había encontrado hasta ahora a la dama con ánimo baldado, con fuerza laxa. Mas como una tarde, tras una jornada de intensa fantasía creadora, sintiera su alma poblada de augustas figuras, que le hicieron creerse rodeado de una atmósfera propicia, se armó de corazón y fue a buscarla a su casa, con la secreta esperanza de que su magia, esta vez muy concentrada, obraría sobre ella como un cortocircuito. Era, pues, una especie de experimento psicológico; mas Dios le librara de obrar de ligero, pues se trataba de su propia salud.

Quiso el azar que aquella tarde se encontrara con ella una amiga de la escuela, con la que estaba rememorando las inocentes travesuras de la infancia, dejando por un momento al lado las graves preocupaciones de la maternidad; ¿verdad que hace mucho bien volverse de cuando en cuando a aquellos tiempos de loco corazón? Una tenía puesto un gorrito de niño y la otra un sombrero de copa y la bienaventuranza parecía querer saltar en derredor. Tenía a Víctor por tan insignificante que no consideró su entrada digna de interrumpir aquella mascarada. Se sentó y estuvo contemplando el juego. Cuando llevaba allí un cuarto de hora, se dio cuenta de que toda su fuerza mágica se había disipado. Se levantó sin ser visto, como había llegado, salió de la casa y se fue a la suya, desalentado.

Por primera vez perdió la confianza. Un estremecimiento le sacudió como si se hubieran partido las ruedas traseras de su carro victorioso y el pesado eje hubiera caído a tierra. Y como enviara a su espíritu en busca de consuelo, descubrió una cortina negra que, aunque estaba arrollada, se estremecía con siniestros movimientos como si fuera a caer de pronto sin aviso alguno.

Después de que su magia se había revelado ineficaz, ¿qué le quedaba? La angustia le oprimía y, lleno de zozobra, jugó prematuramente su último triunfo, el

triunfo que había reservado para el último instante, cuando el corazón de Pseuda estuviera conmovido: presentarle su retrato para que rememorara los tiempos lejanos de su juventud, más nobles que el presente. La contemplación de su imagen de soltera, pensaba él, despertaría en ella los recuerdos y Theuda no dejaría de castigar a Pseuda. Sucedería, quizá, como cuando un criminal, al que presentan de pronto una fotografía de su infancia inocente, cae deshecho en lágrimas, arrepentido de sus fechorías y jura volver a ser el hombre honrado de antes. Sacó fuera, con mano trémula, aquel retrato de Theuda (una imagen santa para él), el retrato que hacía tres años le enviara la señora Steinbach, evitando mirarle angustiado, por no saber si tendría fuerzas para resistir el asalto de los recuerdos. Armado con aquel retrato como si fuera un revólver cargado, peregrinó hacia ella otra vez, al día siguiente, tan decidido que casi sintió compasión y arrepentimiento de usar un arma tan terrible. Puso el retrato sobre el piano, antes de que entrara y esperó los efectos, con el corazón sobresaltado.

Apenas apareció bajo el marco de la puerta cuando divisó la fotografía con sus agudos ojos.

—¿Quién le ha dado a usted esto? —preguntó con el tono exigente de un pesquisidor—. ¿Con qué derecho le envió la señora Steinbach un retrato mío? —Después se encogió de hombros—. Por lo demás, es un retrato bastante malo; nunca me ha gustado.

Éste fue el efecto que produjo la imagen santa.

Su situación era comprometida, pues no le quedaba ya ningún triunfo en la mano. Claro que aún tenía esperanza, necesitaba tenerla, pero aquella esperanza no estaba autorizada, pues debía reconocer que lo que esperaba era tan imposible como que algo imprevisto viniera en su ayuda. Con esto, su alma se llenó de tristeza. Ésta anegó su sentimiento y le causó dolor.

Fue con motivo de una conversación sobre Tasso. Recayó luego la charla sobre la supuesta fuerza de atracción del genio sobre las mujeres. Decía Pseuda que el corazón de éstas se siente arrastrado, con instintiva infalibilidad, hacia el hombre verdaderamente notable, hacia el hombre extraordinario. Después de decir esto, suspiró pensativa.

—¿Está usted segura de la certeza de su afirmación? —se atrevió a objetar.

—Tan segura —contestó haciéndole frente—, como de que también

presentimos con toda certeza quién no es un hombre extraordinario o importante.

Y para que no pasara desapercibida la mordacidad de aquellas palabras, le dirigió una mirada y un gesto burlón.

Un profundo dolor le desgarró interiormente; la indignación le agolpó la sangre en la frente. «¡Di lo que tengas que decir!», ordenóle la voz de la Rigurosa Señora.

Obedeció de mala gana, pues su pudor y su modestia se resistían poderosamente a ello; mas, al fin, obedeció y dijo:

—¿Qué le hace suponer que yo no sea un hombre extraordinario e importante?

Aquella frase, pronunciada entre las cuatro paredes de aquella habitación llena de luz del día, sonó tan insoportablemente odiosa, que él mismo se avergonzó de ella y todos los presentes bajaron los ojos, perplejos, como si se hubiera cometido una indecencia.

El pastor Wehrenfels halló la frase libertadora:

—No le hubiera perjudicado —dijo con dulce tono, volviéndose hacia Víctor— haber leído a Tasso, antes de meterse en esta discusión.

«¡Bien dicho!», parecían gritar jubilosamente todos los ojos.

A la tristeza que su fugitiva esperanza le producía, venía a unirse una desazón general, no sabía si corporal o anímica o de ambas clases al tiempo, independiente al parecer de la Idealía; un sentirse desdichado ya desde la llegada, sentimiento que no le abandonó nunca. En este momento de desfallecimiento, vino a declararse la furtiva enfermedad —pues una enfermedad era realmente—. ¿Qué podía ser? Una horrible sensación de vacío, una sensación de sabor repugnante como si hubiera tragado barro. ¿Nostalgia? Sí; algo parecido; pero una nostalgia sin poesía, sin esplendor ni colores, un desconsuelo centrífugo, un dolor de peregrinar sin descanso. Una noche que regresaba de la Idealía, atravesando las oscuras callejas, sin otra luz ni vida que la que arrojaban la tabernas por sus puertas, mezcladas con gritos, pependencias y alcohol, conoció de pronto su dolor: la desdicha del que habita en las grandes ciudades cuando ha de residir en las pequeñas. En las gradas de un templo aullaba un perro vagabundo. Comprendió sus aullidos; le hubiera gustado poder aullar con él.

A pesar de todo esto, siguió manteniendo relaciones amistosas con la Idealía. Encontraban en él muchas cosas censurables, mejor dicho: Todo, pero le consideraban siempre como uno de los suyos; él resistía valientemente, esperando mejores tiempos, de tal modo, que llegó a creerse un mártir piadoso, enteramente emocionado por su increíble apacibilidad. Cualquier conversación ingenua que se anunciaba, enteramente inofensiva y hasta agradable, producía interna hostilidad; no en los otros, pues el pueblo es incapaz de sentir hostilidad, sino en sí mismo, el celoso guardián de las ideas y defensor de la verdad. Así ocurrió una vez, desarrollándose una escena grotesca que, después, llamó siempre «el combate de las amazonas». Fue en casa de la señora del doctor Richard; se encontró solo entre casi una docena de hermosas damas, Pseuda entre ellas. Animado por aquel delicioso cuadro, empezó a hostigar a las señoras todo lo que pudo; pequeñas malicias sobre las mujeres, de las que tenía una abundante provisión, referidas principalmente al amor del sexo débil. Ignoraba él, o había olvidado en el extranjero, la reverencia que las mujeres del país sentían por el dogma del misterio de la mujer germana, en tal manera que, al contrario de las del resto de Europa, perdonaban ciertamente cualquier grosería personal y condenaban, por el contrario, como una profanación, la menor duda sobre la excelstitud del sexo femenino. Un formidable griterío de indignación (el grito de guerra de las amazonas), apagó el eco de sus palabras. En el calor de la refriega, como intentara disculpar que las mujeres fumen, se le echaron todas encima, comentando el trágico y doloroso fin de una estudiante rusa que murió abrasada, hacía unas semanas, por fumar cigarrillos en la cama, diciendo a voces, jubilosas y triunfales:

—Me alegro.

—Le está bien empleado.

—Así debía sucederles a todas las que fuman.

Un sentimiento de justicia le hizo encenderse en cólera; una verdadera y santa ira de profeta que quiere atraer fuego y azufre sobre las escrupulosas sacerdotisas. Veía claramente a la pobre estudiante contorsionándose entre las llamas, gritando, retorciéndose de dolor, dando saltos en el aire o arrojándose al suelo, mientras las demoníacas mujeres aquéllas aplaudían entusiasmadas. «¡Criminales!», gritaban sus ojos llenos de aborrecimiento. Y en aquel momento comprendió, de pronto, la mortal enemistad que siempre existió entre los profetas y las mujeres.

Pero, mientras sus deliciosas enemigas se echaron a la espalda el violento

suceso, en cuanto se levantó la tormentosa sesión para tomar una taza de té y unos emparedados de jamón, en su recuerdo quedó grabada profundamente la imagen horrible de aquella danzarina de la muerte en medio de aquellas regocijadas damas. Aquella docena de señoras fariseas, que en realidad eran incapaces de causar el menor daño a un mosquito (con excepción de las polillas), llevaban en la frente impreso el estigma de Caín, y toda la Idealia, responsable solidariamente de cada uno de sus miembros, le parecía de ahora en adelante semejante a las furias aleccionando tétricamente a los atridas. «Aunque la ley no puede atraparos, aunque os mováis tan virtuosamente de aquí para allá y añoréis santamente las canciones de Schumann, para mí sois y seguiréis siendo criminales, asesinos». Y sintió el sombrío rencor del vengador, pues la estudiante rusa señalaba constantemente con los dedos carbonizados hacia la Idealia, exhortándole como el fantasma a Hamlet.

Aún hervía su hostilidad bajo cubierta; gruñía, pero no chispeaba; ansiaba un ataque, pero se contenía por el momento. Pocos días después de la «batalla de las Amazonas» recibió, retrasada, la primera carta de allá lejos. ¡Qué aires tan diferentes! «Festejado y honrado en el círculo de los suyos tan amados, es de suponer que habrá olvidado a sus lejanos amigos...». Festejado y honrado, ¡qué ironía! Los suyos tan amados, ¡qué pena! «Sus sobresalientes cualidades, sus conocimientos, su bondad de corazón no le faltarán nunca». ¡Qué novedad! ¡Qué de cosas olvidadas! ¡Cualidades sobresalientes! ¡Conocimientos! ¡Eran los bellos tiempos en que nadie había encontrado nada que censurar en él y sí algo que elogiar! Esta carta obró a la manera de un despertador. Pues es de saber que el sentimiento de su dignidad se veía atacado a diario y puesto en jaque por sus numerosos enemigos, intimidándole poco a poco y estrechando insensiblemente su horizonte, hasta el punto de que empezó a aceptar como natural lo que en un principio tanto le enojaba: la suposición de que él era el caballo vicioso que todos querían domar. Despertó, traspasó el estrecho horizonte, recordó su orgullo y acomodó a él sus pensamientos. ¡Qué contraste! ¡Y qué afrentoso! Fuera, en el extranjero, los brazos abiertos, calurosa acogida, complaciente tolerancia de su carácter, disimulo de sus faltas; aquí, en la patria, pobreza de espíritu en las críticas, presunción de infalibilidad, negación de toda su personalidad. Aquella comparación removió toda la amargura que había tragado en las seis semanas que llevaba aquí y, violento como era, ardía en bélico furor. «¡No más sufrir en silencio! ¡Al ataque! Quiero atravesar por entre vosotros, arrancaros la máscara de fariseos, y confundir vuestra jerga jactanciosa e hipócrita. ¡Deteneos y escuchad lo que voy a deciros, lo que voy a diseñaros! ¿Estáis preparados? Bien, pues empiezo. Esto es lo que tengo que deciros: ¿Vuestra virtud? Un freno para infamar al prójimo. ¿Vuestra franqueza? Un privilegio muy a propósito para arrojar todo vuestro desprecio sobre vuestro vecino sin soportar vosotros mismos la menor censura. ¿Vuestra sinceridad?

Una especie de licencia que os permite decir a traición cosas mucho peores que las que el otro os dijo cara a cara. ¿Vuestra veracidad? Una pedantería de la verdad en las cosas secundarias con la que compráis el derecho a mentir por excepción en los momentos decisivos. Si tuviera que concertar un asunto con uno de vosotros, el cretino habría de dármele por escrito y ante cuatro testigos. ¿Vuestra cordialidad? Egoísmo gregario, la lana cubre vuestra epidermis para procuraros calor individualmente; si sobreviene una desgracia, nadie ayuda a otro. ¿Vuestra paz familiar, vuestro amor entre parientes? Poned de por medio una pequeña herencia y veréis en lo que paran ese amor y esa paz. ¿Vuestra música? Jubilosos tímpanos y carámbanos. ¿Vuestra educación? ¿Vuestro gozo por el arte y la literatura? Si a vuestra derecha se abriera la puerta del Paraíso y a la izquierda anunciaran una conferencia sobre él, pasaríais todos ante el Edén por acudir, presurosos, a escuchar al orador. “¡Interesante, interesante!”».

«Así os hablaré; estad preparados. Desgraciadamente, ahora recuerdo que en el vestíbulo de la Idealía no había ningún púlpito desde el cual cepillar a las gentes, todas a la vez, como una comunidad de penitentes en tiempo de cuaresma. Consolaos, os traeré un regalo y al primero que me haga un gesto virtuoso se traga toda la fuente. ¿Os parece bien?». E inclinaba el testuz como un toro que espera al enemigo. Sólo que, ahora que estaba dispuesto a la lucha, no se veía ni un solo enemigo en su derredor. Todos parecían estar contra él y ninguno lo estaba en realidad; aunque nadie le quería particularmente, nadie tampoco le tenía odio. Sí; aquello parecía una maldad premeditada: ahora precisamente que estaba preparado para la lucha, se habían puesto todos de acuerdo en ofrecerle su amistad, con lo que, naturalmente, le desarmaban. ¿Cómo podía embestir con los cuernos a quien se le acercaba con un cordial saludo? «¡Hola! ¿Cómo le va? ¿No se ha acatarrado con este tiempo tan “innatural” que tenemos?». Anhelaba ansiosamente encontrarse con un enemigo, pero todo en vano. ¿Kurt? No; era un hombre indefenso que huía en cuanto veía aparecer en el vestíbulo el sombrero de Víctor; además, no se podía negar que Kurt tenía dos ojos hermosos de dulce mirar; ¿cómo podría ir contra él? De esta forma su rencor sediento de venganza no sabía a quién empitonar.

Entretanto, a falta de un enemigo y de un motivo de disputa, su tremendo furor se manifestaba por un humor espantoso. Su mirada era amenazadora; su gesto, burlón; el tono de su voz, provocativo; sus afirmaciones, despóticas, no permitiendo a nadie hacer objeción alguna. Además, como verdadero y profundo pensador que no soporta que se le replique con la memoria («no me gusta cuando se fustiga a la verdad con ideas prestadas»), solía añadir además esta expresiva advertencia: «¡Atrévete, infeliz, y contesta!». Sólo le faltaba una guardia de corps

mercenaria para coger a sus contrarios por el cuello.

Ni aun con esto logró suscitar la ansiada pelea; todos se apartaban de él, como de una fiera sin discernimiento e irresponsable. El pastor, cuando se hablaba de Víctor, le llamaba loco Nepomuk; el doctor le comparaba con el monje estigmatizado; el forestal, con un elefante domado poco a poco hasta volverle dócil como un cordero, pero que, de pronto, se vuelve salvaje por causas desconocidas. Por cierto que solía estarse sentado, a veces, toda la noche, comedido y silencioso, mirando ante sí, turbado y triste; pero nadie estaba seguro de no atraer la tormenta en cualquier momento, y, como nadie estaba obligado a exponerse a sorpresas desagradables, le dejaban solo con su taciturno furor.

Un ejemplo: El doctor Richard estaba haciendo el elogio de una nueva obra científica:

—Debe usted leer este libro, imprescindible —terminó por decir, volviéndose hacia Víctor que estaba allí sentado, indiferente.

Echando espuma por la boca, se levantó de un salto:

—¿Cómo se atreve a darme órdenes?

Y toda la noche se la pasó diciendo cosas así: «Doctor, debe usted meterse este lápiz en la boca, imprescindible», «Doctor, debe ir imprescindible a buscar mi pañuelo al gabán», «Doctor, debe usted marcharse imprescindible a casa, en seguida». Efectivamente; todos vacilaban en enfrentarse con semejante hombre.

En casa del director Wyss se organizó una pequeña cena a la que también fue invitado Víctor por expresa voluntad del lugarteniente; a última hora empezaron a llegar las excusas de los invitados para no asistir a la cena, de modo que la dueña de casa cruelmente decepcionada, se encontró con el desagradable Víctor como único huésped, al que ahora miraba como a un botón en un cepillo de iglesia vacío. «De mojado no paso», decía Víctor para consolarse. En cambio la señora del director Wyss le motejó de «abominable», de allí en adelante.

«Víctor es insoportable», opinaban todos. «Víctor está enfermo», era la disculpa unánime.

La disculpa rezaba con precisión: «El toro estando “quadrato” derrama la sangre por el morro».

—¡Dios mío! ¡Qué mala cara tiene usted! —gritó, horrorizada, la señora Steinbach, un día que tropezó con él en la esquina de la calle. Aquel mismo día recibió una invitación insistente para que fuera a verla. Era en vano, pues temía a su amiga tanto como al buen sentido personificado.

VÍCTOR EN DESAFÍO CON PSEUDA «Ya no puedo mojarme más de lo que estoy», había dicho, pero estaba en un error. El chaparrón mayor vino luego. Fue un día en que la señora del director Wyss desbarraba contra la galantería, en su presencia (la galantería era otro pájaro de mal agüero para la Idealía).

—¡Hum!, ¡hum! —sonrió Víctor—, no diría usted eso si los hombres dejaran de mostrarse galantes con usted.

Y como ella rechazara altivamente la frase, afirmando que ni pedía ni deseaba su galantería y que prefería que se la ahorrara tal suplicio, su espíritu de verdad se irritó, diciendo dar una lección a aquella señora. A este fin, se colocó junto a ella en el momento de la despedida, con los brazos cruzados a la espalda y la dejó que cogiera de la percha el abrigo y se lo pusiera sola. Las mangas eran demasiado estrechas, lo que la obligó a realizar unos cuantos movimientos penosos y ridículos. Divertido, sus ojos la miraron burlones:

«¿Te das cuenta, jovencita, de lo útil que es la galantería?», mas ved que, aunque parezca imposible, no se dio cuenta de nada; además no comprendía aquella manera de enseñar, por no haberla sucedido nunca una cosa semejante. En cambio, comprendía muy bien su intención al no haberse apresurado a ayudarla a ponerse el abrigo de pieles, siendo tan de su agrado hacerlo y estando en funciones de «maestro de ceremonias». En consecuencia, ella debía interpretar su descuido como una malintencionada ofensa. ¡Qué mirada le arrojó al pasar! Aquéllos no eran ojos; eran una blanca gelatina con un borrón de tinta en medio. ¿Qué hacer? ¿Explicárselo todo? Sería inútil; no le creería. ¿Disculparse? Un ser femenino no acepta nunca una disculpa. «Dejémoslo a un lado; no es ésta la primera injusticia que sufres. ¡Y, quién sabe, quizá, si ésta no sea tan mala como parece!».

Sin embargo, era peor de lo que parecía. De allí en adelante, siempre y dondequiera que le veía, lanzaba una exclamación de aborrecimiento, algo semejante al bufido de una joven pantera: «¡Rha! ¡Cha!»; y le volvía la espalda con mucho garbo.

La primera y segunda vez lo tomó con calma y hasta le pareció bastante licencioso recrear su mirada en la impulsiva agilidad de sus caderas. Pero a la

tercera vez, se le hincharon las narices: «¡Eh, tú, caramona con calzones de Thusnelda! —exclamó algo dentro de él—. ¡Si yo quisiera!, ¡si no fuera por el respeto que te tengo!, ¿qué apostamos a que te hago cambiar tu infantil “¡Rha! ¡Cha!””, por un “gugurr” languideciente y arrullador? Ya te veo diciendo: “Ahora me despreciará usted (suspiros). ¿Cómo podré presentarme en adelante a mi marido y a mi hijo?, (lágrimas); pero será siempre mío (abrazo)””, etcétera, y proseguirá el resto de la escena. Mas ¡alto! ¡Manos a la obra! Se lo merece por su necio comportamiento. Adulterio de amor; ha de ser un adulterio sano, sincero, amor por amor o placer por placer; pero no, sorprender a una mujer pérfidamente, con artificio y cálculo, para destruir una familia inocente, por satisfacer la humana vanidad, eso lo puede hacer cualquiera, no hay duda, pero yo no lo hago. Primero porque no soy capaz de hacerlo; en segundo lugar, porque necesito un alma limpia para cumplir mi misión en esta vida. ¡Y menos aún siendo tu esposo amigo mío! ¡Por lo tanto, no, no y otra vez no! ¡Marcha de aquí y da gracias al cielo, bebé! Si me quieres odiar, hazlo, ¡qué importa! Quiero enseñarte a odiarme hasta que el rencor te haga subir por las paredes. Yo, en tanto, me comeré tranquilamente un rábano. Cuanto más profundamente me odies, tanto más íntimamente me regocijaré yo. ¿No lo crees? ¡Pronto podré demostrártelo!».

Y empezó a irritarla y enojarla a más no poder —dentro, ciertamente, de los límites permitidos, pero casi en el mismo límite—, a cuyo fin se pegaba a ella sin miramiento, implacablemente. Según el humor que tuviera, la obsequiaba con burlas o con bromas, unas veces con rodeos y otras, directamente.

Si su talante ostentaba el signo burlesco, lanzaba frases horribles que subvertían los sentimientos más sagrados de ella. ¿No se había dado cuenta de que entre las mujeres se manifiesta a menudo una asombrosa rudeza? ¿No había observado ella también que nadie presenta una falta tan grande de alma y corazón como los que se perecen por la música? Otras veces, elogiaba el instinto que el corazón femenino tiene para acertar con toda seguridad, con genial infalibilidad, en la elección del más burro de sus cien pretendientes, para enamorarse de él. Otras, recomendaba el adulterio como un medio de educación para que el marido se portara más amablemente con su mujer. O se lamentaba de su destino, digno de lástima, que le tenía en este miserable nido «condenado a la Moral». ¿Y por qué les llamaban libertinos a él y a sus semejantes? Antes bien, deberían llamarlos estetas, pues les atraía la belleza del cuerpo de la mujer. Después de todo, era un falaz fariseísmo lanzar aquellas diatribas contra la galantería: «Si encuentro poco apetitosa a una mujer y se lo digo, es natural que se ofenda; pero si el deseo me lleva tras ella, no hago más que rendirla homenaje, eso está claro». ¿No es verdad que esto te gusta tanto como tragarte un sapo? Pues sigamos: «Lo que nunca he podido

comprender es que un pirata se ande con cumplidos con la mujer que raptó. Ella no puede mirarle ya más que con cara *feroche*; él debe contentarse con mirarle las piernas; el rostro, en estos casos, es cosa secundaria». ¿Desea usted algo más en este estilo? ¿No? Pues entonces, prosigo: «Todo hombre codicia, en todo instante, a toda mujer hermosa, y si alguno me contradice o no es hombre o miente».

Ella no quería hacerle el honor de discutir con él; su mirada, solamente, le decía: «En caso de que usted, señor mío, tuviera la desgracia de verse bajo las ruedas del tren, le digo sinceramente que me impresionaría, en verdad, pero no lo lamentaría en modo alguno».

A lo que su descarada mirada respondía burlona: «Graciosa señora mía, en caso de que usted se dignara decidirse a reventar, dígamelo de antemano para poderme adjudicar un trozo escogido».

Si estaba de mejor humor, se contentaba con herir sus convicciones y prejuicios, apuntando a su patriotismo de color de rosa de los Alpes, a su bucólica exaltación del pueblo y a otras cosas semejantes.

Gustaba ella de cantar durante sus paseos la canción popular. «Por la mañana temprano, ordeñamos la vaca». «¿Sabe usted ordeñar, también, señora?», preguntaba todo asombrado. Y cuando iniciaba otra canción: «A todos llamo sencillamente de tú», aplaudía él rabiosamente. «Hace tiempo que es mi mayor deseo, tutearnos». Después de su hermano, tenía gran predilección por un primo suyo de largas piernas, llamado Ludwig, el cual se pasaba el año entero escalando cumbres sin descanso. ¿Por qué las gentes sencillas también tendrían aquel concepto terrible de los Alpes? «Ellos no los han hecho; pero si hubieran podido hacerlos, posiblemente les hubieran salido un poco más planos». Además, si no existieran los Alpes, las gentes repararían más en la Naturaleza; el dedo meñique de una mujer hermosa sería ante Dios mucho más valioso que la entrada de un ventisquero, y él confesaba abiertamente que había más alma, más espíritu, por descubrir en un sombrero de copa puesto sobre una silla, impecable, que en una salida de sol; «pues una salida de sol puede comprenderla hasta un mamut, y un sombrero de copa sólo es comprendido por un hombre culto, de fino paladar». Otras veces daba consejos que ella no había pedido. Si se lamentaba de las vandálicas destrucciones que la patria había sufrido en la antigüedad, él aconsejaba: «¡Emplazar los cañones y derribar a cañonazos todas las estantiguas de madera!». Si se quejaba de la lenta desaparición de los dialectos y de los trajes típicos, él sugería que se vistiera a los criminales con el traje popular, como castigo, y circunscribir el uso del dialecto a las familias taradas hereditariamente.

En semejante estado de ánimo, su diversión favorita era volver a poner nombre a las cosas. A la ciudad natal, la orgullosa ciudad de sus mayores, la llamaba Muhheim^[1]; a la política local, conmoción periódica por elegir a Franz o a Fritz. En vez de rudeza decía patriotismo, en lugar de grosería decía germanismo, y a la falta de tacto llamaba faltas dialectales del alma.

A veces la enojaba dando amplios rodeos con gesto inocente e hipócrita. Por ejemplo, por medio de anécdotas y sucesos memorables, que traía a cuento con la mejor intención.

—¿Conoce usted, señora directora —solía empezar a decir—, la anécdota de la condesa Stepansky, Beethoven y el maestro de capilla Pfuscini?

—No quiero conocerla —refunfuñaba ella, temiendo una malicia.

—Pues hace usted mal, muy mal, por ser instructiva y deleitosa. La condesa Stepansky había sentado a su mesa a Beethoven y a Pfuscini y, cuando le preguntaron que quién de los dos le parecía más importante, si Beethoven o Pfuscini, puso cara seria y preocupada: «No se puede comparar; son diferentes en su arte; se completan uno a otro». ¡Como la música y las mujeres! ¿Quiere que hagamos un experimento, señora? Lleve a educar al Conservatorio a la muchacha más dispuesta para la música, manténgala apartada de todo incentivo masculino y obsérvela diez años después: ha cerrado el piano y se ha hecho con un gato. El piano no lo toca porque no tiene tiempo y se entretiene con el gato porque no sabe qué hacer muchos ratos.

Y otra vez que volvió ella a afirmar la superioridad de la mujer sobre el hombre, dijo él:

—Yo consentiría gustosamente en lo que usted dice, si las mujeres mismas, en momentos en que nadie las observa, no reconocieran que el hombre está por encima de ellas.

—¿...?

—Sí, por cierto. Pues una madre que ha tenido ya seis hijas, si el séptimo es un niño, cacarea, victoriosa, levantándolo sobre su cabeza, como si hubiera parido al Mesías. Y todas las mujeres del contorno vienen presurosas a servir obsequiosamente a la venturosa madre. ¡El nene, el bebé, el nenito!, como si un niño fuera una maravilla del mundo. Aquel mesías será después diputado del cantón, si tiene suerte.

Con todas estas cosas logró, sin pena, efectivamente, lo que esperaba, es decir, su aborrecimiento más profundo, el odio más íntimo de su corazón. Ya no decía «¡Rha! ¡Cha!», cuando le veía, sino «¡Ah! ¡Uah!», como ante un escuerzo grasiento. Esto le regocijó como si hubiera alcanzado una gran victoria sobre ella. «¿No ves —decía riendo para sus adentros—, la indiferencia en que me deja tu opinión?». Y, divertido, exclamó: «Quisiste librarla de las ranas y te has convertido en una de ellas».

«Víctor, empiezo a creer que eres un loco».

«Un motivo más para obrar locamente», dijo riendo.

Una tarde, cuando se disponía a volver una esquina, oyó tras sí una voz que le gritaba: «¡Lama!». Y cuando se volvía colérico hacia el que le hablaba, la voz prosiguió diciendo: «No necesitas volverte; soy yo, tu razón, quien te ha llamado Lama».

«¿Y con qué derecho me llamas eso?».

«Porque trabajas con satánico poder en cosa distinta de lo que te propones».

«Yo no me propongo nada».

«Sí; te has propuesto algo que te voy a decir. Tienes en secreto, sin confesártelo a ti mismo, el plan de enojar de manera confusa a la inexperta damita, para que pierda la dirección y venga a colgarse un día de tu cuello, con el sonoro rencor de una abeja, como un tábano zarandeado por la tormenta».

«Y, suponiendo que así sea, ¿no está bien pensado? El odio femenino se ha trocado muchas veces en amor».

«Eso son novelerías —respondió la razón—, puedes hacer, sin embargo, lo que quieras, yo no soy tu niñera».

Víctor quedó perplejo, embargado por la duda. Regresó a su casa, confuso e inseguro. Y como se detuviera a examinar su situación, con espíritu circunspecto, quedó horrorizado y atacado de vértigos: había equivocado el camino, se movía en una falsa dirección. No se podía dudar que su razón tenía razón; el odio de Pseuda no era de esos que se cambian en amor. Un triste descubrimiento. No debía pasar más adelante, pues después de haber perdido la esperanza en aquella brusca mutación, ya no tenía sentido aumentar el odio de Pseuda, con lo que aumentaba la

separación entre él y ella. Sí, pero ¿qué hacer entonces? ¿Volver a empezar de nuevo? ¿Aplacar primeramente su odio; vencer después, penosamente, su aborrecimiento; borrar luego su antipatía y, por último, conquistar su favor, pacientemente, paso a paso, peldaño a peldaño? «¡Vaya una ocurrencia! Para eso tendría que renunciar a mi propia dignidad. Además, ya no tengo tiempo para eso, pues, si Dios quiere, no estaré ya mucho tiempo aquí». Sí; pero ¿qué hacer? Por más que aguzaba el ingenio no encontraba nada satisfactorio. De pronto dio una patada en el suelo:

«¿Quién me manda a mí preocuparme de ella? Si se ha convertido o no, si está metida en un pantano o en un aguazal, siendo por su gusto, ¿qué me importa a mí? Yo no soy su confesor ni su director espiritual. ¿O es que cree que doy lecciones particulares de psicología? Se puede considerar muy honrada con que yo la enoje. Si quiere que vuelva a preocuparme de ella, habrá de suplicármelo encarecidamente. Mientras tanto, ¡hala!, ¡marcha!, ¡no te conozco! ¿Qué es eso de señora del director Wyss? ¿Vive en el agua o anida en los árboles? ¿Picotea los granos o devora insectos? Señora mía, ¿ha visto saltar alguna vez una pulga de la uña? Así exactamente ha saltado usted de mi recuerdo. ¡Un-dos-tres! ¡Ya está! Nada más. Pseuda, ya no existes».

Terminó de hablarse, giró sobre sus talones y chascó los dedos. ¡Oh, qué a gusto se encontraba desde el momento en que había olvidado a aquella criatura dañina! ¡Una muela podrida que le habían sacado! ¿Cómo empezar a gozar de la libertad recién adquirida? Mil deliciosas posibilidades se le ofrecían.

«¿Qué tal si me enamorara de alguien, por variar?». ¡Era una buena idea! Hacía mucho tiempo que no probaba aquel jarabe y esto es antinatural. A ser posible, le gustaría que fuera una muchacha humilde, sin instrucción, para que, cuando la otra se enterara (que en este nido de chismorreos se enteraría pronto), la enfadara y humillara saberlo. De una camarera, por ejemplo. Para lograr enamorarla, se entregó, no sin repugnancia, al alcohol y a sus delicias, en la taberna más cercana. La moza que le sirvió se llamaba Pamela; la convidó a sentarse con él y la endulzó con la miel de sus palabras, mientras, como era obligado, fue haciendo el elogio de todas las partes de su rostro. Pamela le escuchaba, sonriendo, satisfecha, esponjándose agradablemente como un caracol bajo la tibia lluvia de mayo. Mas, de pronto, bufando y silbando, se fue a ocultar tras la caja registradora, gruñendo como un gato al que pisan en el rabo:

—¡Estúpido, vejestorio, mal educado! —exclamó por toda despedida.

Acababa de elogiar sus dientes de perlas y ¡no tenía ningún hueso en la boca!

Él no lo sabía, ni había tenido ocasión de observarlo.

Tres días después se encontró en la calle con la señora del director Wyss, la cual se vino hacia él radiante de alegría y toda amistosa:

—¡Eh! ¿Qué cambio tan repentino es éste? ¿Qué significa eso? ¿Podemos felicitarle? —dijo simulando interés—. ¿Para cuándo es la boda con Pamela?

«¡Ah, qué astuta eres!». —Con esto no había contado.

No, con el amor no iba bien. Como había sospechado a su llegada, en aquella tierra caliza no se daba bien el amor. Intentemos la amistad. Un tal Andreas Wixel, archivero, se le había hecho simpático, porque no podía resistir a la señora del director Wyss; ella solía llamarle «Andreas, el de las anteojeras». De pronto sintió una apasionada ternura por este Andreas, sin poderse explicar los motivos, apresurándose a ir a verle y a ofrecerle su amistad, muy emocionado de su cegatoso aspecto. Wixel, por su parte, también estaba conmovido por la repentina amistad de Víctor, y para celebrar aquel pacto convinieron ambos en hacer una escapada a Guggisweid, el próximo domingo por la tarde. Desde allí estuvieron contemplando un buen rato la ciudad, rodeados de miembros de una sociedad gimnástica que jugaban a los bolos y envueltos por una llorona música de viento. Víctor permanecía completamente mudo, mirando fijamente hacia la calle de la Catedral, mientras Wixel se enzarzaba en un monólogo, queriendo determinar la diferencia existente entre Goethe y Schiller, con tanta pesadez que incitaba al asesinato. Aquel Wixel era, en realidad, muy digno de llevar anteojeras, pensara lo que pensara Pseuda.

Tampoco tenía éxito con la amistad de los hombres. Había que buscar otra cosa. ¿Teatro? ¡Puff! ¿Qué teatro podía haber en esta ciudad? Además no le gustaba el teatro. ¿Un concierto, quizá? Bien; intentaría un concierto. Pero ¡oh dolor!, le dieron la fila segunda y, de pronto, todos los instrumentos empezaron a sonar falsamente. Las visitas le disgustaban también, pues en todas partes le preguntaban por una tal señora del director Wyss. «¿No sabe usted nada de la señora del director?». «¿Cuándo la ha visto por última vez?», y otras cosas parecidas. Entonces empezó a rebuscar en el desván de su recuerdo: «¿Señora del director Wyss? ¿Dónde he oído yo ese nombre antes?». Hasta en la calle le paraban para informarle del estado de una señora del director Wyss, que ya no existía. No; él sabía muy bien que hay mujeres cargantes, pero nunca había sospechado que pudieran ser tan pegajosas, tan enredadoras como la llamada señora del director Wyss. ¡Oh, qué ciudades provincianas! En ellas se tropieza constantemente con los mismos seres, o

al menos con sus nombres. ¿Dónde meterse para librarse de la esposa del director, tan infausta como inevitable? Tendría que huir lejos, muy lejos, tierra adentro, donde las cabras no supieran nada de ella.

Entonces, ¿por qué no hacerlo? ¿Para qué estaba allí el ferrocarril? Recordó haberla oído decir una vez: «Es curioso; pero nunca estuve en Lengendorf». Este Lengendorf estaba libre de recuerdos, limpio de Pseuda. Y tomó el tren para Lengendorf. Cuando llegó allí se permitió representar una pequeña y astuta comedia, para gozarse en la certidumbre de su ausencia: Apenas bajó del tren, se fue al jefe de estación y le rogó con toda cortesía que le diera una información. Se trataba simplemente de que había venido a Lengendorf para visitar a una señora que era esposa del director Wyss, y quería saber si sería tan amable de ponerle en camino de su casa. El jefe de estación quedó pensativo, movió la cabeza de un lado para otro y llamó al taquillero en su ayuda; éste requirió al portero; el portero, al criado de «La fonda de los ciervos» y éste al cochero de la de «La cigüeña». Ninguno conocía a la señora del director Wyss. El barrendero municipal, que había permanecido apartado del grupo, se acercó y terció en la conversación:

—En Lengendorf —terminaron por decir, unánimes y condolidos—, no vive ninguna señora del director Wyss. —Y se quedaron mirando a Víctor compasivamente. Éste, en cambio, rebosaba de alegría en el corazón: «¿Ves, ambiciosa e impertinente criatura, cómo tu existencia es desconocida por una vez entre los hombres? ¡Y tú que te creías tan importante!». Estos aseados vecinos de Lengendorf que no habían oído hablar nunca de la señora del director Wyss, eran encantadores; y con afabilidad que robaba el corazón, como un príncipe que viaja de incógnito, conquistaba a todos los que se cruzaban en su camino, por su buen natural. Durante todo el día estuvo imitando al Kaiser José; pero no sólo el exterior, sino que le había enamorado también el interior de estos buenos, valientes y honrados vecinos de Lengendorf que no habían oído nunca el nombre de la señora del director Wyss. ¡Y la belleza de aquellos parajes donde no había puesto nunca el pie! ¡Aquella simpática colina del bosque que no había recibido nunca sus miradas! ¡Qué bien se respira aquí! ¿No lo notan ustedes? Y elogió tanto el clima de Lengendorf, que el posadero de «La cigüeña», mirando por su negocio, le encareció las excelencias del pueblo para una cura de aires, en caso de que se decidiera a venir para el verano. No tuvo que molestarse siquiera en pagar lo que debía por la comida del mediodía. Cuando partió por la tarde, ya eran amigos suyos todos los moradores de la aldea, desde el médico y el cura hasta el mozo de labor y el perro del aprisco. Contento y emocionado regresó a casa, pues pocas veces había vivido horas tan deliciosas. Decididamente, de ahora en adelante, debía estimar en más a la gente de pueblo.

Llegó a la ciudad muy impresionado todavía por el día tan idílico que había pasado. Al atravesar por entre los grupos de gente que había en la estación, ¡qué fastidio!, la vio hablando con el profesor Pfininger, y el contento que su inexistencia le había proporcionado, desapareció en un momento.

«¿Pueden decirme, por favor, dónde quedan las leyes naturales? ¿Y qué nos dice la lógica? Si ella no existe, es imposible que yo pueda verla; y si yo la veo, es que existe; pero, si no existe, ¿cómo puedo haberla visto? ¡No lo entendería ni un sofista! Sólo conozco un medio: encerrarme en mi habitación, pues no creo que pueda entrar por el agujero de la cerradura». Cerró la puerta, corrió el cerrojo, se tendió en el sofá y estiró los pies. Cuando llevaba un rato en aquella postura, el cuarto empezó a llenarse de una niebla luminosa; aquella niebla fue espesándose más y más y en medio de aquel resplandor surgió un rostro, cada vez más preciso y bello y ved que era su rostro. «Ahora, Pseuda —dijo él suavemente, pero con toda entereza—, ahora imploro tu equidad y tu rectitud. No quiero oponer nada contra tu aversión, contra tu odio; te dejo las calles, la ciudad, todo el mundo exterior; pero respeta la paz del hogar; no puedes venirme a buscar a mi propio cuarto».

«¡Pero, pero Víctor! —le aclaró la razón—, si no es ella, si es solamente la hermana Anastasia Fantasía que quiere embromarte».

«¡Pues podía escoger algo más razonable para sus bromas!», contestó, enojado.

«Yo bromeo con lo que quiero —dijo la Fantasía haciendo un mohín—; me agrada la cabeza de Pseuda; si a ti no te ocurre lo mismo, no tienes más que mirar para otro lado, nadie te obliga a mirar hacia aquí». Y la cabeza de Pseuda siguió cerniéndose constantemente alrededor de Víctor, principalmente al atardecer, cuando la luz del crepúsculo inundó el cuarto. ¿Qué podía hacer? Parecía que estaba condenado a tener siempre ante los ojos aquella presuntuosa e importuna nulidad. Finalmente, una perturbación no es una desgracia; otros tienen mosquitos en su cuarto; él tenía a Pseuda; la gracia estaba en no alterarse por eso. Y se hizo a la idea de que poseía el don de la ubicuidad.

De pronto, como un obús que estalla en una casa, llegó hasta sus oídos la noticia de que estaba enferma. Fue por la noche, hacia las siete; la criada lo vino diciendo. Después de recobrase de su primera turbación, sintió una salvaje irritación y confusión como si estuviera echado en medio de un hormiguero. ¿Qué debía hacer en aquel caso? No podía tratarse, naturalmente, de afectuosa compasión; ¡ni mucho menos! ¡Era su diabólica enemiga! ¡La traidora de la Parusia!

¡La envenenadora de Imago! Por otra parte, no podía menos de compadecerla sinceramente, pues era ante todo una criatura que sufre. ¿Dónde está la línea sutil de separación? ¿Y cuál es el justo medio? Una difícil tarea para el sentimiento y bien peligrosa; pues, si se compadecía demasiado de Pseuda, parecería que no era indiferente a su corazón; pero, si no se interesaba por ella, quedaría como un hombre insensible y odioso. Aquella tarea era tan penosa que le tuvo preocupado hasta la medianoche, y a medianoche no lo vio más claro que al principio, sino todo lo contrario. ¡Qué lástima! ¡Si fuera una enfermedad grave! ¡Si al fin...! Mas no, sería una jugada satánica del destino que por semejante truco, por tan infame habilidad, le obligara a ser cordialmente bueno para con aquella traidora. Y la otra mitad de la noche la pasó rogando al destino angustiadamente que la sanara para no tener que ser bueno con ella. Con tantos sobresaltos y emociones, a la mañana siguiente se encontró tan trastornado que tuvo que saltar del lecho medio enfermo también.

Desdeñando el desayuno, se apresuró hacia la calle de la Catedral:

—Lugarteniente, ¿cómo está su mujer? Espero que no sea nada grave —le gritó ya desde la puerta de la calle, lleno de angustia.

El lugarteniente se asombró.

—¿Por qué lo dice? No está enferma, se trata sólo de un pequeño dolor de muelas. Pero ¿por qué me llama usted lugarteniente?

—Nada, nada —gritó jubilosamente y se fue de allí aliviado; el destino había escuchado su súplica.

Un dolor de muelas no es nada peligroso, pero causa dolor. «¡Alto! ¡Es gracioso; muy gracioso! Sabrás que, a pesar del estado de guerra en que me encuentro con Pseuda, en agradecimiento a que no se me ha puesto enferma, quiero hacer algo noble (se puede llevar una guerra caballerosamente). Así pues, escucha: ¿no te parece que mientras ella sufre un dolor, yo también debo sufrir otro? Y este dolor debe estar localizado en la misma parte, en las muelas. ¿No te parece que está bien, que es hermoso, que es una manera noble de hacer la guerra?». Y fue a casa del dentista Effringer, cuyo domicilio conocía muy bien, desgraciadamente. Le pidió que le sacara ésta y la otra muelas.

—¡Esa muela está muy sana! Querrá usted decir esta otra de al lado, que está podrida.

Víctor luchaba con su conciencia: «¿Te parece decente sacar provecho del

dolor?». Pero, al fin, se decidió gustosamente por la muela mala, mejor que por una sana.

Cuando Efringer se acercaba con su protóxido de nitrógeno, la conciencia le volvió a advertir: «¿No te da vergüenza, Víctor? Viniste para sufrir los mismos dolores que ella y ahora quieres evitar cobardemente el dolor».

Estaba avergonzado. Pero, por respeto a las siniestras tenazas, se consoló pensando que no había sido él quien evitó el dolor, al que se ofreció voluntario. Sin embargo, para reconciliarse con su conciencia, se dejó extraer una segunda muela, carcomida también, y con protóxido de nitrógeno igualmente.

Luego, de regreso, no pudo ponerse de acuerdo consigo mismo sobre si había hecho, o no, algo grande. Por una parte, no es nada corriente dejarse sacar dos muelas sólo porque otro ser tenga dolor de ellas; por otra parte, dos muelas podridas no son una víctima inmaculada precisamente, y sufrir dolores de modo tan llevadero no era un martirio digno de que por eso un papa le llevara a los altares.

De pronto se sintió débil y un poco fatigado; con gusto se sentaría en cualquier parte. Pero como hombre poco aficionado a frecuentar las tabernas, no se le ocurrió entrar en ninguna y, a pesar de lo inconveniente de la hora —eran poco más de las nueve—, se decidió a aceptar la invitación de alguna conocida, yendo a su casa a saludarla. Precisamente la señora del doctor Richard vivía en aquella dirección. Ella sabría disculparle, pues no se sentía bien del todo. Le atendió con toda solicitud, instalándole en un butacón, obligándole a tomar una copita de vino de Málaga, que en realidad le hizo mucho bien, y cuando quiso alejarse dando las gracias, le persuadió a que se quedara.

—Está usted un poco pálido; le aseguro que no me molesta lo más mínimo.

Cuando llevaba una media hora sentado allí, entró una joven con abrigo y sombrero, animosa y viva.

—Esta bella señorita —dijo la señora Richard— le resultará muy simpática, pues lo es para todos los que la tratan, y a usted particularmente, porque la señora del director Wyss le salvó la vida en cierta ocasión. Le presento a la señorita María Leona Planita, la mejor pianista de nuestra ciudad, y también, como usted puede apreciar una criatura encantadora, capaz de volver locos a más de cuatro.

—Es cierto, si no fuera por la señora del director Wyss no estaría yo aquí

—confirmó la señorita Planita con una mirada llena de agradecimiento—, ni haría tantas tonterías en la vida ni tantas faltas en el teclado. Sí —sonrió—, me sacó de pila.

La señora del doctor Richard se lo explicó todo en dos palabras:

—Fue en los tiempos de la escuela; estaban bañándose cuando María Leona cayó en un hondo del lecho del río y la hermosa Theuda (como entonces todos la llamaban) la sacó a flote.

—En un instante saltó vestida al agua, como si fuera la cosa más natural del mundo —añadió la señorita Planita—. Aún me parece estar viendo su ojos fijos en mí, me agarró, mientras mis manos se agitaban buscando un asidero, sin poder gritar por tener la boca llena de agua. No tuve tiempo de morirme y volví pronto a la vida. ¡Pero lo pasé muy mal! ¡Muy mal! ¡Se lo puedo asegurar! Sí; en la música hay mucha hermosura, y yo soy ciertamente la primera en reconocerlo con admiración agradecida, pero toda la música junta no iguala en belleza a aquella mirada singular que me gritaba: «¡Ánimo, María Leona, yo te ayudaré!». Había media docena de muchachas bañándose a mi lado, hubiera bastado que me tendieran la mano, pero me dejaron manotear apuradamente. Y el caso es que ninguna de las dos sabíamos nadar; no me explico cómo no nos ahogamos ambas.

Al terminar de oír esta historia, el corazón de Víctor puso una cara como la del aldeano que ve caer un aerolito delante de su yunta. ¿Cómo pudo arreglárselas esta diabólica señora del director Wyss para realizar un sacrificio tan noble? ¿O es que guardaba, quizá, toda su maldad para él? ¿Y por qué precisamente sólo para él? Multitud de pensamientos se agolpaban a las puertas de su espíritu queriendo entrar. Sólo que él no quería escuchar ninguno, por el momento; no tenía tiempo más que para contemplar a aquella linda y graciosa damita, que sin el auxilio de la señora del director Wyss estaría ahora pudriéndose en el hoyo. Y cuando la señorita Planita se levantó para marcharse, se ofreció él para acompañarla, con objeto de poder contemplar más tiempo aquella maravilla de criatura.

—¿Puedo acompañarla, señorita Lázaro? —preguntó Víctor.

—Así puede llamarme con toda justeza —repitió ella, sonriendo.

—¡Oh!, ya no tengo miedo por nuestro Víctor —bromeó la señora Richard—, pues si puede acompañar a una señorita, es que ya está curado.

Después de haberse despedido de la señorita Lázaro, Víctor volvió a sus

pensamientos: «Si yo me hubiera estado ahogando, no me hubiera tendido la mano. ¡Oh, no!, me hubiera arrojado piedras a la cabeza. ¡Alto! ¿Quién viene allí? Me ha parecido... pues, sí; es ella: ¡Pseuda en persona! Completamente sana y alegre, al parecer, sin el consabido pañuelo cubriéndole las mejillas y anudado en lo alto. Esto es muy curioso y da que pensar. ¿El sacrificio de sus dos muelas había aplacado, quizá, a sus verdugos? ¡Qué desatino!». Pero todo era posible. En la creencia de que su sacrificio había sido provechoso, se acercó a ella algo más confiado que otras veces. Hasta esperaba que le diera las gracias. Ved que se le queda mirando, extrañada, como si no le conociera; se apartó a un lado y se puso a examinar atentamente un sombrero, en un escaparate de una casa de modas, hasta que Víctor pasó.

«¡Está bien!, ¡sigue tu camino! ¡Ya no me saluda! ¡Esto me faltaba!». Y con desprecio soberano extendió el brazo: «¡Éste es el pago que te dan! ¡Así son los hombres! ¡Mientras tú pasas la noche en blanco por su culpa, ella te niega el saludo!». Y su conducta le pareció tan vil que la arrojó de su pensamiento con toda indiferencia. Pero aquello había sido indignante. Y la indignación revolvió después su alma, con más fuerza cada vez, a impulso de sus amargos sentimientos, hasta que aquello se le hizo dolorosamente insoportable, como si le estuvieran escarbando con un cuchillo. Decididamente, así era: todo lo malo para él, lo bueno para los demás. Pensándolo bien, ¡hay que ver la maldad que se necesita para arrojar piedras a la cabeza de uno que se está ahogando! Y este pensamiento le ahogaba constantemente.

Era satánico: hoy estaba más hermosa que nunca, sobre todo, desde que supo lo sucedido con la señorita Lázaro.

De repente surgió en el campo del recuerdo un punto de interrogación: «¿No sonrieron, astutos, sus ojos cuando se quedó mirándote extrañada? Su mirada me pareció sospechosa».

En todo el día no logró aclarar aquella sospecha. Pero cuando por la noche se le apareció, como de costumbre, en el cuarto a oscuras, la cabeza de Pseuda, esa vez más luminosa que nunca, ya no dudó, entonces tuvo la evidencia de que sonreía astutamente desde el fondo de los ojos. Su furor creció de pronto. «¿Qué significa esa sonrisa? —gritó amenazador—, la sonrisa es un lenguaje de muchas significaciones; yo exijo que me expliques, Pseuda, te ordeno que me digas qué motivos tienes para reírte de mí tan pérfidamente».

Por toda respuesta, aquella sonrisa astuta mostró un signo burlón que crecía

y crecía.

Esto le hizo proferir gritos desaforados: «¡Mala hembra! ¡No te burles! Ya es bastante que me persigas con tu odio venenoso día a día, hora tras hora, sin tregua ni descanso, arrojándome piedras cuando me estoy ahogando; pero no te burles, ¿comprendes?, no te burles, te lo prohíbo». Mas aquel signo burlón persistió como si no hubiera dicho nada; sucede que ahora aparece sobre el rostro burlón una banderita victoriosa, agitada por una mano invisible.

«¿Qué victoria quieres celebrar? —gritó—: ¿Es que has alcanzado alguna sobre mí? ¡Yo no sé cuál! Por tanto te ruego, en nombre del buen gusto, que me hagas el favor de arriar esa bandera que tan neciamente tremolas».

Mas todo fue en vano. La banderita siguió agitándose victoriosamente en el aire, y ¡ved qué nueva ruindad!: la sonrisa burlona de sus ojos se desliza hacia abajo, hacia las comisuras de sus labios que se desfiguran ahora con un descarado e irónico reír. Esta risa va tomando una expresión cada vez más satánica. Finalmente, aquel rostro humano se convirtió en una caricatura diabólica, con cuernos y pico, algo así como un pájaro burlón, infernal, que ostentaba al mismo tiempo los hermosos rasgos de Pseuda.

Esto era demasiado para el claro espíritu de Víctor. «¡Fuera de aquí, fantasma vano!», gritó golpeando al fantasma. El fantasma se partía en dos y huía por todas partes; pero, poco a poco, lentamente, volvían a hacerse visibles las partes, surgiendo de un rincón la banderita, de otro, el infernal pajarraco con cuernos y pico, y del tercero, el hermoso rostro humano de Pseuda. Luego permanecían separadas las partes un momento. En lugar de un fantasma, ahora tenía tres. Entonces se llenó de mortal angustia. «¿Víctor, qué es esto? ¿Es que estás loco?». Con agudo espíritu comprobó su sanidad. «¿Cuál es la marca de la locura? Que se toma a los fantasmas por seres reales, sin echar de ver que son producto de la fantasía. ¿Te ocurre a ti eso? Me parece que no; yo sé muy bien que tengo ante mí un espectro fantástico, solamente, aunque no puedo apartar el duende con la voluntad, porque yo también adolezco de una muy poderosa fantasía».

«Está bien; deja a la fantasía que fantasee todo lo que quiera y no te preocupes de ello». Y ya más tranquilo se echó a dormir.

A la mañana siguiente, al abrir los ojos, en la oscuridad del cuarto, cuando la conciencia, despertándose poco a poco, trajo a primer término los recuerdos, sacándoles de la nebulosa del pensamiento, divisó a los fantasmas de nuevo: la

banderita victoriosa, el satánico pájaro burlón y la hermosa humanidad de Pseuda.

«¿Es que va a durar siempre esto?». Toda la razón de su existencia era ahora, segundo a segundo, la lucha con su fantasía, la corrección de los fantasmas, el temeroso cuidado de no confundir los espectros con la realidad. Aquél era un trabajo fatigoso y terrible que no dejaba sitio a ningún otro pensamiento. Y lo más desesperante era que este trabajo era necesario e inútil al mismo tiempo; necesario para huir de la locura, inútil, porque lo que había conquistado en una hora de indecible trabajo, quedaba destruido en la siguiente. Como si no hubiera ocurrido nada, el trío infernal siguió planeando a su alrededor desde la mañana a la noche, sin detenerse siquiera a respirar. Y en vez de desvanecerse, crecían hasta hacerse gigantescos, monstruosos. Le miraban burlones desde los rincones del cuarto en tinieblas, y a pleno día, desde la ventana, desde los tejados, desde la colina, desde todas partes.

No estaba loco, pero sí rabioso. Se imaginó que corría gritando furiosamente por el bosque, y casi muerde a un hombre que hablaba pacíficamente con él, al ver entre ambos al infernal fantasma. Y en su interior fluía incesante un torrente negro rodeando la conciencia, con manchas rojas, como si manara tinta sanguinolenta de una herida.

Una noche lo atribuyó a cansancio: «Sencillamente, no puedo más; no sé qué me pasa».

Entonces le pareció ver junto a sí un hombre bello que le puso una mano en el hombro. «Víctor», dijo el hombre bello, solamente.

Víctor le miró preocupado, después inclinó la frente, ocultándola entre las manos. «¡Quiero ser bueno! —murmuró al fin—, ¡eso es lo único que comprendo todavía!».

«Sí; lo serás —consolóle el hombre bello—; todo lo otro, locura o cordura, es accesorio, en definitiva».

Estas palabras agotaron el negro torrente y la tinta sangrienta de la herida. Los fantasmas, por el contrario, persistieron como antes.

Fue un jueves. El sábado por la mañana la había visto corporalmente en la calle, caminando delante de él, como a un tiro de piedra y separados por otras gentes. «¡Ah!, ¡al fin te tengo!», suspiró y apresuró el paso para alcanzarla, como un lobo voraz. Y como viera que el hombre bello le miraba: «¡No te preocupes!, no

pienso decirle ninguna palabra mordaz, ni ninguna observación inconveniente; sólo pretendo mirar a los ojos al pérfido enemigo que azuza contra mí a los espíritus invisibles».

Cuando la alcanzó, la miró fijamente, mudo y desconcertado. «¿Nada más que esto?». Apergaminada hasta el límite de lo lamentable, ridículamente pequeña, apenas un metro ochenta de alta, así venía hacia él; nada más que su piel; ningún fantasma a su alrededor, ninguna mueca, ninguna monstruosidad. ¿Y el sombrero tan cursi que llevaba puesto? ¡Qué lastimoso desenmascaramiento!

Con esto había encontrado el talismán contra sus fantasmagorías satánicas. Con sólo verla corporalmente, cesaban todos sus embrujos. Estaba claro que ella temía su presencia —la astucia va aparejada, la mayoría de las veces, con la cobardía—. Por esto procuraba ir todo lo posible por su casa y la conjuraba con su mirada amenazadora, espionando su rostro, como el gato el agujero por donde desapareció el ratón. «¿Es que no te atreves?», y se gozó en su impotencia. Bien mirado, lo que más le asombraba, sin embargo, es que hubiera contemplado con gusto en otro tiempo cómo realizaba ella sus encantamientos; no se ve todos los días transformarse una cabeza de mujer en una de pájaro. Para sorprenderla en este cambio de rostro la miraba de cuando en cuando, cuando menos lo esperaba, con la rapidez del rayo. Mas todo era en vano, era ella más ligera que él.

Pero los fantasmas, al verse desenmascarados y al descubrir que habían topado con un amo, cesaban en aquel juego, aparecían un par de veces todavía, pero sin convicción, sólo por guardar las formas, y, al fin, desaparecían del todo.

Esto hubiera podido durar mucho tiempo aún.

Sucedió que una noche, en presencia de otros invitados, pero en ausencia del lugarteniente, después de haber cantado unas cuantas canciones indiferentes e inútiles, quiso cantarles también aquella canción que en la Parusia cantó para Víctor. Lo hizo sin intención, pues aquella canción era para ella, simplemente, una canción más, sin ninguna importancia singular. Él, en cambio, ante la inminente profanación de su tesoro más sagrado, sintió surgir, enfurecido, en su pecho un dolor enloquecedor. «El oro eterno de la Parusia ensuciado por vulgares retoques. ¡La tumba de Theuda, de su hermana, de mi prometida, enseñada a un extraño! ¡Insensiblemente, sólo por pasatiempo y, en mi presencia, además! ¿No es esto satánica maldad o embrutecimiento?». Además, pobremente armado de palabras y razones, en estos momentos de intensa emoción, perdía el habla. Con mudo horror la vio coger el cuaderno de música, el mismo de antaño, un poco más amarillento en

los bordes, abrirlo y ponerlo en el atril. Cuando se disponía a cantar, Víctor logró pronunciar estas palabras, mientras saltaba hacia adelante:

—¡No cante esa canción! —dijo en tono prohibitivo. Hubiera querido pedirselo suplicante, pero el dolor y la indignación trocaron aquel ruego en orden llena de aspereza, cuando iba desde el corazón a la garganta.

La frente de Pseuda estaba roja de indignación.

—Quisiera saber —se obstinó— quién es el que se permite prohibirme que yo cante lo que quiera.

—Yo —gimió él.

Empezó a cantar a pesar de su presuntuosa prohibición. Era verdaderamente la canción de la Parusia; la estaba cantando verdaderamente, despiadadamente, con toda parsimonia, desde la primera nota hasta la última. Él tuvo la entereza de permanecer allí sin moverse. Pero apenas concluyó la canción, sus ojos se llenaron de insultos apasionados, se levantó, pasó delante de ella y le arrojó al rostro todo su desprecio.

«¡Alto ahí! —le amenazaron sus ojos—. Diga que se le escaparon hace un momento ciertas palabras deshonorosas...».

No; aquello no podía continuar así; había que decir algo. Y, en vano, interrogaba al presentimiento sobre lo que debía decidir.

VÍCTOR SE RINDE Para saludar las primeras nieves —ya había entrado octubre— la Idealía organizó una excursión en trineos, y a la vuelta entraron en una hospedería del bosque. Después de haber tomado el té, Víctor, igual que los otros, fue en busca de su trineo. Cuando llegó frente al que le había traído con Pseuda y otros dos señores, el cochero, señalando con el látigo hacia adelante, dijo:

—Su señora se ha sentado en el trineo delantero.

El buen hombre había tomado a Víctor y a Pseuda por marido y mujer, engañado quizá porque siempre estaban discutiendo.

—Espere un momento —dijo Víctor apasionadamente, sacando el monedero y poniéndole una moneda de oro en la mano.

El cochero examinó la moneda a la luz del farol.

—¡Es una moneda de oro! —dijo admirado y casi reprochándoselo.

—Ya lo sé. Quédese con ella.

—¿Y por qué?

—Por ser usted la única persona razonable entre todas las de la ciudad.

Luego se acomodó en el trineo y no pronunció ni una palabra durante el regreso. Mas apenas llegaron a casa, llamó a su razón:

«Te he tenido un poco olvidada este tiempo, pero te ruego que no me lo tomes a mal y que me ayudes».

«Yo no tomo nada a mal —respondió la razón—. ¿En qué puedo servirte?».

«Esto y esto me ha sucedido. Me parece un poco sospechoso. Dime claramente lo que puede significar». Y le contó lo ocurrido con la moneda de oro.

«¿Quieres que te diga la verdad, sinceramente?».

«La verdad siempre. No quiero engañarme a mí mismo».

«Está bien; siéntate y escucha. Estáte atento por si me engaño. Empiezo: si diste al cochero una moneda de oro, lo hiciste para recompensarle por haber creído que Pseuda era tu mujer, ¿no es verdad?».

«Evidente».

«Y si le recompensaste fue porque te agradó su suposición».

«Quizá».

«Nada de quizá; exijo una respuesta categórica. ¿Sí o no?».

«¡Hombre!, por mi parte...».

«¿Sí o no?».

«Sí».

«Bien; prosigo. Si una simple equivocación de un tercero, extraño e indiferente, de un cochero, creyendo que Pseuda era tu mujer, valía para ti, pobre diablo, una moneda de oro, con eso diste a entender que serías inmensamente feliz si Pseuda fuera tu mujer en realidad. —Y como Víctor se pusiera en pie, lanzando un grito de indignación, protestando contra esta suposición, la razón observó tranquilamente—: Si sólo eres capaz de escuchar lo que quieres que te digan, cómprate un lacayo, yo me voy. Adiós».

«No; por favor, quédate. No lo hice con mala intención. ¿De modo que crees posible que...? ¡Qué absurdo! No se puede amar a quien se estima en poco».

«¡Oh; no! Es muy corriente. Tener que amar a quien se estima en poco es cosa muy frecuente en el amor humano. Por otra parte, no es cierto que la estimes en poco; tú bien quisieras hacerlo, pero no puedes. Ni podrás; porque la admiras en secreto, y tienes que admirarla, porque no estás ciego ni eres lo bastante injusto para no haber notado sus cualidades tan dignas de admiración. ¿No digo bien? ¿Puedes señalar alguna falta en mi razonamiento?».

Esto era demasiado para Víctor. Era como aquel que estando sano descubre una heridita singular en el labio inferior y le asalta un diabólico pensamiento: «¿No será un cáncer? ¿Y si lo fuera?». Y va a casa del médico sin temor a que se ría de él, y el doctor pone cara seria: «Bueno; menos mal que lo hemos cogido a tiempo; es una operación de poca importancia».

Melancólico, intentó desesperadamente paliar el diagnóstico:

«Pero eso no se presenta así de pronto, tienen que haberse dado otros síntomas».

«Y se dieron —replicó la razón—. Por ejemplo, aquella noche en casa del doctor, cuando te deslizaste como un ladrón en el comedor para terminar de comer una mandarina que ella había mordido».

«¡Niñerías!».

«De acuerdo. Sólo que el cometer niñerías por su causa, es para mí un síntoma. Y otra vez en casa del director, cuando te detuviste, silencioso, delante del dormitorio de Pseuda, que tenía la puerta entreabierta, ¿te acuerdas?, y la criada te preguntó: “¿Se pone usted malo? ¿Por qué suspira así? ¿Quiere que le traiga un vaso de agua?”».

«Ya; pero ¿suspiré realmente? Yo no me di cuenta».

«Y te creo de buena gana; el suspirar es una cosa inconsciente las más de las veces; pero me parece bastante difícil que la criada mintiera. Y en otra ocasión en que llamaste Pseuda al deshollinador, quien te contestó: “Debe ser una equivocación, y no me llamo Pseuda, sino Augusto Hurlimann”».

«Eso no prueba más que soy un distraído».

«Eso demuestra que no eres capaz de pensar en ninguna otra cosa que en Pseuda. ¿Por qué llevas siempre contigo el pañuelito que le robaste, ayudándole luego como un hipócrita a buscarlo? Apuesto a que lo tienes en este instante sobre el corazón; ¿enrojeces, eh? Y la historia del dolor de muelas. Y después de todo, ¿por qué te encuentras en un estado tan lastimero? ¿Dónde ha ido a parar tu jovialidad? ¿Por qué pones esa cara de pez en el anzuelo al que se arroja a la orilla seca? ¿Por qué riñes con todos y alborotas a todo el mundo, como un anciano reumático? Esto hace suponer que te falta algo. Y lo que te falta, se puede nombrar con una sola palabra: Pseuda. Ésa es la verdad que tanto anhelas».

Después de esta conversación, Víctor permaneció horas y horas sentado, aturdido, anonadado por el descubrimiento aterrador. De pronto se animó. «El caballero orgulloso debe venir», ordenó para sus adentros.

Apareció sonando las armas, con un león tras de sí. «Aquí estoy; ¿qué es lo que ordenas?».

«¡Peligro!, hay un desertor entre nosotros; un miserable que, traicionando el santo servicio de Imago, coquetea con una indigna, con una vulgar hembra humana. Vigila atentamente y al primero que atrapes cortejando a una tal Pseuda, alias Señora del director Wyss, tráemele».

«Comprendido —gritó el soberbio caballero y se alejó con paso firme, seguido del león. Poco después volvió éste con un pobre conejo en la boca—. “Éste es el reto” —rezongó arrojando el conejo al suelo; luego dio media vuelta y salió».

«Ahora lo comprendo —exclamó enojado Víctor—, naturalmente, otra vez el corazón, el necio conejo que me trae toda desgracia. —Y levantando el conejo cogido de una oreja, le echó una filípica—. ¿No ves, simple, criatura sin seso, que te estás preparando tú mismo un infierno? Escucha y aprende los cinco artículos del amor loco; son tan sencillos que una lombriz los comprendería en seguida.

»Artículo primero: Ninguna mujer en el mundo soporta ser amada primero, sino que ha de ser ella la que primero te ame, anhelando tu reciprocidad en el amar, como una gracia especial. “No puedo comprenderlo, no puedo creerlo”, y así en este tono. De lo contrario te atormentará y son ellas las que quieren ser atormentadas, y si no las atormentas, te atormentan a ti. No necesita ser mala, le basta con ser como es, por ley natural. ¿Sabes lo que es una ley natural? Algo que no se puede variar ni con cuernos ni con garras. ¿Has comprendido? ¡Contesta!».

«¡Cuic!», chilló el conejo.

«Ya, ¡cuic!, podías haberlo hecho así; hubiera sido más prudente.

»Artículo segundo: El corazón de una mujer casada quiere ser conquistado de arriba abajo por el adulterio. Pero yo no quiero esto y tú, tampoco. Así que ¿qué podemos hacer? ¡Contesta!».

«¡Cuic!».

«Artículo tercero: Si tuviste ocasión de casarte con una mujer y no la aprovechaste, fuera por el motivo que fuera, aunque viniera del séptimo cielo, te despreciará toda la vida.

»Cuarto: En el corazón de una esposa contenta y de una madre feliz no puedes despertar amor, como no puedes despertar hambre en un estómago satisfecho. ¡Di, cuic!».

«¡Cuic!».

«Quinto: Cuando una dama no puede sufrirte...».

«¡Cuic!».

«¡Espera a decir cuic hasta que yo haya terminado de pronunciar la frase!».

El conejo se le había escapado de las manos y cayó al suelo dando gritos angustiosos. «Eh, tú, ándate con mucho cuidado, pues si vuelves a jugarme la menor trastada...».

«Ya te lo he dicho —sonrió complacido—, el conejo no volverá a decir ni pío».

Y para estar completamente seguro, hizo más de lo que debía, se dio una vuelta por el Arca de Noé de su alma, recorriéndola toda desde la cubierta superior hasta las bodegas del subconsciente, repartiendo sabiduría y consejos a derecha e izquierda. Encontró a los pobres animalitos junto a la conciencia y empezó a referirles los triunfos y honras venideras, en contraste con el lamentable papel que habrían de hacer como amantes desgraciados de una señora del director Wyss. Quería atraerse a aquellos animalillos con dulzura, recordándoles las antiguas venturas del amor y poniéndoles ante los ojos otras más preciadas para el futuro, con sólo que se estuvieran quietos un momentito; en fin, como buen final, dejó al león bajar escaleras abajo rugiendo. «¿Estáis todos convencidos?».

«Estamos convencidos».

«Bueno; portaos bien y respetaos unos a otros».

Esta revista le deparó la calma. Pero era una calma tensa y violenta, con una angustia flotando sobre el equilibrio tan penosamente conseguido. Como un gigante que sostiene una bóveda con sus espaldas convulsas, pero el esfuerzo es tan grande que vacila y casi desea que todo se derrumbe sobre él, para que cese al fin tanta penalidad.

Después de pasadas las primeras veinticuatro horas, a causa del cambio del día a la noche, del cansancio al reposo, se acostumbró un poco a ello; aquella tensión dolorosa se relajó, la pena se hizo más soportable, la conciencia aletargada se volvió más insensible al peligro; sólo un hondo malestar presagiaba negras desdichas; algo así como cuando uno se pregunta: ¿He cogido el tifus o es sólo una aprensión?

Los tres días siguientes no trajeron nada alarmante. Por el contrario, había estado discutiendo, con toda objetividad y sosiego como si no le fuera nada en ella, con el lugarteniente, quien le encontró en la calle y le arrastró a la cervecería, sobre la diferencia entre el amor de otros tiempos y el actual, y sobre los motivos de esta diferencia. No; el que puede hacer esto no está enfermo de amor. Y sonriendo, recordó la frase que se le escapó al lugarteniente en el acaloramiento de la discusión. «Realmente, he de concederle que, con la posesión, por ejemplo, en el matrimonio, el amor noble y verdadero tiene un fin en sentido poético». ¡Ay!, ¡ay! ¡Lugarteniente! ¡Más pareces un pachá poco contentadizo en la comida y harto de estar sentado en el sofá! Ciertamente que, después de reflexionar, había intentado angustiosamente recoger la imprudente frase. «Es decir, bien entendido — corrigióse —, me refiero al amor innoble, pues, el verdadero, por el contrario, en sentido poético, subsiste en el

matrimonio; el noble, el verdadero empieza propiamente con el matrimonio». ¡Ya le tenía completamente sin cuidado cómo, qué o cuándo, amaba o dejaba de amar el lugarteniente! Decididamente la razón le había asustado sin motivo y sin causa. Era una lástima haber prometido al lugarteniente en esta ocasión ir a cenar a su casa el viernes. Con qué facilidad se aceptan los convites en los momentos de apuro: invitado para tres cuartos de hora y forzado para los últimos quince minutos.

Pero en la noche del jueves al viernes, sin que hubiera ocurrido nada de particular —había trabajado todo el día y había salido un poco después de cenar— le traicionó un sueño.

Soñó que Pseuda estaba en su cuarto, en el de él, dando vueltas en derredor, con una media puesta y la otra pierna desnuda. «¿Dónde está mi media? —gritaba enojada—, ¡ayúdame a buscarla, perezoso! ¡Bah! ¡Quítate de ahí! ¡Sois tal para cual!». Se arrodilló en el suelo, sacó la media de bajo la cama y la tiró al alto. Entonces empezaron a girar ambas medias vertiginosamente en el aire como las aspas de un molino. Luego siguióse un momento de confusión. De pronto la vio junto a su cama con una camisa corta de niña. «¡Hazme sitio, comodón!», ordenó ella, le empujó contra la pared y se tendió junto a él. Asombrado, con los ojos muy abiertos, preguntó: «¿Entonces, es que no estás ya casada con el lugarteniente?». «¿Con el lugarteniente, yo? ¿Cómo se te ocurre cosa semejante? ¡Qué cosa más desagradable sería para mí tenerme que acostar con él! ¡Ah, puf!». Suspiró Víctor desde lo hondo del pecho, como un condenado al que indultan cuando ya subía al cadalso. «¿Es posible que seas realmente mi mujer y no la del lugarteniente? ¡Dios mío, casi no me atrevo a creerlo! ¿Y si sólo fuera un sueño?». «¿Qué te pasa hoy? —gritó enfadada—: Si todo fuera un sueño, no estaría nuestro niño dormido en esa cuna, sino en la del lugarteniente. ¿No está claro?». «¡Oh, Pseuda, Pseuda, si supieras qué desgraciado era cuando soñé que eras la esposa del lugarteniente!». «¿Cómo soñaremos cosas tan simples —rezongó ella—, y tan indecentes? ¡Uf, qué asco! ¿No te avergüenzas?». Y le golpeó con las piernas y le dio una manotada en la boca.

Cuando despertó y palpó con los dedos la colcha, comprendió que todo era al revés: él estaba solo en la cama y Pseuda en la del lugarteniente; y lleno de tristeza, presintió que aquel sueño no se había producido por casualidad, sino por obra del anhelo de su alma que lo había creado. No había que seguirse engañando: estaba enfermo de amor, estaba enteramente enfermo hasta en las fibras más íntimas. ¿Y a quién amaba? —¡Oh, vergüenza de la humillación!— a una mujer a la que miraba desde abajo, a una extraña que le era indiferente, llamémosla X, a una mujer que le odiaba. Él, el prometido de la sublime Imago. Ya no podría tener

ninguna alegría en sí mismo; le hubiera gustado no poder seguir viviendo. Aturdido, volvió la cabeza contra la pared e intentó olvidarse de su conciencia y de su sentimiento. Y cuando un pensamiento le asaltaba, la afrenta le oprimía de nuevo, como si tuviera encima una nube cargada de piedras de sillería. En definitiva, tenía que vivir, y como la impaciencia de su cuerpo le anunciaba salud, no le quedaba otro remedio que levantarse de la cama y ponerse sobre las piernas. Sea; lo mismo le daba avergonzarse de pie que tendido.

Todo el día estuvo sentado, desanimado y abúlico, con el espíritu embotado, considerando su humillación. De repente, contra la noche, le asaltó un recuerdo repugnante: ¡hoy es viernes; había prometido al lugarteniente ir a cenar con ellos aquella noche! ¡Ahora, en aquel estado! ¡Allí! ¡A casa de ella! ¡Odioso pensamiento! Su promesa no dejaba de hostigarle con el hocico, como el perro del carnicero a la ternera; era inútil resistirse y, al fin, se encaminó hacia la casa del director.

¡Fue una noche desesperante, abandonada por todos los buenos espíritus! No le esperaban, lo adivinó nada más al entrar; simplemente, estorbaba.

A él, en cambio, con su humor sepulcral, le hubiera gustado más estar en cualquier otro sitio que aquí. Los otros también lo habían notado por su parte y hacían poco por ayudarlo a serenarse. Además les iba a amargar la sesión de música; ciertamente que muy en contra de su voluntad, pero no se encontraba con fuerzas para soportar una cosa que tanto le desagradaba.

Al ver a Pseuda mirar fijamente ante sí, desconsolada, añorando su sarao musical fracasado, tan desconsolada que hasta se olvidó de culparle a él de ello, sintió compasión de su aspecto; sintió profunda compasión. «Ya sabes, pobre Pseuda —dijo para sus adentros—, que yo quisiera evitarte este disgusto, pero hoy habrás de perdonarme, pues estoy realmente muy triste».

Se despidió pronto, descontento y decepcionado.

Víctor había olvidado su paraguas y volvió a buscarlo.

—Espere usted un momento —dijo la criada después de haberle dado el paraguas—, el gas ya está apagado; en seguida vuelvo con una luz.

—No es necesario —dijo impidiéndola ir y se plantó en un momento en la puerta de la calle. Allí oyó la voz de Pseuda que le advertía desde arriba:

—Tenga cuidado; hay tres escalones delante de la puerta.

Aquella advertencia fue para él como una ventanita que se abriera en el cielo y como un rayo de sol que penetrara en su corazón, acompañado de mil ángeles risueños que saltaran a derecha e izquierda. ¿Era posible que tuviera estas atenciones con él, al que odiaba con toda razón, con él que no cesaba de importunarla, enojarla, perseguirla, con él que acababa de estropearle la reunión musical, advirtiéndole para que no tropezara y se causara mal alguno? ¡Oh, qué nobleza de alma! ¡Oh, grandeza del corazón! ¡Y tú, ciego, tímido, necio, que has querido despreciar a tan excelsa mujer! ¿Quién es más despreciable de los dos, tú o ella? Tú, miserable, pues eres malo mientras ella es buena. «Tenga cuidado». ¿Has oído? Eso te ha dicho, a ti, con su dulce voz. Aquella frase sonó en su corazón como un salmo de arpa, como un coro de campanas; ebrio de admiración se fue de allí, febril, con paso vacilante.

Ante la puerta se volvió secretamente hacia la casa de Pseuda y extendiendo el brazo, gritó su nombre: «Imago. De ahora en adelante no serás más que Imago, pues tu excelsitud está ennoblecida con el *pathos* de lo corporal. Theuda e Imago unidas en una sola persona». Luego, entrando violentamente en su cuarto, reunió a todos los pobladores de su alma: «¡Hijos míos! Una buena noticia. Podéis amarla; podéis amarla sin condiciones ni reservas, sin medida y sin limitaciones, cuanto más fuerte, cuanto más íntimamente, tanto mejor, pues es noble y es buena».

Un sonoro grito de júbilo brotó de la multitud para dar gracias por aquella merced. Toda el Arca de Noé bailaba a su alrededor. Y continuamente un nuevo tropel de seres, cuya existencia nunca había sospechado, surgía del fondo, dando gritos jubilosos, sosteniendo hachones en las manos y con coronas en la cabeza. Sonreía contemplando la fiesta, contento también de aquella licencia que les había dado, como un rey que, tras muchos años de resistencia enérgica concede, al fin, una constitución y se ve abrumado por el insospechado agradecimiento del pueblo. Entonces se vio atravesar la multitud una embajada, presidida por el caballero orgulloso, vestido de blanco, llevando al león sujeto por el cuello: «Permitidme, Majestad, que os exprese el agradecimiento de todos los caballeros por esta graciosa concesión, tan necesaria y tan esperada».

«¡Escucha! ¿Por qué no me lo has dicho antes?».

«¿Cómo podía yo atreverme a replicar sus severos mandatos?».

¿Así que la orgullosa nobleza tampoco tenía nada que objetar contra su amor? Ahora estaba completamente seguro y firme, y su ánimo se sintió más libre y más alegre. ¡Oh saludable redención: poder amar a quien se debe amar!

EL CONVERSO Desde el momento en que Pseuda se transmutó en Imago, apareció ya siempre ante él nimbada de luz celestial. Pues Imago era ciertamente un ser trascendente de simbólico origen: la hija ilustre de su Rigurosa Señora, la santa cantora de las horas más benditas de su vida. El amor de Víctor había nacido como una religión. Y ¡oh, milagro!, su dios vivía en su vecindad, visible y al alcance de su mano.

Naturalmente que su fe le increpó, riendo, picaresca: «¡Qué locura! ¡Qué necesidad! ¡Qué vergüenza! ¡La vulgar señora del director Wyss, la Presidenta de Honor de la Idealía, nimbada de gloria de repente! ¡Corre a casa del médico, Víctor! ¡Resérvate una celda en el manicomio!». Y mil experiencias levantaron un griterío ensordecedor: «¡Detente! ¡Cuidado! ¡Espera! ¡Traemos pruebas irrefutables!». ¿Se había dejado confundir nunca un creyente por el griterío de las pruebas? «Tenga cuidado; hay tres escalones delante de la puerta», exclamó su corazón lleno de júbilo, y una marea alta de ferviente recogimiento amoroso arrojó de la conciencia a todo el populacho: experiencias, dudas, recuerdos y pruebas, toda la malvada cuadrilla. Toda protesta fue echada de allí, como un perro de la iglesia.

El espacio en que se movía, la montaña y el bosque, todo el horizonte estaba iluminado por su mirada; todas las calles y caminos de la ciudad, santificados por su transformación. El sentimiento de la vida de Víctor se cernía sobre las nubes; con cada aspiración gustaba un aliento de revelación; germinaba y florecía en torno de él, sus ojos distinguían arabescos de colores, sus oídos percibían sonos de órgano; el acontecimiento exterior más insignificante, el martillar de un herrero, la voz de un niño, una corneja en el seto, obraban como una poesía cósmica. Presentía su proximidad tan intensamente, que nunca sintió la necesidad de verla; por el contrario, prefería adorarla en segundo término, cerca, pero en el rincón.

Un pensamiento insoportable traspasaba su recogimiento; el juicio de ella le condenaba ahora como antes, sin que se hubiera dado cuenta de la transformación que en Víctor se había operado. No pudo resistir mucho tiempo este pensamiento. Ciertamente, comunicar de palabra o por escrito su transformación a la corpórea señora del director Wyss, ¡nunca!, pues tendría que declararla al mismo tiempo su amor; pero era demasiado orgulloso para eso; demasiado prudente, también; pues no amándole como no le amaba, una declaración amorosa en el lamentable papel de amante languideciente, le hubiera rebajado, y además, prefería ser un servidor devoto de su diosa que no un amante compadecido. Afortunadamente no había tenido necesidad de recurrir a la vulgar declaración hablada o escrita; conocía una manera mejor, más digna y directa, de comunicarse con ella: la visión de alma a alma.

De esta forma ordenó a la suya: «Ve en busca del alma de Theuda, llamada por otro nombre Imago y dile: “El indigno que en su ceguera te atacaba y perseguía ha muerto; ante ti está otro, un converso, que reconoce humildemente tu excelsitud y bondad y reverencia piadosamente tu rostro hermosísimo como símbolo de la divinidad”. Díselo así y tráeme su respuesta».

Llegó la respuesta: «Encontré su alma asomada a la ventana, orando a lo alto, bajo las estrellas. Bajando los ojos, me dio su respuesta rigurosa: “Soy una mujer, el recato es mi orgullo; la pureza, mi blasón. ¡Largo de aquí, desalmado, que siempre estás difamando a la mujer con burlas descaradas; para que yo crea en tu conversión haz penitencia y reconoce el valor de la mujer casta!”».

Después de oír esta respuesta, volvió a mandarle su alma: «La penitencia que me exiges ya está cumplida, pues si me miraba en tus ojos, me castigaban; si consideraba la altivez de tu frente, me condenaba. Escucha mi confesión: Un templo se abre, una sacerdotisa real sale de él y, tras ella, las mujeres de la tierra, tanto las actuales como las que pasaron, tanto las reales como las que engendra el deseo. Yo miré, creí y confesé: “Creo en una mujer pura y casta; su pensamiento es canción, sus obras se llaman abnegación y sacrificio; en su rostro resplandece la divinidad; de las huellas de sus pasos brotan la nobleza y la sublimidad; en cuanto levanta la mano, todo lo vulgar corre a ocultarse en las tinieblas; en cuanto se mueve, el sol se alborozaba: ¡oh, mujer, qué hermosa eres!”. Entonces se inclinó, consoladora, sobre un enfermo que yacía a orillas del camino, y yo grité: “sabiduría, cubre tu cabeza; arrodillaos vosotras, las virtudes todas, ante la Piedad que es vuestra reina”. Ve y dile todas esas cosas».

Llegó la respuesta: «Encontré su alma inclinada sobre la cuna de su hijo. Levantando los ojos me dio esta rigurosa respuesta: “Yo soy una hija fiel, entregada por entero al amor y veneración de los míos. ¡Largo de aquí, desalmado, que despreciaste a mi padre y ofendiste a mi hermano! Antes de creer en tu conversión habrás de aprender a respetar a mi padre y reconciliarte con mi hermano”».

Al escuchar esa respuesta, Víctor empezó a suspirar y a rezongar: «No quiero honrar a tu padre, no quiero reconciliarme con tu hermano, pues son enemigos del espíritu, enemigos de la verdad. Pero estoy en mi derecho de considerarme muy por encima de ellos». Y empezó a gruñir y refunfuñar lleno de rencor. Entonces le dijo su conciencia: «¿Puedo decir algo?».

«Habla».

«Para considerar que una persona está por encima de nosotros tenemos que estimarla según sus cualidades; Kurt podrá ser todo lo vano que quieras, pero mientras tenga algo que perdonarte, tú mismo le pones sobre ti. ¡Animo! Aquí tienes pluma, tinta y papel; escribe a Kurt unas líneas lamentando lo ocurrido, con lo que caerá al foso y tú te habrás librado de un peso abrumante».

Y el corazón dijo, adulador: «Es su hermano, a pesar de todo». Y el orgulloso caballero advirtió: «Al capitán real de la Rigurosa Señora no le perjudica reconocer una falta y reparar el daño».

«¡No puedo; no quiero!», seguía gritando su rencor. Mas ved que entonces aparece en el cuarto una mancha azul como el cielo, la mancha se extiende, entona acordes de arpa; en medio de estos acordes se escucha una voz, su voz: «Tenga cuidado; hay tres escalones en la puerta».

«¡Imago! —exclamó su amor—, eres excelsa, eres la misma Bondad, la misma Nobleza; creo en ti». —Y se puso a escribir con prisa febril una carta de disculpa a Kurt; breve y arrogante, pero también, honrada y sincera, como es debido, sin esquivar las palabras necesarias.

Días después recibo una tarjeta postal escrita con lápiz y sin firma:

¡La inspiración tiene vuelo rumoroso de gallina!;¡Los filósofos son los *clowns* de la Universidad!!!;¡En lo más alto se aventuran las palomas!!! La señora Keller, a quien mostró el papelucho, le descifró el enigma: aquélla era la letra de Kurt; las singulares frases eran alusiones a la manera enérgica de expresarse de Víctor que, al parecer, habían hecho mucha gracia a Kurt; todo ello era una especie de testimonio de reconciliación.

—¿No es original? ¡Casi genial! —opinó ella exaltada.

«¿No lo estás viendo, Víctor? —ponderó la razón—. ¿No te sientes ahora más libre y ligero? Te ruego que me contestes».

«No sólo —contestó Víctor— más libre y más ligero, sino también más alto y más noble».

«Prosigue tu obra. Ya estás a mitad de camino; acaba la jornada; aprende a respetar las cosas, como su padre».

«Era su padre —dijo Víctor para sí—, según eso, la expresión de su rostro es

semejante a la del rostro de Theuda. Está bien; en su rostro puedo aprender respeto y veneración». Salió a la calle y compró en la librería una reproducción del retrato del eminente repúblico Neukomm, para clavarlo en la pared de su cuarto como modelo. Sólo que cuando contempló de cerca la confiada y persuasiva cabeza y su mirada brillante, pero vacía, le sobrevino la misma repugnancia de entonces y escondió el retrato debajo de unos pliegos de papel, poniendo encima un voluminoso prensapapeles para impedir que aquella cabeza pudiera levantarse astutamente.

«A pesar de todo, siempre será su padre», imploró el corazón. «Difícilmente podrás borrar su recuerdo, pues está esculpido en mármol ante el Ayuntamiento», añadió la razón. Levantó el prensapapeles y sacó al estadista, volviéndole a su gracia y clavándole en la pared, pero vuelto, la cara contra el empapelado de la habitación y el blanco dorso hacia fuera, pues todas las veces que intentó volverle de cara le repugnó su presunción.

«Yo quisiera —se decía Víctor, preocupado— obedecer el mandato de Theuda, pues Theuda es Imago. Mira; su padre está ya en la tumba; la tumba es algo serio; ¡ea!, pues en su tumba he de acostumbrarme a respetarle». Y se hizo indicar en el cementerio la tumba del estadista Neukomm. Cuando estuvo ante su sepulcro, una voz salida de la tierra, le dijo:

«¿A quién buscas?».

«Busco al espíritu del estadista Neukomm».

«Aquí no hay ningún estadista —replicó la voz, y ningún espíritu con nombre. Cuando andaba por la tierra, yo era un pobre hombre como los demás, una criatura débil, nacida para gemir, preocuparse y morir como los demás seres. Perdón para los que me hicieron mal; salud para los que me amaron. Dos personas fieles, muy semejantes a mí, mis propios hijos, vinieron tras mi ataúd llorando y santificando mi memoria con su tristeza; benditos sean los que les quieren bien. Tú eres un hombre que caminas por el mundo y podrás regalarme con algunas noticias de mis hijos».

Entonces habló Víctor: «Tus hijos están bien, son muy queridos y apreciados por la gente, y el que está ante tu sepulcro quiere ser buen amigo de ambos».

Después de pronunciadas estas palabras cambió en el recuerdo de la imagen de Kurt, tornándose distinguida y graciosa.

La voz volvió a decir, gimiendo: «Por haberme traído noticias de mis hijos, quiero sellar contigo un pacto de agradecimiento; y por querer ser buen amigo de ellos, un pacto de bendición».

Cuando Víctor regresó a su casa, pudo ya volver el retrato.

Y otra vez envió Víctor su alma en busca del alma de Theuda: «He cumplido tu mandato; me he reconciliado con tu hermano, he concertado un pacto con tu padre. ¿Crees ya en mi conversión?».

Al regresar su alma le dijo: «Encontré el alma de ella en lo alto del tejado de su casa, contando las torres y fortalezas de la ciudad. Mirando hacia abajo me dio esta rigurosa respuesta: “Soy una valiente ciudadana, entregada por entero a mi pueblo y a mi patria. ¡Largo de aquí, desalmado que no sabes más que burlarte de los usos y costumbres de tu patria; para que yo crea en tu conversión, tienes que hacer penitencia y reconciliarte con tu pueblo!”».

Al oír aquella respuesta, su rencor le llenó la boca de espumarajos. «Mujer —gritó—, eres ciertamente divina, pero pobre de espíritu. Por ser diosa te equivocas; no ocurriría así si fueras dios. ¡No me exijas tanto! Tuyo es mi corazón; recibiste ya todo mi recogimiento; depura mi alma; pero respeta mis convicciones, mujer, no las profanes. Ve, alma mía, y díselo así».

Le llegó esta respuesta: «Como me llamo Theuda, por otro nombre Imago, que no creeré en tu conversión hasta que no hagas las paces con tu pueblo».

Entonces empezó Víctor a enfurecerse y rabiar y a blasfemar contra su diosa, maldiciéndola e insultándola con nombres de animales de pluma y de cuernos, como los bandidos a la Madona cuando fracasa el asalto a la diligencia.

«Cuando hayas terminado de decir barbaridades —advirtióle la razón—, quiero decirte algo. Y es que, dicho sea para nosotros solos, tiene razón en lo que pide, pues eres un monstruo políticamente».

«¿Tú crees?».

«No es que solamente lo crea, sino que estoy firmemente convencido. Desde tu más tierna infancia viviste como un bosquimano y tu estancia en el extranjero acabó de embrutecerte. Paseas las calles de la ciudad natal como un indio por las praderas del Oeste. ¿Es esto natural? ¿Se puede soportar siquiera? ¡Repórtate! Vuelve a sentarte de nuevo en el pupitre de la escuela; un poco de patriotismo, bien

sabe Dios que no puede hacerte daño. No te acongojes; sólo lo indispensable; nadie te exige que te conviertas en un orador furibundamente patriótico».

Siguió hablando, aleccionando a Víctor, hablándole del «pueblo», de cómo siente, de cómo trabaja, de cómo se afana y preocupa, describiéndole los engranajes de las organizaciones libres, demostrándole sus relaciones con el desenvolvimiento de la personalidad y del carácter varonil y finalmente le presentó la política como una rama del Idealismo; «un Idealismo seco como un sarmiento, pero idealismo al fin».

Víctor escuchó devotamente aquellas enseñanzas, al principio lamentándose, luego, solícito. De pronto se levantó del asiento con los ojos relucientes. «Quiero estudiarlas obligaciones del ciudadano».

«Y lo tenemos: ¿Cómo puede hacer esas piruetas tan vertiginosas? ¿Ya quieres pasarte a la otra banda? Para ser un buen ciudadano no es necesario conocerse toda la Constitución». Pero Víctor se estiró con el cuello rígido: «Pues por ser un buen ciudadano, quiero estudiar la Constitución». Dejó plantada a la razón, salió y adquirió un folleto de educación cívica, adornado a derecha e izquierda de títulos de la Constitución e historias de la ciudad, cuanto más seco más apreciado; compró el diario oficial y siguió en sus páginas los discursos de los tribunos («algo rimbombante, señores, pero así es mejor, lo tomaré como mortificación»), dirigió sus pasos hacia las colecciones de antigüedades, se plantó delante de muros y techumbres ruinosos, para dejarse influir por el espíritu de los antepasados, y a todo aldeano que se dirigía al mercado con una ternera, preocupado por su negocio, pensando si le engañarían, le trataba con ternura como a su hermano en la ciudad.

Pero cuando envió a decirle los progresos democráticos, de los que estaba tan orgulloso, recibió esta áspera contestación: «Hay que ser más activo». «¡Más activo! —repitió enojado—, qué grosera, qué andrajosamente ha dicho esto, me ha hecho el efecto de un codazo. Después de todo, olvida que mi conversión depende enteramente de mi libre voluntad; ¡se ha creído que puede dirigirme con el látigo!».

Mas la hiena que ha saltado a través de tres aros, saltó también atravesando el cuarto, aunque rechinando los dientes. En las primeras elecciones acudió a depositar su voto.

—¡Eh!, forestal, dame un buen consejo. Quiero cumplir mis obligaciones ciudadanas (¿no se dice así?), pero no conozco desgraciadamente ningún político en

todo el mundo. ¿A quién me aconsejas que vote?

— Antes me tienes que decir con toda seriedad si eres conservador o liberal.

— ¿Qué diferencia existe?

— ¡Hombre! Eso no se puede explicar en un momento.

— ¿Quién es el que más defiende a la Iglesia?

— Los conservadores.

— Entonces soy liberal.

Y votó en consecuencia. Pero el alma de Theuda no se contentaba con nada. «De éstos no se puede esperar nada», había contestado ella.

«¡No se puede esperar nada! —repitió él, enfurecido—. Ya te diré yo lo que puede esperarse de ellos. —Y en su interior se produjo un tumulto horroroso contra la diosa, semejante al que se origina en una jaula de fieras al arrojarse la carnaza—. ¿Quieres hacer el papel de Numa Hawa? Adelante, pero tendrás que aguantar que abra desmesuradamente las mandíbulas».

Hasta que un día le sucedió —sin proponérselo, con toda naturalidad, como el rayo sale de las montañas ardientes— que a dos gomosos forasteros que se estaban burlando de una compañía de soldados que pasaban, les reprendió con mucho coraje. Mientras permanecía allí, irresoluto, sobre si debía avergonzarse o no de aquel ronquido de hombre de las cavernas, sintió que el alma de Theuda le golpeaba en las espaldas riendo sonoramente: «Así, así me gusta, Víctor». Y se vio rodeado de un cielo azul marino tachonado de cabezas de Theuda, todas las cuales le sonreían con clemencia.

Con esto acabó su penosa expiación.

Purificado y perdonado, fresco y alegre como una mañana, con el contento de sentirse limpio, Víctor abrió de par en par las puertas a su corazón: «¡Alégrate, corazón mío! ¡Yo me creía un sabio y te tuve por un conejo necio! ¡Qué error tan grande! Todo lo contrario. Yo era un sandio chistoso y tú eres el más juicioso de los dos. Pues no sólo comprendiste desde el primer momento que ella era Imago, sino que a ti debo agradecerte mi penitencia y conversión. De ahora en adelante, por consiguiente, dejarás de ser mi perrito despreciado, rechazado y maltratado, para

convertirte en nuestro guía y comandante. ¡Alégrate corazón! ¡Ordena y se cumplirá lo que ordenes; anhela y te daré lo que pidas!».

El corazón se volvía loco de alegría: «¡Oh, libertad! Mira, me han amordazado como a un jilguero robado; por tanto, pido como indemnización amar, amar hasta exhalar el último aliento».

Víctor accedió: «Te será permitido; mas ten presente que Theuda es Imago, es decir algo alto y sublime. Si tu amor está manchado con algún deseo, no intentes rozar la pureza con un amor impuro».

El corazón le respondió: «Aquí estoy, abierto ante ti; toma un candelabro y pruébame alumbrando los rincones más apartados».

Y Víctor lo hizo así, registró los últimos rincones de su corazón, y al terminar aquella prueba, exclamó: «Tu amor es sumiso y carente de todo deseo. Así que puedes amarla, ámala hasta exhalar el último aliento».

Entonces su corazón suspiró y dijo, anhelante: «Quisiera ir a ella secretamente, quisiera vivir invisible a su lado, constantemente, sintiendo lo que ella siente, a todas las horas, todos los segundos, desde el saludo matinal, cuando se abren los cuarterones de las ventanas, hasta el buenas noches de irse a la cama».

«Puedes hacerlo», le autorizó Víctor. Y el corazón lo hizo como había dicho y vivió invisible con ella, desde la mañana hasta la tarde, desde el saludo matinal, hasta el buenas noches, bien entrada la noche. Y cuando ella se sentaba para comer, el corazón de Víctor le decía: «Come y alégrate», y cuando se arreglaba para salir, susurraba: «No te pongas el vestido de diario, sino el nuevo, ese claro tan bonito, pues eres hermosa y amada; quiere decirse que donde tú estás reina la alegría y la fiesta todo el día».

Y el corazón de Víctor volvió a suspirar y a anhelar: «Quisiera hundirme en su propio corazón hasta las fuentes de su sentimiento, y amar en su corazón todo lo que ella ama, empezando por su marido y su hijo y terminando por las flores de su ventana».

«Bueno —dijo Víctor autorizándole—, hazlo». Y el corazón hizo lo que había dicho y se metió en el de Theuda hasta las fuentes de su sentimiento y, allí dentro, amó todo lo que ella misma amaba y habló a su marido: «Hermano, tienes un amigo del que no sabes nada y un ayudante que no sospechas; consuélate, pues yo te asistiré en todo lo que el destino quiera depararte de ahora en adelante». Y

hablando al hijo de Theuda: «Tus piecitos vacilan en la incertidumbre y tus ojitos sonríen entre la niebla y en la lejanía; pero yo tengo experiencia y te libraré de todo mal paso y de toda desgracia». Y a las flores de la ventana: «Debéis ser aplicadas, para que vuestros colores recreen sus ojos y vuestro aroma refresque su ánimo, pues pensad que vuestros tallos se extienden en un espacio privilegiado».

Y el corazón de Víctor volvió a suspirar y anheló: «Quisiera convertirme en una bendición para seguir sus pasos como un buen genio de Dios, levantándola cuando la vea desanimada, defendiéndola de todas las desdichas que rondan el umbral de su puerta».

«Eso es justo y lícito —consintió Víctor—, hazlo». Y el corazón lo hizo como había dicho y se convirtió en una bendición. Y con las primeras luces de la aurora besaba los ojos de Theuda: «El gallo ya despertó; levántate y no temas, pues hoy es un día hermoso». Y si ella se turbaba, decía: «No tienes por qué inquietarte, pues eres alegría y delicia de los hombres». Y a las desdichas que merodeaban por los alrededores del umbral de su puerta: «¡Alto! ¡Quién vive! ¡Perdéis el tiempo! Esta casa está encantada, pues vive en ella Theuda-Imago».

«Está bien, corazón mío —dijo Víctor—, te he concedido todo lo que anhelaba tu amor. ¿Tienes ya bastante o codicias más todavía?».

El corazón le respondió: «Nunca tendré bastante, pues mi amor engendra amor; cuanto más amo a la amada única, tanto más anhelo amarla. Mira, he recubierto su figura actual con mi devoción y quiero hacer lo mismo con las precedentes, saludando con mi presentimiento su pálida aparición en tiempos anteriores a sus años de doncella, en los años de su niñez, y antes de su niñez, en el momento de su venida a este mundo, y antes de que germinara su alma. Sólo que no podré hacerlo si no me prestas tu fantasía para trasladarme a tan altos parajes».

«Sí —aclaró Víctor—, con mucho gusto te ayudaré». Y ordenó a su fantasía: «¡Eh, tú, frívolo e inútil pajarillo, que siempre me causaste desazones e incomodidades engañándome con falsas historias que me hicieron cometer innumerables sandeces, muéstrate por una sola vez útil! ¿Has oído lo que mi corazón exige de ti? Prepara tus alas más atrevidas y lleva mi imaginación por encima del mundo, hasta el vivero de las almas».

La fantasía le respondió, resplandeciente de alegría y riendo, satisfecha: «Eso es precisamente lo que tanto he deseado siempre; pues, allí arriba estoy en mi casa». Y acabando de hablar, llevó con audaces alas a la imaginación sobre todos los

mundos, hasta el semillero de las almas, envuelto en las brumas del sueño. Allí, adivinando con las antenas del amor el sendero que siguió el alma de Theuda en otros tiempos, Víctor intentó reconstruir la vida de aquella mujer, evocar con espíritu poético sus primeros años, los encantos de su cuerpo joven cuando paseaba por los bosques de su patria, saludando a las rocas que sus asombrados ojos de niña veían quizá por vez primera. Con estos trabajos parecía que se le estaban revelando los parajes de una nueva creación, entreviendo los mundos del más allá con extraños resplandores y cortejos de nubes que estremecían su alma. Desaparecía la realidad, el tiempo se hundía ante sus pies.

Sólo que, agotado por la intensidad de aquel prodigio, su débil cerebro humano fallaba y su espíritu terriblemente fatigado se rendía. «¡Basta ya! ¡Por favor! ¡Ya es demasiado!». Pero la fantasía sacudía, colérica, las alas. «Mucho me ha costado alcanzar esta altura para dejarla tan pronto; aquí está mi ambiente vital, aquí quiero volar. Querías sentir el germinar de su alma, pues soporta también su coronación». Y sin hacer caso de sus súplicas y de su resistencia, le mostró, describiendo círculos muy altos, el porvenir, importuno e indeseado, indeleble:

Vio a una niña y a una mujer cuyas almas habían sorbido todas las almas del mundo, de modo que a excepción de aquella pareja, nada se movía en el espacio sin fin. Y aquella niña y aquella señora caminaban juntas por la pradera celestial, hablando quedamente y mirándose profundamente a los ojos, con dulce intimidad, en comparación de la cual, el amor humano era un indigno juego de micos.

«¿Qué tengo yo que ver con esa niña y con esa señora?», interrumpió enojado el corazón de Víctor. Mirad: ahora la señora que encarnaba a todas las almas tenía el rostro de Imago.

Víctor se regocijó con su amor renacido. Su corazón no hacía más que dar vueltas en torno a Theuda, con amoroso paso; su fantasía llevó sobre las nubes la imagen luminosa de Imago. Proclamó el amor como única ocupación y el bendecir como recreo. Pero como sentía su amor tan puro y bello, dedicado por entero al piadoso servicio de Dios, y la fantasía le traía incesantemente nuevas revelaciones, amontonadas en grandes brazadas de gavillas, su felicidad rebotó al fin, de modo que su alentar se hizo fatigoso y tuvo que empezar a cantar, balbuciendo, su contento, canturreando para sí o en tono agudo y penetrante. También quiso, quizá, trazar unas líneas en un trozo de papel, torcidas y atravesadas, con mano inexperta, y sobre ellas escribir su júbilo, traducido en notas musicales. En este caso la palabra no le servía de nada, en medio de la beatitud que le producía el canto.

—¿Estorbo, quizá? —resonó la voz paternal del lugarteniente; y después de algunas frases baladíes de introducción se enzarzaba ya aquí, ya allá, en una discusión científica, pero inconstante, con gesto preocupado, como quien piensa en cosa muy distinta de lo que está diciendo. Por fin avanzó temeroso—: El catorce de diciembre, como ya sabe usted, celebra la Idealia el aniversario de su fundación. Con este motivo he compuesto un, cómo diría yo, podríamos llamarlo un prólogo, unos versos muy modestos y sin pretensiones (yambos de cinco pies con anapesto) en forma de diálogo, poniendo frente a frente la nueva y la vieja cultura. Yo había pensado en usted para recitarlos conmigo, pues necesito como contendedor un universitario (hay numerosas citas latinas y griegas) y si usted está conforme en mi idea, yo podría encargarme de representar el papel de la vieja cultura y usted el de la nueva, o viceversa, si lo prefiere, siempre que usted tenga gusto y tiempo disponible para ello.

Y como Víctor se declarara dispuesto a encarnar cualquiera de las dos culturas, el lugarteniente respiró aliviado.

—También tengo que decirle que mi mujer está contentísima de que usted se haya reconciliado con mi cuñado y pregunta por qué no se deja ver más a menudo...

Ciertamente, ahora caía en la cuenta de que, con el fervor del servicio divino, había olvidado enteramente a la divinidad misma. No había sentido la necesidad de verla; pero, ahora, habiéndolo advertido ella, debía visitarla y ya que debía hacerlo, también lo quería él.

Pocos días después, peregrinando hacia la calle de la Catedral, iba en la misma disposición de ánimo que un pagano bautizado que se acerca a recibir la Primera Comunión: un paso con miedo, otro confiado. Es verdad que no podía disimularlo, anidaban todavía muchas polillas en el armiño de su rectitud, su conversión era, sin embargo, sincera, su arrepentimiento profundo, su amor puro; y los dioses son bondadosos. Además, ahora tenía a Kurt de su parte.

Ella le recibió con mucha benevolencia (¿era obra de Kurt, o es que leyó en su frente la devoción que por ella sentía?), sin el menor eco de la antigua enemistad; magnífica, borrando de una pincelada el recuerdo de las pasadas diferencias. Le informó de la muerte de un pariente lejano, el cual había expirado de repente, la noche anterior, y lo dijo de pasada, como una cosa accidental, en medio de los preparativos de las fiestas del aniversario. Mientras le daba cuenta del triste suceso, unas lágrimas rodaron por sus mejillas. Él las recogió como si fueran agua bendita,

adelantando disimuladamente la mano. Después se habló de esto y lo otro; al fin, como despedida, ella le tendió amistosamente la mano, por primera vez desde los días de Parusia.

La preparación del prólogo (Antigua y Nueva Cultura) le obligó a frecuentar la casa del lugarteniente, y cuando el ensayo concluía, solía quedarse a veces un ratito en la casa, permaneciendo casi siempre sentado silenciosamente, con la aguda mirada de un tío al que la familia ha obligado arteramente a hacer testamento. Con esto concedía a su amor el placer de seguir los movimientos y ademanes de Theuda, que al converso se le antojaban novedades. Y como ahora podía contemplarla muchas veces en su ser natural, como ella era, como no la había visto nunca, pues siempre se había mantenido en una postura defensiva, descubrió, con el corazón alborozado, una infinidad de nuevos encantos junto a los ya conocidos de antes. Con el corazón alborozado, porque cada una de sus virtudes era una justificación de su amor idólatra, una impugnación de los reproches que acechaban. Ya no necesitaba espantar la duda; por el contrario, la invitaba para recrearse en su confusión.

«Ven, gruñona, registra lo que quieras con toda la agudeza de tus ojos, o ponte gafas si lo prefieres: Mira, ¿no ves cómo trata a sus servidores con toda amabilidad? ¿No has sostenido siempre que en el trato con los inferiores se puede conocer con certeza si la médula de una persona está sana o enferma? Por tanto reconoce que es buena».

«Ciertamente, es buena».

«Y al dar limosna al pobre, no lo hace orgullosamente dejando caer una moneda en la mano del necesitado, sino que se la ofrece de igual a igual. Por esto tienes que confesar que es compasiva».

«Reconozco que lo es».

«Paciencia; aún has de reconocer otras muchas cosas. ¿Has observado que no aparece en su rostro ni un rasgo de envidia cuando se elogia delante de ella la belleza de otra mujer? ¿Has visto que en su alma no hay sitio para la menor coquetería, de modo que los homenajes de los hombres extraños, los míos incluidos, son rechazados sin tomarles en consideración, y sentidos como una carga molesta? ¿No se te ha ocurrido pensar que entre todos los hombres a los que honra con su trato, no hay uno que no sea un carácter íntegro? ¿Y su modestia, su fidelidad para con el deber, su virtud casera, su entrega silenciosa a su hijo? Discúteme todo esto si

puedes».

«Nadie te podrá discutir ese cúmulo de extraordinarias cualidades, pero es que tú has divinizado...».

«¡Basta! ¡Ni una palabra más! Quien todavía duda demuestra mala voluntad».

Aunque estaba cada vez más persuadido de sus perfecciones, su presencia corporal antes bien le turbaba que le satisfacía. No por sus humanas debilidades —sabía que ella era un ser humano y le satisfacía que lo fuera—, sino por una cierta molicie que sus actos exteriores denotaban, lo que no iba muy de acuerdo con los deseos de Víctor. Es decir, a veces se la podía culpar de un gesto inexpresivo, de una postura descuidada y poco escultural, de una mirada lánguida, en suma, que no estaba siempre en su papel; no era Imago ininterrumpidamente desde la mañana a la noche, de modo que a veces le asaltaba la sospecha de que inconscientemente estuviera representando el símbolo de la fantasía. Además, causaba horror a los ojos verla con su vestido de casa, adornado con tiras de terciopelo negro, dos abajo en el volante y una en el cuello, rodeando el escote. No, Imago no podía vestir como una corista que se dispone a cantar la virginidad; sus ojos se horrorizaban de esto; allí tropezaba su devoción. Esto y otras cosas semejantes producían luego en su sensibilidad un desasosiego que le llevaba a preferir estar a solas con ella con su fantasía a estarlo en realidad.

Por esto examinaba atentamente a los amigos y conocidos de ella, a las gentes de la Idealia también, para leer en sus rostros confiados los reflejos del de Theuda; y cada vez que sonaba el nombre amado, aunque fuera incidentalmente, la conversación dejaba de ser gris para resplandecer como si hubiera encendido bengalas y en su seno brillara una estrellita de fuego. Pero no se atrevía a pronunciar con su propia boca su nombre, porque con sólo decir «calle de la Catedral» enrojecía.

Una vez se encontró también con Kurt. Este vino a su encuentro sonriendo amistosamente: «¡Jovencitas de todas clases que prostituyen su alma con cualquier andrajo advenedizo de obra maestra! ¡Horrible; detestable, pero famoso!». Y una media hora más tarde, cuando Víctor se enfrentó con la opinión del Pastor y del lugarteniente, diciendo: «Una religión que se preocupa de la moral, no es digna de que un hombre honrado le dedique ni un solo pensamiento», Kurt vino hacia él y le preguntó, comedido y afectuoso: «¿Cuándo podríamos vernos y charlar a solas un poco?». Desde aquel momento, siempre que se encontraban Víctor y Kurt en una

reunión, se sentaban juntos.

No podía tardar en ser notado en la Idealia el edificante cambio de opinión de Víctor; el viraje había sido demasiado sorprendente. Él, que en otro tiempo pisaba tan arrogante, que se esforzaba en hacerse insoportable a todo el mundo, que salía huyendo en cuanto se abría un piano, que con su sonrisa presuntuosa y burlona hacía venir a tierra toda conversación, ahora escuchaba con los ojos muy abiertos los temas familiares, y no sólo eso, sino que, de cuando en cuando, exclamaba muy interesado: «¡No es posible!». «¡Qué me dice usted!». «¿De verdad?», y se informaba de los progresos del niño en la escuela, de si Gertrudis había pasado ya el sarampión, y de la enfermedad de Mimí, y hasta solía rogar, por amor de Dios, que le cantaran «algo». En pocas palabras: se había vuelto agradable, como por encanto. Pero lo que más sensación causó fue su razonable opinión actual sobre el bendito sexo femenino. ¿Era éste el mismo Víctor de antes?, se preguntaban todos cuando le oían decir cosas como ésta: «Las mujeres poéticas no son en modo alguno las frívolas, sino las recatadas; pues la poesía de la mujer se llama abnegación, y las mujeres disolutas nos hablan de egoísmo». O como esta otra: «La mujer de moral más endiablada es superada en insensibilidad por la que tiene varios hombres». ¡Ah, esto me faltaba! ¡En otro tiempo aquello sonaba de distinta manera! Desgraciadamente, algunos comentarios deplorables deterioraban de cuando en cuando el edificio que sus piadosas estrofas erigían. Por ejemplo, después de haber cantado alabanzas a la mujer virtuosa en una loa digna de un coro a cinco voces con orquesta, solía añadir: «Pero, díganme, por favor, ¿qué se puede hacer en el mundo con una mujer virtuosa?». Y no era eso solamente; su conversión dio mucho que hablar todavía. De todos modos, era evidente la contrición de su voluntad y, razonablemente, no se podía pedir que llegara a la perfección de una vez. Y se llegó a abrigar la esperanza de que, con el tiempo, se le podría incluir en el coro como tenor.

¡Qué de cosas hubiera dicho Víctor en un tiempo tan señalado! La fiesta del aniversario de la fundación de la Idealia se aproximaba, y la expectación se apoderaba del ánimo. Al fin, llegó la semana grande, era increíble, pero allí estaba.

El día antes de la fiesta, accedió, por su incapacidad para ocuparse de nada y por la bondad del tiempo que hacía (once grados centígrados a la sombra), a celebrar una especie de vísperas, concertando con otros miembros de la Idealia (señoras en su mayoría) una excursión al campo, desgraciadamente sin la asistencia de la señora del director Wyss, atareada con los preparativos de la fiesta. Después de saborear unos apetitosos pasteles, aquella alegre tropa se solazó con juegos corporales al aire libre, principalmente con el de «las cuatro esquinas»: ¡A la una, a

las dos y... a las tres!, y ¡zás!, se lanzaban de un árbol a otro; y el domesticado Víctor saltaba entre las idealianas como el lobo sobre los corderos en el Paraíso. Entre el numeroso gentío que la tarde soleada había congregado en aquel paraje, el Waldegg, estaba también la señora Steinbach, la cual contemplaba admirada el prodigioso acontecimiento, como si se tratara de una carnavalada. Víctor estaba no menos avergonzado, procurando ocultarse de sus miradas escrutadoras tras los árboles más corpulentos. Pero, después de todo, qué importa la vergüenza si uno se encuentra a gusto con la cosa por la que se avergüenza. Y así, poco a poco, se fue atreviendo a pasar despreocupadamente ante los ojos despabilados de la amiga, que no se hartaba de mirarle saltar por entre los primeros árboles del bosque.

El día de la fiesta, a las ocho de la noche, en la sala del Museo, se desarrolló el programa, muy ordenado y concienzudamente estudiado, con toda satisfacción. En primer lugar, el prólogo a cargo del lugarteniente y Víctor (Antigua y Nueva Cultura) en el que, como el pastor hizo observar bromeando, la vieja cultura se había revelado superior a la nueva; Víctor no había sido capaz en toda su vida de aprenderse de memoria diez versos. Luego, después de algunos cánticos, llegó el turno al famoso cuadro de Kurt. Pero ¡oh dolor! ¡Cuánta consternación! Un oso debía pasearse entre las ninfas y los viejos pescadores; entonces, en el último instante, el farmacéutico Röthelin envió la magnífica piel de oso que había de cubrirle, porque, sintiéndolo mucho, no podía actuar, por tener que ponerse en camino en seguida para ir a ver a su padre que había enfermado repentinamente. Turbación general; solamente Kurt, a quien debía afectar en primer lugar aquel contratiempo, se mantenía sorprendentemente tranquilo; se representaría el cuadro aun sin el oso, tranquilizó a su gente, bastante apurada por aquella contrariedad. Entonces, Víctor se acercó sonriendo:

—No creo que sea muy difícil, señor Neukomm, gruñir un poco. Así que puedo ayudar en algo... —y se metió en la piel de oso, en medio del aplauso de todos; gruñó bastante aceptablemente durante la representación; todo lo que le permitió su voz desmayada.

Como final hubo un número enigmático: cuando se descorrieron las cortinas, apareció en escena un bosque con una crisálida de mariposa entre las hojas, brillante, hecha con papel de lentejuelas y del tamaño de un hombre. La señora del director Wyss, como presidenta de honor de la Idealía, cantó tres estrofas referidas a la metamorfosis; luego tocó con su varita la crisálida; la envoltura cayó y de entre ella surgió, en lugar de una mariposa, «la Niña Ideal» con dos antenas vacilantes en el cabello y adornada primorosamente con flores y guirnaldas. Esta Niña Ideal era una preciosa chiquilla, huérfana, que la señora del director Wyss y la señora del

consejero Keller habían tomado bajo su protección y estaban educando a sus expensas. Por broma, en la Idealia la habían bautizado con el sobrenombre de la Niña Ideal, y ella procuraba hacer honor a aquella designación con excelentes notas en sus estudios. La Niña Ideal musitó, moviendo las antenas, unos versos de agradecimiento, hizo un par de graciosas genuflexiones y fue bajada después del escenario para ser besada a porfía por las damas y colmada de regalos por todas partes. Con esto concluyó la parte solemne de la fiesta; después se organizó un baile sin fin con la Niña Ideal como mascota, la cual, a despecho de su juventud primaveral en capullo, no miraba con malos ojos a Kurt. Pero también Víctor gozó del favor de las gentes en recompensa a su participación en el festejo y a su obsequiosa ayuda. Todas las parejas que pasaban delante de él (pues no se creyó capaz de bailar), se deshacían en elogios para con su oso y su Cultura, en distintos grados de admiración, pero, siempre, en el más amable tono. Sí, hasta los más chistosos se atrevieron descaradamente a arrojarle una frase a modo de lazo que ligara a la Cultura y al oso:

—Yo creo que el oso se habría adaptado mejor a la cultura antigua que a la moderna.

O esta otra:

—¿Ha querido usted espetarnos un oso con su nueva cultura?

Una oleada de sincera simpatía le rodeaba, haciéndole sonrojarse de aquella inmerecida gratitud de las gentes. Y, de pronto, de su confusión empezó a brotar la ternura y el agradecimiento, volando desde su corazón hacia el de las gentes que rechazaron estos sentimientos en un rebote cordial, anegando el pecho de Víctor con una dicha no sentida hasta ahora, la dicha de sentirse amado por la comunidad. Él, encarnación de lo estafalario, había aprendido hoy a estimar la bendición de la sociedad a través del favor popular. ¡Búrlese todo lo que quiera, señora Steinbach, con sus ojos inteligentes! Ya no hay luminarias de la historia del mundo, de acuerdo; ya no hay más que gentes buenas y cariñosas, pero esto es lo importante.

Paz por dentro y por fuera. Reconciliado consigo mismo y con todos los demás, no sabía cómo había podido ser esto y cómo podría resistir aquella armonía a mil voces. Y cuando a la mañana siguiente recibió una cartita —¿es posible?— ¡de ella!, la primera en su vida, el exceso de dicha le causó dolor. Es cierto que el billetito decía poco más que nada, al menos para su alma; le pedía el favor de que se pasara por el Museo a preguntar si habían encontrado su abanico. Pero eran unas líneas escritas por su mano que empezaban: «Muy estimado señor» y terminaban

con un «Su Theuda Wyss». Aunque comprendía que eran simples formulismos, le exaltó y embriagó que le hubiera llamado muy estimado señor. Con la antefirma, en cambio, hizo una astuta disección, recortó con las tijeras de uñas las dos primeras palabras separándolas de la tercera. De esta forma ahora se despedía así: «Su Theuda». Es decir, mi Theuda; según esto, reconoce que es mía. Y guardó aquella declaración falsificada en el dije que pendía de la cadena de su reloj. «Ahora la tengo, por así decirlo, en mi poder», dijo alborozado su corazón.

El contento se le derramó por las venas, causándole tal turbulencia, que en poco estuvo de no hacer alguna locura, sin saber cuál. Por de pronto, se fue hacia el espejo y empezó a hacer gestos ante él, o se puso a imitar voces de los animales o dialectos humanos, lo que para él era el colmo de la alegría. En realidad, no sabía si todo aquello le hacía bien o mal, por ser tan irresistiblemente feliz.

ANGUSTIA Un día, sin embargo, pudo saber si le hacía bien o le hacía mal.

Se encontró con ella una mañana que fue a visitar a la señora del doctor Richard. Estaba de buen humor y dispuesta como él a las bromas inocentes; dicho brevemente: hoy «se comprendían». Por eso estuvieron mucho tiempo sentados, charlando confiados, como fascinados por el embrujo amistoso de aquella hora.

Turbado por el eco de la armonía en que habían pasado la tarde, se le escaparon estas palabras, cuando ella le tendió la mano sonriendo, a modo de despedida:

—¿No viene usted conmigo?

—Naturalmente, no —respondió ella divertida—; como es de esperar, no.

—¿Dónde va, entonces?

—¡Qué pregunta! A casa, junto a mi marido y mi niño, que me esperan hambrientos para comer.

—¿Y yo, estoy excluido de ese convite?

—¡De ninguna manera! Venga conmigo; mi marido se alegrará mucho de verle.

¡No era suya! Y se fue a su casa como un gato que recibe una perdigonada. ¡No era suya! ¡Y él que había creído que su amor era puro! Como si fuera

humanamente posible amar a alguien sin codiciar al menos su presencia constante. ¡No era suya! ¡Peor todavía: pertenecía a otro, a un extraño! Es cierto que ya lo sabía hacía tiempo; pero hasta hoy no se había dado cuenta de que le abandonaba para irse con otro. ¡Y a esto llamaba ella «ir a casa»!

El gato, después de recibir la perdigonada, se esconde; pero lleva el plomo consigo, y la herida, que en un principio asusta más que duele, empieza a escocer cuando el animalillo está en su tranquilo rincón. ¡Qué injusto privilegio! ¡Qué desigualdad tan indignante! Día por día, año tras año hasta el fin, viviría el otro con ella, él nunca. Ni un verano, ni un mes, ni un día por excepción. ¡Todo para el otro, para él nada! Y no solamente vivir con ella, sino... ¡Vete de aquí, mal pensamiento! Pues, además de tener todo esto, le regala encima su amor y su amistad. Si está triste, le consuela; si está enfermo, se aflige por él; si muere, su aflicción le acompaña más allá de la tumba; si hay una resurrección, sus ojos buscarán los de él al despertar. ¿Qué méritos tenía aquel usurpador para que le concedieran aquel premio? ¿No era un hombre como los demás? ¿O es que tenía él solo más ventaja y méritos que toda la humanidad junta?

¡No había esperanza! ¡Nada podía cambiar!, ni con amenazas ni con astucias; no había ninguna posibilidad a su alrededor. Por el contrario, cada hora que pasaba, de día o de noche, bajo la lluvia o el sol, fuera el que fuera su contenido, no hacían más que ahondar el abismo entre él y ella y apretar los lazos con el otro. El hábito, la comprensión, los recuerdos en común, los mutuos agradecimientos, todo esto no disminuiría ya; por el contrario, aumentarían hasta amontonarse. El niño que unía a ambos, reclamaría más sus cuidados y su interés, con lo que los padres intimarían más; y no digamos si nacía un hermanito o una hermanita. ¿Por qué no? ¿Quién podía impedirlo?

¡Había despreciado el poder del matrimonio cuando lo consideró una especie de lugartenencia, pensando que se dejaría fraccionar de buen grado: para el otro, para el lugarteniente, el cuerpo y para él, el alma! Ahora se daba cuenta de que había olvidado, en su inexperiencia, lo principal: el misterio de la carne, la fuerza bruta de los impulsos naturales que a la madre obligan a dar el cielo y la tierra a cambio de un vaso de agua para su hijo, que fuerzan a la mujer a arrojar el corazón, con todas sus fibras, al hombre a quien pertenece, al que la acuñó corporalmente, al que la hizo mujer y madre, condenándola a amarle aunque él la desprecie. Muñeca, bebé, papá; estas tres palabras encierran todo el contenido de la vida de una mujer. ¡Oh, insensatos que os preocupáis por si os ama o no aquella que deseáis por mujer! ¡Ánimo! Reíos de vuestros temores, llevadla al altar; pues el matrimonio es más fuerte que el odio, más duradero que el amor.

Una mujer se encamina vacilante, con el odiado, hacia la iglesia, como si fuera al campo de batalla, pálida como un cadáver, con la muerte en el corazón que entregó a otro; preguntad por ella veinte años después: «Hijos míos, alegraos; papá llega mañana». «¡Dios quiera que no le haya sucedido nada a papá!». El otro, en cambio, el muy amado, si muere, no obtendrá más que un recuerdo melancólico cuando llegue la noticia y, en el caso más favorable, unas cuantas lagrimitas; luego lo que importa es papá. Tal es el poder del matrimonio.

No; no quedaba ninguna esperanza. ¿Luchar contra los impulsos naturales? Tonterías. ¿Oponerse a las leyes del mundo? Locura. La verdad le dijo: «condenado para toda la vida», y su aflicción confesó: «así es».

Entonces comprendió que quien proclama a otra persona por su dios, atrae sobre sí una maldición. Son envidiables los que tienen un Dios supraterráneo, ya sea bondadoso como Jehová o cruel como Moloch; pues ningún dios de ninguna religión es inexorable, ninguno arroja al infierno a quien se le acerca amorosamente, ninguno dice a los condenados: «no te conozco». Y aunque uno fuera insensible como una piedra para con la divinidad, ésta no lo sería con él: Dios no es mezquino. No se tropezaría con ningún director Wyss al acercarse a Él, no tendría que depender de la benevolencia de un Kurt, la Virgen no parió una manada de críos por los que olvidar el cielo y la tierra. Adorar a una persona no es más razonable que adorar a un gusano. Su espíritu comprendía aquello con toda claridad; pero la comprensión no sana la inflamación. Comprende que el veneno que convierte su sangre en pus no es más que un despreciable granito de porquería, pero el incendio sigue devorándole.

Pero, precisamente por esto, por ser su amor una religión, por creer que en el rostro simbólico de Theuda-Imago se resumía toda la vida del mundo, como la patria en el de la madre, sentía su dolor más intensamente en la parte más noble de su alma. Todos los signos y presagios, todas las luces, rostros y poemas que transitaban por el puente que une la realidad con el mundo del espíritu, traen una herida sangrante en el pecho; toda su sensibilidad vital estaba enferma de nostalgia; nostalgia de ella, nostalgia de la patria común de todas las criaturas, nostalgia de sí mismo. Pues él era ella; pero —¡oh, prodigio infernal de lo imposible!— ella no era él.

Y como él era un hombre de espíritu, obligado, cuando le mordían, a averiguar qué clase de víbora le había mordido, quería conversar con su razón sobre las heridas que produce la falta de caridad; bien sabía que esto no podría aprovecharle nada, pues como pensador que era, no podía hacer otra cosa que

pensar. Pero la angustia no paraliza el pensamiento, al contrario, necesita corroer las ideas.

«¿Estás despierta? ¿Tienes tiempo? ¿Puedes descifrarme el misterio de cómo es posible que una persona a la que se ha regalado con los más preciados dones, con el único consuelo que se tiene en la tierra y hasta con el amor, no nos recompense con su amor?».

La razón respondió: «Examina y compara: ¿Si amas al buen Dios, no te devuelve amor?». «Sin duda». «Si amas al Papa, ¿no te ama él también?». «Es justo». «Si amas a la condesa de Aragón y Castilla, ¿te amará ella?». «Eso es más difícil». «Si amas a un caracol, ¿te corresponderá con su amor?». «Es imposible». «Pues ahí lo tienes. Cuanto más bajo pongas tu amor, menos amor recibirás. El amor regocija el alma, el desamor denota embrutecimiento. Punto final».

«¿Y cómo explicas que esté yo condenado a desear a esa mujercita, a la que tú ves tan lejos a través de los cristales de tu fantasía, como si se tratara del Santo Grial, y que me arrastre hacia ella como el que muere de sed, hacia la fuente salvadora?».

«¡Ésas son tonterías, querido! —dijo riendo la razón—. No cometas más torpezas; prométeme que de ahora en adelante serás un poco más razonable».

Así conversó de su caso con su propia razón. Pero de poco le sirvió; todo lo contrario. Le sucedió como con el dolor de muelas: cuanto más se piensa en él, más agudo es; y si se intenta no pensar en ello, el dolor nos fuerza a pensar en el dolor. ¿Dónde podrán refugiarse los pensamientos que no tropiecen con el dolor? Aunque huyan a ocultarse en la religión, más allá de los cielos estrellados, o en el éter resplandeciente de las creaciones de la poesía, siempre tropieza con su condenación, siempre encuentra este funesto rostro amado, que le sigue a todas partes para destruirle con su hermosa y fría mirada.

¡Oh, vosotros, los aturdidos que reís frente al dolor de un amor no correspondido!: Suponed una madre que viera salir del sepulcro a su hijo muerto, su hijo único, bello y gracioso, iluminado por celestiales resplandores, que se arroja sobre él gritando de ansiedad y, sin embargo, el niño se aparta de ella, mirándola extrañado, y exclama con un mohín de desprecio: «¿Qué quiere de mí esta mujer?». ¿Os haría reír esto? Era su mismo caso; el trozo máspreciado de sí mismo que se desgaja, que se aleja de él, que le niega. Y esto produce tanto dolor, tan acerbo e indecible, que muchas veces piensa que aquello no puede ser, porque no podrá resistirlo.

Pero él no era débil, sino perseverante y tenaz. Por esto llamó en su ayuda a la razón. «La cosa es así. Tengo que vivir; no lo puedo soportar. ¿Qué hacer, entonces?».

La razón le respondió: «Ven; quiero mostrarte algo». Y le condujo frente al matadero. «Ahora, creo que podrás soportarlo». Cuando estuvieron otra vez en casa, prosiguió: «Mira, todo consiste en no hacer nada funesto; mejor no hagas nada. Aprieta los dientes o grita todo lo que quieras cuando las cosas no salgan a tu gusto; pero no grites con las manos. Todo consiste en vencer el momento; quien vence el momento, vence al día; quien vence al día, vence al año; no cometer nada pernicioso. Pero un hombre vence el momento —y tú eres un hombre— en el supuesto de que esté sano —y tú lo estás— trabajando. Así que deja el dolor que obre, es su tarea; tú trabaja; tú sabes en qué».

Él sabía en qué. Y estando trabajando en el servicio de su Rigurosa Señora, los espíritus malignos huían a ocultarse tras las cortinas, barridos por su soplo divino, para, desde allí, surgir solapadamente de cuando en cuando, para asestarle una rápida estocada y volverse a su escondrijo con la misma rapidez.

Ciertamente, hasta el trabajo más rudo tiene sus pausas; de lo contrario, terminaría rendido por la noche. En esos momentos los ataques eran más abundantes y peligrosos. En la biblioteca estaban cuidadosamente ordenados por años todos los números de una revista mensual; cuando hojeaba despreocupadamente uno de ellos, tuvo un sobresalto, como si le hubiera mordido una culebra: aquel cuaderno tenía la misma fecha de la Parusia; de allí en adelante procuró evitar todo contacto con las colecciones de periódicos.

Pasó delante de una tienda de modas. En el escaparate estaba expuesto un vestido blanco con botones verdes. ¡Oh, rayo abrasador del recuerdo! Ella llevaba en la Parusia un vestido blanco y un blanco cinturón adornado con cintas doradas y verdes.

Y así siempre. Bajo las cosas más inocentes en apariencia, acechaban los escorpiones. Este peine parece completamente inofensivo, ¿verdad?, y esta plegadera, ¿no? ¡Pues todo es perfidia e hipocresía! ¡Este peine lo había comprado dos semanas antes de la Parusia!, y la plegadera un año después, durante «el viaje de bodas». En estas ocasiones, su corazón lastimado gritaba: «No puede, no debe ser; es de todo punto imposible». «¡Tatatá! —respondía la razón—, ¡fuera embaucamientos! Es, y en consecuencia, será, muy posiblemente». Y pronto arrinconaba la llorosa esperanza.

Luchando valientemente hora tras hora, lograba pasar el día; la mayoría de las veces salía victorioso, otras, la victoria quedaba indecisa, pero nunca era vencido.

¡Pero las noches! La nostalgia de su alma, reprimida durante el día, pero no aniquilada, surgía pujante durante el sueño, sin que el trabajo ni la voluntad o la razón la refrenaran, como la columna de vapor de una caldera hirviente cuando se levanta la tapa. Ni una noche sin sueño, ni un sueño sin ella. Y el sueño le cansaba indefectiblemente con ella, sosteniendo: «Yo soy la verdad, todo lo otro es engaño e ilusión». Y los sueños no eran episodios aislados, formando un todo cada noche, no; el sueño de esta noche era una continuación del de la noche precedente, con una perfecta ilación, como los capítulos de una novela; sus sueños formaban una cadena. De esta forma llevaba una doble vida: de noche, cordialmente unido a ella, iluminado por su sonrisa, deslumbrado por su mirada amorosa, hablando con ella y acariciándola, una vida llena de dulzura y bienaventuranza; de día, una existencia dolorosa, sin esperanza, en la aflicción de una eterna condenación. ¡Oh, si no despertara! ¡Qué decepción más amarga! ¡Si aquel venturoso ensueño pudiera consolarle de día!

«Si no es más que eso, tiene pronto remedio», advirtió la fantasía. Y en un instante, sin aguardar su consentimiento, preparó su linterna mágica y empezó la proyección: Imposibles asentados sobre cimientos falsos, pero, prescindiendo de esos cimientos, imposibles imaginables.

Una humilde vieja estaba en el umbral; la belleza pasada, perdidos los amigos y admiradores, apagados los ojos que imploraban una limosna de amor. «Tú también, naturalmente —parecía decir su mirada—, me desconoces, ahora que soy vieja y fea».

Pero él gritó: «Theuda, mi novia querida, es inútil que te esfuerces en ocultar la eterna juventud de tu belleza bajo la máscara postiza de la edad; te traiciona el resplandor de la Parusia que te envuelve. Mas ¿por qué estás humildemente en el umbral? Mira cómo doblo respetuosamente la rodilla ante tu grandeza».

Y Theuda respondió: «¡Oh, milagro de la misericordia! Hoy que me veo vieja y fea recibo más amor de un solo corazón que el que todos los hombres juntos pudieron darme en todos los días de mi vida».

«¿Vale? —preguntó sonriendo la fantasía—. ¿Te agrada?». Y siguió la proyección.

La vio en el lecho del dolor, desfigurada por la hinchazón, abandonada por sus parientes, repugnante. Sin embargo, se acercó a ella devotamente, como a un altar.

«No es ningún hermoso cuadro», censuró la fantasía.

«No lo es de ningún modo; pero lo más hermoso es que tu amor vence hasta la repugnancia. Mas espera; tengo algo más que enseñarte». Y prosiguió representando.

Vio una mujer depravada, condenada por el mundo, repudiada, escupida; entregada a la bebida, revolcándose borracha por el suelo.

«¡Puff! —exclamó Víctor indignado—. ¡Quita eso de ahí! ¡Vaya una escena más criminal! ¡Ella, la casta, la pura, la excelsa!».

«¿Qué? —cuchicheó la fantasía—. ¿Qué? Dime honradamente ¿qué harías tú en ese caso? ¿La arrojarías de aquí con el pie? ¿Lo harías? ¿Callas? Está bien; con esto tengo bastante. Por lo demás, tengo otras cosas en estilo distinto. ¿Quizá te agrade un juego de cartas diáfano? ¿No? Es lástima; haces mal en eso, hay en ello cositas maravillosamente bellas. ¿Prefieres algo serio? ¿Sí? Al momento».

Y se la mostró viuda, vestida de negro.

Él le arrojó, lleno de ira, la linterna mágica a la cabeza. ¿Es que la amaba tan insensatamente como para que su fantasía se permitiera ofrecerle semejante cuadro?

El recuerdo de que estuvo en su mano poder cambiar este infierno presente por el cielo venturoso, de que la felicidad estuvo rondando su puerta, esperando a que le diera permiso para entrarse por ella, la consideración de que, no sólo su clemente benevolencia, que ahora le parecía la inaccesible cima de la dicha, sino la abrumadora riqueza de toda su persona, de todo su cuerpo, junto con su amor y vida, todo esto hubiera podido ser suyo con una palabra, ponía un trágico sello a su tormento. El recuerdo llegó casi a rozar con el arrepentimiento, pero no pensó ni un momento en arrepentirse de lo hecho. Fue un bien para él, pues con ello no se hubiera librado de caer en la desesperación. No; no se arrepentía, porque la añoranza le hubiera apretado el corazón como con unas tenazas. Por esto no se sintió desgraciado ni aun en medio de los más lastimeros ayes de su corazón. Había en su dolor algo gozoso, como la gloria de los mártires cuya boca no deja ciertamente de lamentarse durante el tormento, cuyos miembros no dejan de

resistirse al verdugo, pero que no cesan de alabar a su Dios con santa alegría. Por esto su sentir se convirtió en pasión; su alma calzó los coturnos, su espíritu fluctuaba rítmicamente; la mirada de sus ojos, a los que el trágico dolor negaban las lágrimas, parecía estar en éxtasis, en tal magnitud, que un día le detuvo en plena calle un oculista, para poderse convencer de aquella asombrosa singularidad.

Sólo que donde el éxtasis prospera crece al mismo tiempo la tentación. También le fue deparada la hora de la tentación.

La familia del director celebraba aquel día el cumpleaños del niño, el pequeño Kurt; y Víctor, aunque había dejado otra vez de visitar a las gentes («¡qué hombre tan raro!; ¡cuando todos creíamos que había sanado de su chifladura, vuelve a hacer el ermitaño!») creyó conveniente no faltar a la fiesta; cuestión de gustos. Aquella tarde fue representada una obrita alegórica, escrita por el otro Kurt, el tío y padrino del niño (aquel hombre genial era capaz de sacarse de la manga una obra que a otros llevaba semanas y meses), en la que la madre, es decir, la señora del director, hacía de hada, vestida de blanco, con dos grandes alas a la espalda, sueltos los negros cabellos y en la frente una corona reluciente de lentejuelas doradas. Ya durante la representación, al verla aparecer con aquellas celestes vestiduras, su corazón se permitió hacer estas sediciosas observaciones: «Mira, necio, misógino, lo que has desperdiciado». Como Theuda, al acabar la obra, quisiera continuar vestida de hada, mezclóse la ficción con la realidad, diosa y mujer; el niño fue paseado en triunfo; en la frente de la dichosa madre se reflejaba una paz solemne que impregnaba el lugar y la hora y todo lo presente de clemencia y bondad. Por todo esto, su corazón se alborotó tan insensata y fieramente, como nunca lo había hecho en toda su vida:

«¡En contra de todo lo que me digan todos los dioses del cielo y todas las religiones de la tierra, en contra de todos los deberes, razonamientos y sabidurías, he de replicarles que no hay en el mundo nada que pueda compararse a la posesión de la amada, ni hay premio en el cielo ni en la tierra que nos compense de la pérdida de este tesoro. Quien ha podido tener este tesoro y ha renunciado a él, aunque haya sido por mandato del mismo Dios Todopoderoso, ése no es un mártir, ni un héroe, ése es sencillamente un loco. Justo es que ahora te veas condenado!».

Se volvió presuroso a su casa y, estando en su cuarto, empezó a exponer su aflicción a la Rigurosa Señora, como un creyente pudiera hacerlo ante su Dios.

«¡Socórreme! —sollozó—, no puedo resistir más. La amiga que me prometiste, tu hija, con la que me desposaste uniéndonos con solemne juramento

para siempre, Imago, mi novia de entonces y esposa, no me conoce. Imago aparta de mí su mirada. ¡Oh, no interpretes mal este grito de mi corazón atormentado! Ningún arrepentimiento empaña el palpitante deseo de mi alma sangrante. Si el tiempo volviera atrás y tuviera que elegir otra vez, volvería a renunciar; sí, lo haría. Quiero sufrir gustoso, pero fiel y contento. Mas ¿por qué he de hacerlo tan cruelmente, tan inhumanamente? ¿Es un crimen tan grande querer ser insigne, para que me castiguen de esa manera tan incruenta? Y si lo es, dulcifica mi sentencia. Abre los ojos de tu hija, para que no me niegue enteramente, háblale para que me llame su noble amigo, para que me conceda una sola mirada al menos. Pon esto en su corazón, ordénaselo. Si no es posible, dame tu amparo para no sucumbir».

Fue como si la sombra de la Rigurosa Señora flotara por el cuarto. Se levantó fortalecido y sufrió todo lo que era necesario sufrir.

CONVULSIONES E ILUSIONES Entretanto, habían llegado las fiestas de invierno, la Navidad; después, la Nochevieja tan esperada. Naturalmente, se mantuvo alejado de todo; pues, por otra parte, era poco amigo de las fiestas familiares y humanitarias a fecha fija («se afanan en vivir egoístamente todo el año y, en su última noche, no se hartan de invocar a su hermano querido»); además, no necesitaba por ahora ningún cirio para saber lo que es melancolía.

Por contra, no podía dejar de hacer las obligadas visitas de cortesía en la mañana de Año Nuevo. Y las realizó todas, como era debido, dejando para lo último, como más dificultosas, las de la señora Steinbach y del director.

Subió malhumorado la escalera del simpático hotelito de la señora Steinbach. «No estoy dispuesto a sufrir la más insignificante mordacidad —se dijo—, o el más ligero gesto de reproche». Pero no hubo nada de eso. Le recibió con ingenua amistad, como si hubiera estado allí el día antes y no hiciera más de tres meses; quizá un poco más discretamente que entonces.

—El día de San Silvestre —le dijo sonriendo—, estuve escrutando su futuro; ya sabe usted, con plomo diluido en agua. Son supersticiones, de acuerdo; pero cuando el oráculo es agradable, se le puede dar crédito con gusto. Y lo que me dijo el oráculo de usted, lo creo verdaderamente. Me dijo que alcanzaría, al fin, una mujer leal y amada, modesta y desinteresada, joven y graciosa, afecta de todo corazón a usted, al que alegrará la vida; más tarde un par de traviosos y lindos niños; en resumen, que dentro de poco será usted feliz.

—¿Ser feliz yo? —repitió, tristemente.

—Sí; feliz. Tan feliz, ciertamente, como pueda ser un hombre en la tierra, aunque, en este momento, no lo crea posible; presiento, creo que va a ser feliz porque tiene usted disposición para la felicidad. Amo ya a su futura mujer sin conocerla. No sé si llegaré a conocerla; espero que sí; será la hora más bella de mi vida. Si no fuera así, salude cordialmente a su prometida en mi nombre y dígame que la bendigo por todo el bien y por toda la ternura que a usted le va a deparar.

«¡Su mujer, su prometida!». ¡Qué palabras! ¡Qué ideas! Y ebrio de tristeza, se encaminó a casa del director.

La encontró en el recibidor, con su hijo en los brazos, alegre por ser el día que era, por los regalos y por las visitas. Le ofreció la mano con toda lealtad, un poco indolente, mientras pronunciaba la acostumbrada salutación:

—Le deseo salud y muchas felicidades para el Nuevo Año.

¿Había oído bien? ¡Ella le deseaba la felicidad! ¡Ella! Vencido por una brusca oleada de desconsuelo, abandonó la casa sin devolverle el saludo, sin despedirse («decididamente, Víctor era un ser cómico»), corrió por las calles menos transitadas, se internó por los arrabales —¡oh, esta ciudad que no acababa nunca, las gentes numerosas, las miradas curiosas!— en dirección hacia el bosque salvador. Pero no llegó hasta él, pues apenas divisó a lo lejos la copa de los abetos hospitalarios, cayó al suelo, presa de disparatados sollozos. Allí le servía de poco el dominio de sí mismo y la vergüenza; así como el que ha ingerido arsénico cae en medio de la gente, se retuerce en espasmos y no puede por menos de sollozar, aunque sabe que no es conveniente. «Ciertamente, lo estoy», respondió su cuerpo, al oír decir compasivamente a una mujer que pasaba: «Ahí hay un hombre muerto».

Desde este momento, fue como si una corriente de agua hubiera encontrado una brecha en el muro que la detiene y lanzara por ella sus ondas. Toda su vehemencia dolorosa fluye ahora por sus ojos, sólo vive en sus lágrimas o en el temor de sus lágrimas. Pues le acometen despiadados deseos de llorar en repentinos accesos con el menor motivo: el sonar de una campana, un sonido musical, la contemplación de un sendero que en otro tiempo recorrió; el paso de una nube que le habla de su infancia y de su patria; basta el simple zumbido de una mosca para provocar la rigidez espasmódica de un enfermo de tétanos. ¡Oh, dónde hubiera un lugar en el que poder llorar sin ser visto ni compadecido! ¿Por qué no reservaba el Estado algunos lugares sagrados para los tristes, a cubiertos de miradas curiosas? El hombre posee muchos derechos inútiles, ¿por qué no se le otorga el de llorar?

En las pausas del acceso se sentía desmadejado, como un convaleciente; deseando contemplar rostros bondadosos, pero extraños, que no vinieran a añadir dolor a su dolor; agradeciendo los saludos, las palabras indiferentes, agradeciendo, sobre todo, que las gentes pasaran de largo sin hacerle mal. Por esto evitaba a los conocidos, buscando las aglomeraciones de hombres, como, por ejemplo, en las tabernas; la contemplación del movimiento de las gentes del pueblo que no reparaban en los suyos propios, el rumor de las conversaciones que no le interesaban, le hacían bien.

Claro que se equivocaba a veces, pues, donde creía que habría de encontrarse solo, tropezaba con un conocido. Así le sucedió una tarde en la cervecería Dreher. El lugarteniente surgió de pronto ante él, le invitó a sentarse a su lado y le presentó a un forastero:

—Es el doctor Eduard Weber, profesor de Ética.

Apenas había pronunciado el lugarteniente la palabra Ética, cuando a Víctor le sobrevino un nuevo ataque de nervios: una risa espasmódica, tan poderosa, tan incontenible que le hizo prorrumpir en sonoras carcajadas, en medio del asombro de la concurrencia. Y en lugar de serenarse, los golpes de risa eran cada vez más fuertes. «Y, además se llama Eduard». «¿Y has visto la cara que tiene de apaciguador?». No tuvo otro remedio que salirse a la calle riendo a carcajadas, suscitando la risa de la gente:

—Es muy divertido.

Y cuando al día siguiente se presentó lleno de arrepentimiento a dar una satisfacción al profesor, al ir a oprimir el botón del timbre, le volvió a repetir el accidente de la risa, al recordar que era profesor de Ética y se llamaba Eduard. Por tres veces se rehízo e intentó seriamente cumplir aquel deber, pero no lo logró, pues aquella palabra fatal no le permitió atravesar el umbral de la puerta.

Con los ataques de risa le sucedía como con los de llanto; una vez que empezaba a reír no sabía dejarlo. Eran inútiles también todos los propósitos. Veía beber agua a un gallo cubriendo los ojos con el párpado inferior y echando la cabeza hacia atrás y le ahogaban las carcajadas que quería retener. En un libro leyó que tres molineros se sentaron a la mesa, en una posada, y la risa le salía a borbotones: «¡tres molineros, blancos de harina, juntos!».

«¡Ah, Conrad, cómo juegas con Víctor!».

«¿Y todo lo que me has hecho pasar en estos cuatro meses?».

Una mañana, serían las once, le asaltó un pensamiento, brusco como un cohete. «Puesto que la bondad hace tanto bien a tu corazón, ¿por qué no vas hacia ella, que es la fuente de toda bondad? El médico que te hizo mal, te curará. ¡No seas rebelde! ¿Qué te preocupa? ¿Qué temes? ¿Le temes a ella? Los seres buenos no pueden hacer mal a nadie. ¿A ti? ¡Ay, Dios; eres tan insignificante, tan humilde! Inténtalo; no es ninguna temeridad hacer una visita a una dama con la que se tiene amistad; ya has estado allí muchas veces y no te ha arrancado nunca la cabeza a mordiscos. ¿Y por qué no hoy, mejor que mañana? ¿O tienes algún motivo para dejarlo para mañana?».

«Ninguno. Me es enteramente igual mañana que hoy».

«Si te decides a ir hoy, no te retrases; pues es la hora de hacer las visitas».

«Eres un pensamiento razonable. Pero déjame que lo piense bien, no vaya a ser que Conrad me juegue una mala pasada con sus nervios».

Y se probó. Por todas partes reinaba la calma, en los nervios y en la sangre no había nada sospechoso. Y sin pensarlo más, se fue a verla.

Estaba sola en el gabinete, cosiendo. Apenas la vio, todos los objetos refulgieron como mirados a través de un prisma, después empezaron a bambolearse y a girar cada vez más raudos; luego no supo nada más que cayó de rodillas a sus pies, derramando un torrente de lágrimas, besando sus manos apasionadamente. Después se levantó rápidamente, avergonzado, con idea de salir corriendo de allí.

Pero ella le cogió bondadosamente de un brazo:

— ¿Dónde va? ¿Qué intenta?

Él contestó gimiendo:

— ¿Lo sé yo, acaso? Quiero ir a lo más oculto del bosque para morirme allí de vergüenza.

— No puede salir así; venga conmigo, quiero limpiarle los ojos —y le llevó al dormitorio—. Yo no sabía nada —dijo dulcemente—; no tenía ninguna sospecha de que esto fuera tan profundo. ¿He tenido la culpa de algo?

Movió él la cabeza, incapaz de decir nada y se dejó enjugar los ojos, sin voluntad, como si se tratara de una operación.

—¡Qué vergüenza! ¡Qué escándalo! —exclamaba de cuando en cuando.

—No es ninguna vergüenza amar a alguien —le consoló—; no se puede evitar. Y no creo que yo sea tan mala como para que el amarme sea un escándalo.

Se mordió los labios hasta hacerse sangre.

En aquel momento despertó el niño en su cuna, se incorporó y les miró curiosamente. La madre le sacó de su camita:

—Mira —le dijo—, ahí tienes un hombre al que algo temeroso causa mucho mal. Nadie le ha hecho daño, nadie le quiere mal; él sólo se lo hace creando con la fantasía cosas imposibles. ¿Me promete usted no hacer ninguna barbaridad? —suplicó al despedirle—. Si es que de verdad me quiere, tiene usted que prometérmelo; lo quiero, lo ordeno. Venga usted a nuestra casa todas las veces que quiera, nosotros queremos sanarle; cuando me conozca bastante, se convencerá de que no soy tan preciosa ni tan insustituible como usted se imagina.

«¡Haberla declarado mi amor! —se lamentaba yendo de regreso a casa—, es decir: ¡haberme entregado a ella, indefenso! En suma: ¡todo perdido! Me he comportado como un mancebo romántico de botica, como un tipo de novela. Lágrimas, besos en las manos, arrodillado a sus pies, todo lo más ridículo en estos casos. ¿He sido realmente yo? ¡Oh, Conrad! ¡Conrad! ¡Y aquella compasión, aquel cordial sentimiento! ¿Qué me queda por hacer en este mundo?».

«Nada —respondió su razón—. Conservarte sano, y todo lo demás se arreglará por sí solo, con el tiempo».

«Pero ¡esta humillación, este envilecimiento!».

«¡Si no hubiera mayores envilecimientos que rendirse al amor!».

La razón podía tener razón. Las cosas venían así; de modo que había que dejarlas correr por donde Conrad quisiera. Además, ¿no había dicho ella: «Queremos curarle; venga a casa siempre que quiera»?

No se paró a preguntarse si debía aceptar su invitación a volver. ¿Es que el enfermo al que, en medio de sus terribles dolores, le recetan un calmante, se para a

preguntar si le sentará bien o mal? Hay ciertos grados de dolor hasta los que no llegan el orgullo ni la vergüenza, y en los que sólo un pensamiento impera: socorro; venga de donde venga y de quien sea. Había sentido la voz amada, el acento compasivo de sus palabras. ¡Qué voz! ¡Qué acento! Sus manos le habían rozado las mejillas, ¿qué necesidad tenía de reflexionar? Allí está el consuelo, la salud y la vida; el resto del mundo no tiene sentido.

A la mañana siguiente volvió por allí y al otro día y todos los siguientes, siempre por las mañanas. Y siempre la encontraba sentada junto al costurero y sola, y siempre pudo decirle que la amaba. ¡Oh, qué alivio! ¡En vez de estar lejos de ella, llorando su pena en el frío bosque de abetos, hallarse junto a un ser cariñoso, comunicando con ella, bañándose en la luz de sus ojos hermosos, oyendo palabras compasivas, cambiando dulces miradas! Y como se calman las lágrimas de los niños con dulces palabritas, tan sólo sus frases ligeras le aliviaban y consolaban por el tono sencillo de su voz tan querida, de tal forma que, a la segunda visita, le desapareció aquel ansia de llorar, como si le hubieran sacado la espina de la herida. Y cada vez que la visitaba disminuía la inflamación. «Queremos sanarle», le había dicho, y él se dejaba curar.

Como tenía, en efecto, disposición para la felicidad, pronto logró alcanzar el contento y la dicha, por aquel privilegio de verla y ofrecerle su amor todas las mañanas; pues era feliz con sólo que no le hicieran daño. ¿Y por qué no podía estar contento? Una hora diaria en su presencia, en buena amistad y concordia, una especie de nueva Parusia en mayor grado, y sobre todo, estar unido a ella por un secreto común, el secreto de su amor. — ¿Qué hombre, a excepción del lugarteniente, cuyos derechos nunca había pretendido amenguar, poseía otro tanto?—. Ya no le preocupaba saber si ella le amaba o no; sí, ya no le interesaba, pues precozmente, había vivido desde tiempo inmemorial con el convencimiento de que la ventura o desventura de un hombre no viene de fuera, sino de dentro, y que la apariencia hace el mismo oficio que la verdad y aun mejor. No necesitaba su amor, sino sólo su presencia para que su sediento corazón pudiera beber su rostro, su voz, sus gestos y movimientos. Con qué placer hubiera aceptado en todo tiempo su odio y horror si la hubiera podido tener en casa, cautiva entre cuatro paredes. «Patalea, grita, injuria, maldice: pero, permanece junto a mí».

Aquella codiciada presencia tenía ahora, sin necesidad de emplear la fuerza, sin raptarla y sin tener que encerrarla entre cuatro paredes, con su consentimiento pacífico. Ella, por su parte, procuraba que disfrutara de su presencia con toda tranquilidad, despachando brevemente a los intrusos y orillando, adusta, toda perturbación; ni una sola vez fue admitido el hermano,

mientras Víctor estaba con ella. Todo esto le hizo sentirse, en cierto modo, un poco casado con ella; un matrimonio secreto, en verdad, pero más dulce por ello.

Aquellas entrevistas tan íntimas produjeron entre ellos una camaradería muy sincera. Su amor que no necesitaba ser declarado a cada momento, por ser evidente, llevaba el acompañamiento armónico de aquellas entrevistas, pero dominando siempre la voz cantante y dando lugar a otras conversaciones y charlas que, a distancia, sonaban como fugaces notas de humor y agrado. Como dos hermanos, podían hablar, hojear revistas artísticas, tocar el piano a cuatro manos. («¡Yo que había sostenido que era poco musical!»); o referir cosas de sus años mozos, discutir el porvenir del niño, mostrarle los aposentos y disposición de la vivienda. Hasta se dirigían indirectas con bastante desenfado.

—¿De modo que ésta es la perversa mujer que causó tan crueles dolores a uno? —preguntaba sonriendo.

—¡Huuu! —le amenazaba, poniendo cara furiosa y enseñando las uñas.

—Me gustaría verla —bromeaba otras veces—, mirarme con tanta hostilidad como entonces.

—Ya no puedo hacerlo —se disculpaba sencillamente, diciendo verdad.

Una vez que se agachó, solícito, a recoger del suelo una aguja que a ella se le había caído, le llamó «caballero bien educado» y él replicó, inclinándose: «Mujer de piedra».

Cuando estaban tocando el piano y él, astutamente, rozaba su dedo meñique como por casualidad, le daba una palmada en la mano; si durante la conversación se le escapaba una expresión desagradable, le golpeaba en el brazo. Una mañana le sorprendió dando un salto de pantera por detrás y estrechándole cordialmente:

—Hoy es su santo —dijo a modo de explicación el atontado joven.

Sólo un pensamiento le producía, de cuando en cuando, algún desasosiego: ¿Dónde se metía mientras tanto el amigo lugarteniente? ¿Por qué no se le veía nunca? ¿Cómo es que los dejaba solos día tras día, siendo así que muchas veces se oía, arriba, en el cuarto de estudio, un recio pisar y olía a tabaco y salía humo por las rendijas del piso como un oráculo que le advertía de su presencia? Aquella clandestinidad que tan dulce era a su corazón no agradaba mucho a su conciencia, aunque nada malo sucediera. Por otra parte, él no podía subir al estudio y decirle:

«Señor Director, ¿no sabe usted la noticia?, tengo el honor de amar rendidamente a su señora esposa; puede usted dormir tranquilamente, pues somos inocentes como dos corderos pascuales, uno blanco y otro negro». No; tanta lealtad le daba náuseas. Hay cosas que, aunque no sean malas, sino nobles y elevadas, requieren el secreto; por esto, porque quedan profanadas por el simple conocimiento de un tercero. «Y en último caso, eso no me concierne a mí sino a ella; es su marido y no el mío. Así que si su conciencia se lo permite...».

Después de un par de semanas en que todo fue así, la conducta de Theuda cambió, se hizo borrosa, variable, opuesta; nunca la encontraba como la había dejado el día anterior. Primeramente le sorprendió con recaídas en su desconfianza de antes; seguramente se trataba de influencias extrañas, posiblemente de amigos celosos y envidiosos.

—Si no sale en tono mayor, intentemos el modo menor —le dijo una vez sin motivo, mordaz, con inteligentes miradas. Según esto, ella estaba inclinada, al menos en este momento, a considerar como una jugada astuta la que él había realizado arrojando a sus pies su insensato dolor de corazón.

Otra vez en que él estaba hablando de su primer encuentro, es decir de la Parusia, se suscitó esta conversación:

—Dígame de verdad, ¿me amaba usted entonces o no me amaba?

Ella movió la cabeza:

—Le tenía por falso.

—¿Cómo pudo llegar a esa conclusión tan arriesgada?

—Porque no hacía usted más que piropearme exageradamente.

—No eran piropos; no decía más que la verdad, que era usted indescritiblemente bella y que yo la veneraba como un símbolo de la divinidad.

—Aunque así fuera: era un absurdo y dulce galimatías. Hubiera hecho efecto en damitas modernistas, sin substancia, pero no en mí.

—¿Y ahora —dijo él, riendo—, sigue creyéndome falso al declarar que continúo teniéndola por indescritiblemente bella y venerándola más que nunca como símbolo de la divinidad?

—¡Hum! —vaciló, mirándole desconfiada— unas veces no y otras sí.

La comprendió y la disculpó: Germania no comprende que un «libertino» sea capaz de sentir un noble amor. Sí; ella no creía enteramente en la verdad y pureza de su amor; esto era evidente por muchos rasgos de su conducta. Por ejemplo, en medio de la conversación, sacaba a veces al niño de su cuna y lo sostenía en sus brazos como si fuera un escudo. Otras veces, la encontraba, al llegar, bajo la puerta del cuarto, defendiendo la entrada con los brazos extendidos. «Lobo, no entres en mi redil», decían sus ojos amenazadores. Pero luego le dejaba pasar.

Otras veces rugía Eva. Si faltaba un día, preguntaba las causas, exigía explicaciones. Si se había entretenido en la calle charlando con otra señora, le reprendía, en bromas al parecer, con toda delicadeza.

—Debería usted casarse como todos —terminaba diciendo con amargo tono, casi despreciativo, como si con ello cometiera Víctor una acción baja y ofensiva.

Eva también podía atormentarle a veces. ¿Por qué no? Goza la hermosa juventud; es un par de años cortos, fugaces, ¡ay, Dios!, ya no podrás atormentar a nadie.

Con esta piadosa intención hablaba todas las veces que podía de su marido, naturalmente en el tono más inofensivo; le mostraba sus últimas fotografías: «A mi marido en el día de su santo»; o fantaseaba sobre el futuro de «nuestro» niño cuando «ambos» seamos viejecitos.

—¿Quiénes? —preguntaba él.

—Mi marido y yo, naturalmente. ¿Quiénes, si no?

Imperceptiblemente, un tercero se había asociado a su federación: el niño, el pequeño Kurt. ¿Era a causa de que Víctor le quería cada vez más por complacer a la madre, o, por el contrario, porque en un principio no había reparado en aquel ser superfluo? Fuera por lo que fuera, aquella criatura puso su corazoncito en Víctor, yendo hacia él como hacia un padre, pero un padre que no regaña, que no prohíbe nunca nada, que nunca es malo, que siempre mira sonriente. Cuando Víctor y el pequeño Kurt se ponían a jugar, la madre se mantenía apartada intencionadamente, inclinada sobre su bastidor, ocultándose intencionalmente en el silencio, mirando de cuando en cuando y lanzando profundos suspiros, y cuando miraba así, sus ojos resplandecían con una luz interior llena de alma. Esta luz se cernía como una plegaria sobre el presente, como una bendición, sobre los tres seres.

De pronto, una mañana le recibió hostilmente, casi brutal, sin el menor motivo.

—¿Cuándo se va usted? —dijo por saludo.

—¿Por qué lo pregunta? ¿Es que le agradecería, quizá, que me fuera?

—Sí.

—Me hace usted mucho daño.

—Usted también a mí.

—¿Yo? ¿A usted?

—Sí. Porque me dice cosas que yo no puedo oír y que usted no debe decir.

—Yo no las quisiera decir, pero debo decirlas.

—Nunca se debe decir lo que no se debe.

—La Naturaleza no conoce el verlo deber; esta palabra procede de la gramática social de los hombres. Por lo demás, si usted desea realmente que parta, lo haré así; una palabra suya es suficiente. Así que estoy a sus órdenes. ¿Quiere usted que me vaya? ¿Mañana? ¿Hoy mismo?

Ella le miró un momento, sombría; luego se mostró intranquila, se puso en la ventana y le volvió la espalda. Él, atraído como por un imán, se llegó hasta ella y tocó un dedito de su mano que colgaba indolente y que ella no retiró al sentir el contacto. Después, ambos cuerpos se unieron y un estremecimiento les recorrió. Ella vacilaba, convulsa. No se trataba de un embrujo espiritual, seguramente fuera un impulso carnal.

Un pensamiento se arrojó sobre él, acompañado de trompetas y campanas: «ahora —le ordenó el pensamiento—. ¡Ahora! Si no harás el ridículo; harás el ridículo para siempre».

«¡Ea! Aunque sea ridículo», respondió con firmeza y soltó la mano de Theuda.

En su interior resonó una carcajada formidable: «¡Campeón de la virtud!

¡Campeón!».

Mirando despectivamente sobre el hombro, respondió: «¡Pedantes adúlteros!».

¡Un terreno peligroso! ¡Un sendero que no se sabe dónde termina! ¿Dónde puede tropezar la inexperta felicidad? ¿Puede durar eternamente? Preguntas ociosas; en todo caso, no era obligación suya ponerle la zancadilla a la felicidad.

UN BRUSCO FINAL La mañana de la Candelaria, cuando los hombres suelen saludar los primeros brotes, que están por salir, fue a casa de ella, como de costumbre.

—Mi marido está en el estudio, ¿quiere usted ir a hacerle compañía mientras termino de hacer la limpieza?

Se quedó perplejo. «¡Qué lenguaje tan extraño! ¡Me envía a su marido! ¿Ha confesado ella quizá? ¿Una explicación? Por mí que dijera lo que quisiera; yo siempre estoy dispuesto a poder mirar a los hombres a los ojos».

La entrada en aquel aposento lleno de humo calmó su sangre; un juez no fuma así.

—¡Ah; es usted! ¡Pase, pase! —le dijo dándole la bienvenida—. Mire; acabo de recibir de la librería este libro de un filósofo detractor de la mujer. ¿No es usted también de éstos?

¡Una pregunta bien difícil! ¡Un tema capcioso! Más para ser tratado en teoría que personalizando, pues es bastante arduo. Los debates sobre la mujer siguen ahora un curso pacífico y digno, con pensamientos ordenados, con juicios ponderados y voluntarias concesiones por ambas partes. Víctor no pudo por menos de exclamar, lleno de ardor por su amor a la mujer:

—Sin ella, sin la mujer, yo no podría vivir.

Y el lugarteniente observó secamente:

—Pero cada uno con la suya propia, ¿no es verdad?

¿Qué era esto? ¿Una advertencia?

Poco después, cuando fueron deslindados los límites del horizonte femenino y Víctor acababa precisamente de decir que todo el mundo, aun el femenino, tenía por cierto que el papel de una mujer joven en una obra de teatro solamente podía ser un papel amoroso, en lo que había oculto un pensamiento bochornoso, la señora del director abrió cuidadosamente la puerta.

—Perdonen ustedes si les interrumpo en su docta conversación —dijo tímidamente—; no se apuren, pues me voy en seguida. —Mientras decía estas palabras se acercó a saltitos a la librería, se agachó con mucha gracia, revolvió entre los infolios, echando hacia atrás los rizos sueltos, de cuando en cuando, y se alejó, presurosa, llevando un librito en la mano, con alado paso—. Ya quedan libres otra vez —les consoló, mientras salía por la puerta, saltando angustiada sobre la punta de los pies.

—Después de todo, hay que reconocer que su único papel lo representan muy bien, tanto en la vida como en la escena —dijo el lugarteniente.

En el mismo instante se oyó un preludio en el piano y la voz de Theuda transfiguró toda la casa. El corazón de Víctor estaba henchido de gozo.

—¡Oh; Dios mío! —gimió—, ¡qué hermoso!, ¡qué puro!, ¡qué noble! —Y las lágrimas le brotaron de improviso de los ojos y corrieron por sus mejillas, lo que le hizo precipitarse a la librería para ocultar su turbación.

—No comprendo —replicó el lugarteniente—, que esto sea puro y bello sólo porque cante así; sobre todo, nunca se debe uno atrever con una obra que no conoce y está fuera de sus alcances.

Después quiso volver a la conversación interrumpida; pero Víctor estaba demasiado embelesado, escuchando la canción, para comprender nada. «¡Si al menos cesara en su canto! ¡Esa canción me oprime el corazón!».

Al fin dejó de cantar y Víctor pudo despedirse decorosamente.

—Venga mañana por la tarde a tomar el té —le dijo ella encarecidamente, mientras dejaba abandonada su mano en las de él—, estaremos en familia; mi marido, usted y mi humilde persona, mi nulidad, que usted habrá de soportar. —Y cuchicheando significativamente, añadió—: También habrá natillas. —Dijo aquello con un tono como si las natillas fueran el atractivo principal—. Así pues, ¡hasta mañana! —repitió, amenazándole con el dedito—: Cuento con usted.

¿Qué pasaba allí? ¿Había notado algo el lugarteniente o no había notado nada? Aquel cachazudo pachá era incomprendible. Por otra parte, sería preferible que se hubiera percatado de algo (no de todo); de esta forma, él se vería libre de aquella clandestinidad y de cualquier desagradable confesión. Entonces todo iría bien; muchas veces había pensado en un matrimonio armonioso de tres, en el que él había cedido el cuerpo de Imago a su fiel lugarteniente y éste, en agradecimiento, le había dado el corazón y el alma de su mujer; de tal modo no salía ninguno perjudicado. Las mañanas eran para él y el resto del día para el lugarteniente; no podía quejarse, en verdad; había llegado al reparto después. Así pues, mañana por la tarde se concluirá el pacto tripartito. «Ante un plato de natillas», comentó burlón un pensamiento. «Tan bueno es un plato de natillas como una copa de vino. ¿O, es que en un honrado contrato ha de haber necesariamente veneno?». Y con íntima satisfacción, comparó estas natillas con aquellas otras que comió cuando la volvió a ver por vez primera, hace meses, en casa de la señora del consejero Keller. ¡Un buen trecho de camino recorrido, ¿no te parece, Víctor?; desde la despectiva indiferencia de entonces hasta la cordial intimidad de ahora! ¡Y aún estamos en los comienzos! ¡Oh, delicia de las perspectivas!

Por eso deambulaba contento por las calles de la ciudad, cantando en voz baja y dirigiendo con las manos una orquesta celestial.

La señora Steinbach se encontró con él:

—Venga esta tarde a mi casa —le rogó brevemente, al pasar, con voz extraña—, tengo que hablar con usted.

Mudo, como si hubiera recibido una rociada de agua fría, siguió caminando, pero ya sin acompañamiento musical. «Tengo que hablar con usted». Aunque estaba muy lejos de adivinar lo que podría decirle, sospechó que se trataba de algo enojoso; pues pocas veces se trata de cosa agradable cuando alguien «tiene que hablar» con uno. «Sea lo que sea, yo me sacudo el agua como el pato. Sólo Theuda-Imago puede decidir mi dicha o mi desventura, y respecto a ello todo va bien, por ahora».

—Señor mío, se está poniendo en ridículo —dijo la señora Steinbach, fría y severa, sin mirarle siquiera al recibirle.

El rostro de Víctor se anubló involuntariamente:

—¿Por qué?

—No disimule, por favor; ya sabe usted a lo que me refiero.

—Perdone que la contradiga. No disimulo nunca y no sospecho lo que quiere decirme.

—Entonces tendré que recordárselo: se está poniendo en ridículo con su conducta tan insensata como inexcusable, en casa del director.

—¿Puedo suplicarle que me diga qué es lo que la autoriza a calificar mi conducta de insensata e inexcusable?

—¿Es que no es insensato molestar con efusiones amorosas a una mujer casada, que no necesita su amor, para quien es usted completamente indiferente, de la cual no podrá usted alcanzar más que las migajas de la compasión? ¿No es esto insensatez? ¿Y no es inexcusable, si le parece fuerte esta expresión diré inconveniente, que intente entrometerse entre dos esposos bien avenidos y fieles, afortunadamente sin resultado?

Víctor enrojeció entonces tanto de vergüenza como de indignación. ¡Cómo escuece que un tercero sepa lo que ocurre entre dos!

—Lo que yo deba responder o no sobre esto —dijo furioso—, sólo concierne al señor Wyss, si quiere saberlo, pero sólo a él y a nadie más. En cuanto a que me tengan por insensato y ridículo, me permito hacer observar que, en el fondo de mi corazón, hallo que estoy autorizado a creer que la señora del director Wyss me concede algo más que las migajas de su compasión y que no le soy tan indiferente como usted tan lisonjeramente supone.

Volvió entonces el rostro hacia él y se acercó un paso más:

—¡Ah, pobre señor, joven e ingenuo! Sí; ingenuo a pesar de su espíritu superior y de su conocimiento de los hombres y del mundo. ¿Cree usted que el que una señora sufra sus declaraciones de amor y las escuche con gusto, es prueba indudable de la inclinación de su corazón? Naturalmente que ella las escucha con gusto. ¡Es indudable! Para ella es un pequeño triunfo. Y no habrá podido sustraerse a hacer algunas concesiones, dentro de los límites de lo permitido; quizá haya ido un poco lejos, yo no lo sé. Por lo demás, ¿qué quiere decir ir un poco lejos en este caso? ¿Qué precepto moral la impide comportarse como quiera con quien la molesta de modo tan impertinente? No es usted pariente de ella, y ella no tiene la menor obligación de perdonarle. Quien pone a una mujer en situación apurada también él se ha de ver en momentos difíciles; no es culpa de ella, sino de él.

Supongamos que ha causado usted alguna impresión en su alma, según me dan a entender sus palabras, en caso de que así fuera —no sería nada asombroso, pues no es usted un cualquiera—, ¿qué ha ganado con ello? Un sentimiento fugitivo y superficial que se disipará a la primera llamada del destino. Espere a que enfermen su hijo o su marido, ¿qué significaría usted entonces para ella?, ¿qué será usted? Un cero; no, menos aún que un cero, un horror cuya contemplación no podrá resistir ni un momento. La señora del director Wyss, como ya le dije en otra ocasión, es una mujer sencilla, animosa y buena, que no tiene otro pensamiento que su hijo y su marido; todo lo que puede usted alcanzar de ella es comprometerse y hacerse desgraciado, pues de continuar en este juego punible, pronto andarán en boca de las gentes; no olvide que tiene amigas. Ahora, haga usted lo que quiera y su conciencia le permita; yo no voy a propasarme a dictarle su deber. No obstante, tengo que decir que es incomprensible que un hombre de tanta espiritualidad y de tan recta conciencia como usted soporte que sus éxitos amorosos se deban a la bondadosa tolerancia del marido. ¿Le agrada este papel?

—¿Es que él sabe...? —tartamudeó.

—¿Que si lo sabe? ¡Vaya una pregunta! Naturalmente que lo sabe; es evidente que ella le ha ido comunicando con toda fidelidad cada palabra, cada lágrima, cada una de las veces que usted ha caído de rodillas ante ella. Esto no sólo era un derecho, sino también un deber; si no lo hubiera hecho así, su conciencia se lo hubiera reprochado.

Víctor se mordió los labios y bajó la cabeza. De pronto divisó un pensamiento que hacía rato estaba ante él.

—¿Y usted, cómo ha llegado a enterarse de todo esto con tanta minuciosidad?

—Porque ella me lo ha contado. Ella sabe que soy su mejor amiga, con lo que estaba segura de que me haría daño contándome su humillación; no quiso renunciar a ese placer; es costumbre obrar así entre nosotras, las mujeres. ¡Y ha sabido apuntar bien! Tuve que oír que se había olvidado usted de su dignidad, de su orgullo; que un hombre tan serio, tan importante, en el que se podía confiar, cometía tantas inconveniencias y caía de rodillas como un jovencuelo inexperto. Esto me supo mal. Más de una vez me dieron intenciones de advertirle, pero no quería irrumpir en casa de nadie como una redentora. Quien huye intencionadamente de mí, quien no me concede el honor de sus visitas, no merece que yo le salve. Además, siempre tuve la esperanza de que llegaría el momento en

que usted mismo recobrara al fin su propia estimación. Y así hasta hoy en que le encontré por casualidad.

—Así que, en resumen, la señora del director Wyss en persona le ha comunicado con pelos y señales todo lo que se ha hecho y dicho entre aquellas paredes, ¿verdad?

—Pues, sí.

—¿Y todo de una vez o por entregas; como los periódicos modernos? Ya veo que calla. No necesito respuesta.

Se ahogaba en vergüenza, como un ratón en un vaso de noche. ¡La historia de sus amores desinteresados y piadosos vendida en coplas por la amada, publicada en el diario local como un folletín, cada día un número, «Continuará»! Las lágrimas que aquel insufrible dolor arrancó a sus ojos, aquel divino dolor enraizado, más allá del mundo, en la patria de todas las almas, habían sido sometidos al análisis frío de las gentes prosaicas y desinteresadas.

La señora Steinbach, al verle tan abatido, quiso aprovechar su compunción para suscitar en él una decisión salvadora:

—Así pues, ¿qué decide? ¿Qué espera? ¿Qué piensa?

—Espero —respondió— a que termine usted de humillarme, si cree que no estoy ya bastante humillado.

Ella le miró confusa. Estaba desfigurado por completo; la miraba fijamente, como un extraño y sombrío demonio.

—No me mire usted así —gritó dolorosamente—. No sea usted injusto; ya sabe que lo hago por su bien y por la buena amistad que nos une.

Sus ojos rodaban en las cuencas; sus labios se distendieron. De repente se irguió, alzó el brazo y gritó con todas sus fuerzas, con voz estremecida, como si hablara a la lejanía:

—Si vivo esta hora espantosa, si me veo aquí afrentado como un escolar al que su maestro castigó, lleno de vergüenza como un amante manteado al final de una farsa, siendo juguete de seres sin corazón, si sufro todo esto, es porque aparté mis pasos del camino de la gloria. Hubiera podido alcanzar honra y fama, respeto y

riquezas, felicidad y amor, pues todo esto lo tuve a mis pies; allí lo vi brillar; sólo tenía que agacharme a recogerlo. Si lo hubiera hecho, si me hubiera comportado como un cualquiera, si hubiera elegido el camino llano, nadaría hoy en delicias y venturas, amado y elogiado; nadie se reiría de mí, nadie se atrevería a injuriarme, a vejarme; todos se acercarían a mí con tímida reverencia, los hombres tendrían a gala ser mis amigos y la innoble casta de las mujeres me acosaría. ¡Seres sin corazón, obtusos e insensibles como bestias! Ved aquí mi pobre alma inundada de puro y santo amor como un mar en la rompiente; mirad que sólo pido en recompensa por el sacrificio de mi juventud, de la felicidad de mi vida, una mezquina gotita de amor para mi corazón sediento; qué digo amor, amor no, sólo que me permitan poder vivir y sufrir sin ser castigado. ¿Y qué me dais en cambio? Burlas y risas. ¡Está bien; humilladme, proveeros de cubos y cántaros para arrojar sobre mi frente toda la inmundicia de la deshonra, que yo sabré soportarlo también. Pero he de advertiros que vendrá un tiempo en que se acercarán a mí otros hombres diferentes, hombres con alma y corazón que limpiarán mis enlodadas mejillas con lauros, y cuando vean mis heridas, dirán: «No fue ningún loco, sino un mártir». Y mi pobre y maltratado amor, que hoy es considerado como un crimen y del que una mujer sin corazón se ha burlado y por el que otra mujer, sin corazón también, me denigra, os digo que será añorado, que cuando yo muera más de una deseará en su corazón ser amada así, como yo amé, y envidiarán a aquélla a quien honré con semejante amor!

Apenas terminó de hablar, despertó y volvió a ser como antes.

—Perdóneme usted —rogó turbado—, no fui yo quien habló, sino el mucho dolor que siento. —Luego se fue hacia el piano y recogió su sombrero.

—¡Nadie se burla de usted! —exclamó ella—. Nadie pronuncia su nombre si no es con respeto y cariño. En lo que concierne a la señora del director Wyss, sólo siente una gran simpatía por usted y está profundamente apenada de ser la causa inocente de todo lo que usted sufre con ese amor imposible. Y en cuanto a mí, ¿cómo puede usted motejarme de mujer sin corazón? ¿Cómo puede usted hacerlo, amigo mío? ¡No diga que no tengo corazón; no lo diga; no lo diga! —Su voz sonaba apagada, pero tenía calidades de lamento.

Mas sus sentidos estaban embotados, sus ojos miraban ausentes. Pasando tras ella dio unos pasos hacia la puerta; pero, recobrándose, se volvió y se inclinó:

—Señora mía —empezó a decir—, aún tengo que expresarle mi agradecimiento. No hallo palabras para hacerlo; sólo podré decirle: noble y fiel amiga, gracias, muchas gracias por todo. Conserve usted un indulgente recuerdo de

quien tanto ha penado, de quien tanto bien quiso hacer a todos y mal a ninguno.

—¿Se irá? —preguntó con voz desfallecida.

—Mañana temprano, tan pronto como pueda, tan pronto como salga un tren.

—¡Ay, Dios! —exclamó ella—. ¿Y hacia dónde?

—¿Lo sé yo acaso? Hacia cualquier parte.

—¡Ah, querido amigo! —dijo en un lamento. Y en el momento en que él levantaba su mano para besársela, besó ella la de él.

Abrió la ventana y miró a la noche. Cuando divisó su figura en la puerta del jardín, le gritó con todas sus fuerzas:

—Creo en usted, en su grandeza y en su ventura.

A la mañana siguiente, muy temprano, se encaminó, envuelto en la niebla dei crepúsculo, hacia la estación. Iba decidido y preparado para viajar, aunque no enteramente despierto, viviendo un sueño maravilloso, cuyos hermosos colores brillaban en medio de aquella fría realidad.

Y ¡oh, ignominia!, había vuelto a soñar con ella a pesar de todo. Cuando llegó al andén de la estación, su espíritu adormilado miró perezosamente en derredor. ¡En la tarde de este día que ahora alboreaba le estaría esperando ella! «Esta tarde». ¡Cuánto tiempo ha pasado desde entonces! Un pasado que lo era antes de ser presente. Por otra parte no sentía la menor pena al marchar; no sentía emoción ni rencor, a lo más, hastío, un gusto desabrido en el paladar. Indiferente, como un forastero, dejaba la amarga patria.

Una taquilla estaba iluminada y tras sus cristales había un empleado. Ya podemos marchar. Después de examinar la lista de trenes pidió un billete para una lejana ciudad del extranjero.

—¿En segunda? —preguntó el empleado.

—En tercera —respondió él, satisfaciendo una necesidad imprecisa; la necesidad de precaverse contra un encuentro con algún conocido (lo inverosímil de un encuentro a tales horas de la mañana no le bastaba; quería asegurarse por entero) que le recordara su humillación; un tercera estaba más a tono con su bochornosa

huida.

Al entrar en el vagón divisó en seguida en el primer asiento, junto a la puerta, un hombrecito amable, de humilde aspecto. «Un hombre humilde, un hombre bueno —se dijo—, éste será mi compañero». Cuando se disponía a colocar su reducido equipaje en las rejillas, el hombrecillo gritó diligente:

—¡Cuidado, señor, que tengo ahí mis piernas!

Como hoy no estaba de humor para resolver acertijos de desocupados, Víctor se hizo a un lado, deferente, procurando no rozar al hombre en las rodillas al sentarse. Pero el hombrecillo le miró con viveza:

—¡Señor!, no necesita andar con tantas consideraciones con mis rodillas; no sienten ni padecen cuando se las toca. —Y mientras decía esto abrió la manta que le cubría y ved que ¡no tenía piernas!—. Me las cortaron en el hospital —aclaró sonriendo, casi orgulloso. Y empezó a referir minuciosamente su enfermedad—. Nadie podrá creer lo que yo he sufrido —era su estribillo.

Víctor volvió entonces a su recuerdo: «¡A mí me han hecho, sin embargo, más daño!».

—Me llamo Bürgisser —dijo como final de su relato—, Leonhard Bürgisser, de Otlingen; o Lienert como decimos entre nosotros; ebanista en otro tiempo. —Después de aquella información enmudeció, satisfecho.

La máquina lanzaba vapor a golpes regulares y Víctor, que no había dormido nada, empezó a dar cabezadas. Su vecino le dio una palmadita en la rodilla, con lo que se sobresaltó.

—¡Mire usted —siseó el mutilado—, mire usted qué ramo de flores tan hermoso lleva aquella elegante señora que se pasea ante los coches de segunda; parece mentira que haya flores tan bellas en mitad del invierno! Mucho debe estimar a quien piense regalar ese ramo tan caro; mire, mire, ahora se lleva el pañuelo a los ojos. Pero, si no viene pronto, perderá el tren; ya ha pasado la hora de salida. ¡Eh; quieto! Ahora se vuelve hacia nosotros: ponga atención. ¡Qué lirios más bellos; hasta aquí llega su perfume! ¡Oh, desdichada señorita! Mire usted cómo solloza al no encontrar tampoco en nuestro coche al que busca.

Víctor, después de haber soportado, impaciente, toda aquella palabrería, se decidió a echar una ojeada fuera, mecánicamente y contra su voluntad. Una

elegante y distinguida señora pasaba frente a ellos con un gran ramo de flores, el rostro oculto en un pañuelo y los hombros estremecidos por el llanto. Entonces se le ocurrió una comparación dolorosa: «A mí —¡oh, dolor!—, nadie me trae flores. Antes bien, si supiera mi partida me traería un manojito de cardos». En diciendo esto volvió la cabeza y se apartó de la ventana lleno de amargos recuerdos.

—¡Viajeros, al tren! —se oyó gritar al jefe de la estación.

«¡Ya era hora!», se oyó decir irónicamente a los viajeros. Las puertas de los coches se cerraron ruidosamente y reinó un pequeño silencio. Se oyó un silbido. «Es la salida», dijo alguien. Tras él se abrió la puerta del vagón y penetró una bocanada de aire fresco y oloroso a flores; pero sólo fue un momento, pues la puerta volvió a cerrarse en seguida.

—Oh, no, señorita —dijo sonriendo el ebanista—, el que usted busca no viaja en tercera. Pero, baje usted en seguida, que el tren va a arrancar. Mire cómo le grita el jefe; y tiene razón, pues ya ha dado la salida y nadie puede impedir que salga el convoy, sea quien sea.

La máquina volvió a silbar; las ruedas empezaron a girar pesadamente. Víctor suspiró aliviado. «¡Hasta nunca!», se prometió, mientras su mirada se recreaba en ver pasar las columnas del andén cada vez más de prisa. «¡Pero, alto! ¡Espera! ¿No es aquella la señora Steinbach, aquella que atraviesa la vía hacia la estación, con un ramo de flores en la mano? Es su mismo paso. ¡Si pudiera ver su rostro un momento!...»

—¡Billetes, por favor! —dijo el revisor alargando una mano hacia Víctor. Cuando acabó aquella formalidad, la estación ya había quedado atrás y sólo se veían calles y más calles, a derecha e izquierda de la vía. «¡Eh, Víctor! ¿No nos dices nada como despedida?», le gritaban las casas al pasar.

«No —respondía obstinado—. Y os ruego, por favor, que no me hagáis una escena hipócrita de despedida enternecedora. ¿Creéis que no veo en vuestros tejados saltar los monos burlones y reír a los tordos en los árboles de vuestros jardines?».

Poco a poco, empezaron a aclararse las tinieblas; comenzaron a surgir casas de campo y de labor, filas de árboles, unos a un lado y otros al opuesto; al fin penetró en el vagón el día luminoso nacido en el campo libre.

Entonces despertó enteramente su espíritu. Con él los recuerdos y con los

recuerdos, el rencor: «¡Alegraos!, habéis vencido; huyo malherido y cubierto de oprobio. Pero ¿herido por quién? Por la vulgaridad, por la plebe, por la dureza de corazón de la gente embrutecida». Su odio se concentró formando un oscuro nubarrón; el nubarrón se resolvió en furor y el furor engendró una maldición.

Hasta él llegó una voz que le sobrecogió: era la voz de la Rigurosa Señora.

«¿Qué llevas oculto en el bolsillo?», preguntó la voz.

«Un manuscrito que nadie conoce excepto tú y yo».

«Y ¿de quién habla ese manuscrito?».

«Habla de ti, Rigurosa Señora».

«Y ¿cuándo lo has escrito?».

«Escribí en él la primera línea aquella tarde en que pisé por vez primera esta desdichada ciudad y su última palabra, la noche pasada».

«¿Y qué te prometí esta noche cuando escribiste la última palabra?».

«Me dijiste: “Acepto tu testimonio y por haber dado testimonio fidedigno de mí, sin extravíos ni impurezas, a pesar de todas las penalidades y trabajos y desatinos, quiero dar testimonio de ti: mira, quiero elevarte a la cima de la vida y traer a tus pies, por los cuernos, la terca fama”. Esto es lo que me dijiste».

«Sí; eso es lo que te dije. ¿Y eres tan desagradecido que maldices este pequeño espacio de tiempo, tan sagrado, durante el que has alcanzado todo esto, deshonorándote con tu maldición? Escucha lo que te ordeno. Templa las cuerdas de tu alma y canta y regocíjate y bendice esta ciudad con todo lo que encierra, y cada hora, cada suceso y cada dolor que te haya causado; bendice a todos empezando por la persona que te ha hecho más daño y terminando por el perro que te haya ladrado».

Él obedeció tristemente; templó con trabajo y esfuerzo el arpa de su alma y cantó y se regocijó de sus heridas, y su rencor bendijo suspirando todo lo que dejaba atrás, a los hombres que le habían causado mal y al perro que le ladró.

«Está bien —dijo la voz—. Recibe el premio de tu obediencia; alza los ojos, mira en derredor».

Y ved que, fuera, al otro lado de los cristales del coche, al mismo ritmo veloz del tren, galopaba Imago sobre un blanco corcel, no la Imago innoble y humana, por otro nombre Theuda, la mujer del lugarteniente, sino la verdadera, la arrogante, la suya. Y había renacido de su enfermedad más joven y llevaba en la frente una corona de victoria «Te esperaba», le sonrió a través de la ventana.

Él gritó asombrado:

«Imago, novia mía, ¿cómo es posible este prodigio de verte sana de tus tristezas? ¿Y a qué fiestas de victoria vas con esa corona?».

Ella le respondió regocijada: «Vi tu firme lealtad en medio de tu turbación y de tus dolores y eso me curó. Te vi surgir sin mancha de los remolinos de la pasión, y de alegría coroné mi frente».

«Imago, mi novia sublime, ¿podrás perdonarme también que, como un insensato y ciego, cambiara tu alteza por una imagen engañosa?».

Ella sonrió: «Tus lágrimas han lavado toda insensatez». Diciendo estas palabras saltó hacia adelante aventajando al tren, mientras lanzaba gritos jubilosos.

«Dime ahora —suplicó la voz invisible—, ¿seguirás llamándome tu Rigurosa Señora?».

Conmovida, su alma balbució estas palabras de agradecimiento:

«¡Bendita señora de mi vida, tu nombre dice consuelo, dice piedad! ¡Ay de mí, si no te tuviera! ¡Venturoso de mí que te tengo!».



CARL SPITTELER (Liestal, 1845 - Lucerna, 1924). Escritor suizo en lengua alemana. Estudió derecho en Basilea, en Zurich y en Heidelberg y fue preceptor en Rusia y maestro de escuela en Berna y en Neuveville. Premio Nobel de literatura en 1919.

Fue hijo de una distinguida familia perteneciente a la pequeña burguesía. Tras estudiar derecho en Basilea y teología protestante en Zurich y Heidelberg, Carl Spitteler trabajó ocho años en Rusia y Finlandia como profesor. Después de enseñar también en Berna y Neuveville se convirtió, en 1889, en redactor del suplemento cultural de la *Neue Züricher Zeitung*; a partir de 1892, gracias a una herencia, pudo dedicarse exclusivamente a la literatura. Con el discurso *Unser Schweizer Standpunkt* 1914, (*Nuestra postura suiza*) abogó por la neutralidad estricta de Suiza.

Su pensamiento profundamente escéptico y ajeno al cristianismo le reclamaba una expresión monumental e intentó crear un mito cósmico nuevo partiendo de la mitología helenística y bíblica. Bajo el seudónimo de Carl Felix Tandem y luego con su propio nombre publicó su primera gran obra, la epopeya *Prometeo y Epimeteo* (1881) trata la tensa oposición entre el marginal y la masa, con una prosa rítmica, llena de grandilocuencia, que contiene una superabundancia de metáforas. En 1924 publicó *Prometeo paciente*, una versión reelaborada y abreviada en versos de seis yambos, que se centra en un artista apartado del mundo. *Extramundana* (1883) es un poema cósmico.

Su segunda gran obra, *Primavera olímpica* (1900-1905), es una cosmogonía fantástica influida por el pesimismo de Schopenhauer. Sus novelas tradicionales, como *Conrado el Teniente* (1898), naturalista, o *Imago*, novela autobiográfica y psicológica, son menos significativas. Publicó también algunos ensayos y textos autobiográficos.

Notas

^[1] Casa de aflicción. <<

Table of Contents

Imago

El regreso del juez

Un grave desengaño

En el infierno de la ingenuidad

Víctor en desafío con Pseuda

Víctor se rinde

El converso

Angustia

Convulsiones e ilusiones

Un brusco final

Autor

Notas